



ANARKHOS

MURRAY N. ROTHBARD

COLECTIVISMO BÉLICO

EL PODER, LAS EMPRESAS Y LOS INTELLECTUALES
DURANTE LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL

ANARKHOS

Colección dirigida por
Juan Manuel González Otero
e Ignacio Pablo Rico Guastavino

COLECTIVISMO BÉLICO

MURRAY N. ROTHBARD

COLECTIVISMO BÉLICO

El Poder, las Empresas y los Intelectuales
durante la Primera Guerra Mundial

ÍNDICE

PRÓLOGO	8
CAPÍTULO 1. EL COLECTIVISMO BÉLICO DURANTE LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL.....	20
CAPÍTULO 2. LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL COMO REALIZACIÓN: EL PODER Y LOS INTELLECTUALES.....	62
Introducción	62
Pietismo y Ley Seca	66
Las mujeres en la guerra y en las urnas	82
Salvar a nuestros chicos del alcohol y el vicio	90
Los Colectivistas de «New Republic»	101
La economía al servicio del estado: el empirismo de Richard T. Ely	101
La economía al servicio del estado: el gobierno y las estadísticas	111

PRÓLOGO

ROTHBARD Y LA GUERRA

Murray Rothbard fue el creador del movimiento libertario moderno y un amigo cercano tanto de Ron Paul como mío. Su legado fue grande, y en el Instituto Mises trato cada día de estar a la altura de sus esperanzas para con nosotros.

Un tema era el más importante para él, de todos los muchos temas que le preocupaban. Esta era la cuestión de la guerra y la paz. Debido a su apoyo a una política exterior pacífica y no intervencionista para Estados Unidos, el agente de la CIA William F. Buckley lo incluyó en la lista negra de National Review e intentó, afortunadamente sin éxito, silenciar su voz.

Durante la década de los cincuenta, Murray trabajó para el Fondo Volker, y en una carta a Ken Templeton en 1959, se quejó de la situación: «No se me ocurre ninguna otra revista que pueda publicar esto, aunque podría arreglarlo un poco y probar una de las publicaciones de izquierda-pacifista. La cuestión es que cada vez estoy más convencido de que la cuestión de la guerra y la paz es la clave de todo el asunto libertario, y que nunca llegaremos a ninguna parte en esta gran contrarrevolución (o revolución) intelectual a menos que podamos poner fin a esta... guerra fría, una guerra de la que creo que nuestra dura política es en gran medida responsable».

La posición de Buckley era que sería necesario erigir una «burocracia totalitaria» dentro de nuestras costas para combatir el comunismo en el extranjero. La implicación era que una vez que la amenaza comunista cediera, este esfuerzo extraordinario, tanto nacional como extranjero, también podría disminuir.

Dado que los programas de gobierno no tienen el hábito de disminuir, sino que buscan nuevas justificaciones cuando las antiguas ya no existen, pocos de nosotros nos sorprendimos cuando el estado de guerra, y sus apologistas de derecha, tarareaban justo después de que su lógica inicial desapareciera de la historia.

Resulta que, por cierto, la amenaza soviética era extremadamente exagerada, como siempre lo es. La maldad del régimen soviético nunca estuvo en duda, pero sus capacidades e intenciones fueron constantemente distorsionadas y exageradas.

A pesar de los dudosos fundamentos en los que se basaban las históricas afirmaciones detrás de la supuesta «amenaza soviética», su existencia se osificó en una de las ortodoxias indiscutibles de la National Review y del movimiento conservador más amplio que estaba naciendo en ese entonces. Cuando Murray señaló la estupidez de todo el asunto, por no mencionar la naturaleza contraproducente de la intervención militar estadounidense en el extranjero, rápidamente se convirtió en una persona no autorizada en National Review, que lo había publicado en sus primeros años.

Mucho antes de que existiera un «movimiento conservador» oficial, con sus revistas, sus ortodoxias crujientes, sus grupos de reflexión ineficaces (con sinecuras para los ex-políticos) y su ansia de respetabilidad, había una asociación suelta y menos formal de escritores e intelectuales que se oponían a Franklin Roosevelt (tanto en su política interna como en su política exterior), un grupo que Murray denominó la «Vieja Derecha».

No había una línea partidista entre estos intrépidos pensadores porque no había nadie que la impusiera.

Incluso en la década de los cincuenta y en el avance de la Guerra Fría, todavía se podían encontrar voces de moderación entre los restos de la antigua derecha. En un artículo de 1966, Murray señala al grupo de derechas For America, un grupo de acción política cuya plataforma de política exterior exigía «no alistamiento», así como el principio de «no entrar en guerras extranjeras a menos que la seguridad de Estados Unidos esté directamente amenazada».

Murray también señaló al novelista Jeffersoniano Louis Bromfield, quien escribió en 1954 que la intervención militar contra la Unión Soviética era contraproducente:

Uno de los grandes fracasos de nuestra política exterior en todo el mundo surge del hecho de que nos hemos dejado identificar en todas partes con las viejas, condenadas y podridas pequeñas naciones europeas colonialistas-imperialistas que alguna vez impusieron en gran parte del mundo el patrón de explotación y dominación

económica y política... Ninguno de estos pueblos rebeldes y despiertos... confiará en nosotros o cooperará de ninguna manera mientras permanezcamos identificados con el sistema económico colonial de Europa, que representa, incluso en su patrón capitalista, los últimos vestigios del feudalismo... Dejamos a estos pueblos que están despertando sin más remedio que recurrir al consuelo ruso y comunista y a la promesa de la utopía.

Murray también tomó nota de un artículo de 1953 de George Morgenstern, redactor del Chicago Tribune, en Human Events («ahora se convirtió en un órgano de hackeo para el “Movimiento Conservador”»), se lamentó Murray en 1966) que deploraba la tradición imperialista en la historia de Estados Unidos. Morgenstern ridiculizó a los que «se desmayan al ver la frase “liderazgo mundial”» y escribió:

Una propaganda omnipresente ha establecido un mito de inevitabilidad en la acción estadounidense: todas las guerras eran necesarias, todas las guerras eran buenas. La carga de la prueba recae en quienes sostienen que Estados Unidos está en mejor situación económica, que la seguridad estadounidense ha mejorado y que las perspectivas de paz mundial han mejorado gracias a la intervención estadounidense en cuatro guerras en medio siglo. La intervención comenzó con el engaño de McKinley; termina con el engaño de Roosevelt y Truman.

Quizás tendríamos una política exterior racional... si los estadounidenses pudieran darse cuenta de que la primera necesidad es la renuncia a la mentira como instrumento de la política exterior.

Con el advenimiento de National Review, estas voces cada vez más aisladas serían silenciadas y marginadas. Incluso el heroico John T. Flynn, cuya biografía anti-FDR El mito de Roosevelt había llegado al número dos de la lista de éxitos de librería del New York Times, fue rechazado de National Re-view cuando intentó advertir de los peligros de una política de intervencionismo militar.

¿Por qué se opuso Murray a la guerra? He aquí algunos puntos básicos de su pensamiento:

En primer lugar, la guerra nos deforma moralmente. Lo hace porque el propio Estado primero deforma nuestro sentido moral. Nos hemos impregnado de la idea de que el Estado puede hacer

legítimamente cosas que se considerarían indescriptibles si las llevaran a cabo particulares. Si tengo una queja, aunque sea legítima, contra otra persona, nadie me excusaría si lanzara un ataque contra todo el vecindario de esa persona, y se me consideraría trastornado si desestimara cualquier muerte que causara como mero «daño colateral».

O supongamos que el ordenador de Apple, o la cadena de suministros de la oficina Staples, o el club Elks, lanzaron una serie de ataques con misiles que mataron a mil personas. La indignación sería incesante. Los ataques se presentarían como una prueba de la incorregible maldad del sector privado.

Pero cuando el gobierno de Estados Unidos lanza guerras indefendibles contra Irak y Afganistán, extendiendo la muerte, la destrucción y la dislocación a un número extraordinario de personas, hay cierta ira, sin duda, entre los opositores de la política. Sin embargo, incluso la mayoría de los opositores a la guerra no llegan a sacar conclusiones contundentes sobre la naturaleza del Estado. Siguen siendo esclavos de lo que aprendieron en la educación cívica de la escuela secundaria, donde el estado es descrito como una institución grande y progresista. Ni siquiera los horrores de la guerra les obligan a revisar esta hipótesis paralizante. Y la próxima vez que estén en un avión, aplaudirán a los soldados que lucharon en esa misma guerra. (Por cierto, ¿aplaudirían a los soldados que han luchado en una guerra lanzada por Walmart?)

Por otro lado, si pensamos en el Estado como una institución parasitaria y egoísta que sobrevive desviando recursos de la ciudadanía productiva, y que embauca al público con una batería ya familiar de argumentos sobre por qué es indispensable para nuestro bienestar, podemos mirar la guerra de manera realista, sin todas las supersticiones y las canciones patrióticas.

Desafortunadamente, los tópicos ingenuos de la clase cívica tienen mayor aceptación en la mente estadounidense que la descripción brutalmente realista de Rothbard del estado, su naturaleza y sus motivaciones. Así que el jaleo continúa. Los presidentes que lanzan estas guerras siguen adornando las aulas estadounidenses, transmitiendo así el mensaje de que, cualesquiera que sean sus supuestos errores, se trata de hombres decentes, que ocupan una

institución decente, a quienes los niños tienen el deber de respetar.

La guerra y la preparación para la guerra deforman la economía. Ahora bien, esta será una sorpresa para algunas personas, ya que prácticamente todo el mundo ha oído en un momento u otro que la guerra puede estimular las economías. Es cierto que la guerra puede estimular partes de las economías; como señaló Ludwig von Mises, estimula, al igual que una plaga, la industria funeraria.

Pero la guerra no puede estimular la economía en general. Después de todo, recuerde para qué sirve la economía: para satisfacer las necesidades de los consumidores. Durante la guerra, las necesidades del pueblo quedan relegadas a un segundo plano con respecto a las demandas de los militares. Las estadísticas del ingreso nacional pueden dar la falsa impresión de prosperidad, pero cualquier tonto entiende que incautar dinero y gastarlo en, digamos, misiles de crucero, no puede hacer rico al público. Simplemente desvía recursos del uso civil.

No es necesario que haya una guerra caliente para que el militarismo deforme una economía. Cuando la mitad o más de su talento de investigación y desarrollo se desvía hacia fines militares, eso significa que se dedica mucho menos a las necesidades civiles. Cuando el Pentágono se convierte en su principal cliente, usted pierde la ventaja competitiva a la que da lugar la disciplina de mercado. Dado que el costo no es la mayor preocupación del Pentágono, la empresa que minimiza los costos tiende a convertirse en la empresa que maximiza los costos y los subsidios.

La guerra y la propaganda bélica deforman nuestra visión de otros pueblos. La Primera Guerra Mundial puede haber sido el ejemplo clásico de esto: los alemanes eran los hunos, excepcionalmente propensos a llevar a cabo las atrocidades más abominables. Ese retrato facilitó la tarea de persuadir a los ciudadanos de los países aliados para que apoyaran, o al menos aceptaran, cuatro años de guerra contra ellos. Y luego una larga campaña de hambre contra civiles ya empobrecidos y enfermos para obligar al gobierno a firmar un tratado injusto.

Después de la guerra, hubo una pequeña reacción contra las mentiras y los insultos que habían hecho casi imposible la comprensión internacional. De hecho, nuestro moderno programa de

intercambio de estudiantes surgió de la infelicidad de los intelectuales con la dimensión propagandística de la Primera Guerra Mundial. Ellos miraban con vergüenza el fervor chovinista en el que habían quedado atrapados junto a sus compatriotas y esperaban que una mayor interacción entre los pueblos podría hacer que ese tipo de demonización fuera menos eficaz en el futuro.

Las diversas campañas de odio llevadas a cabo contra los enemigos de EE.UU. es la razón por la que es tan chocante para la mayoría de los estadounidenses ver videos hechos por viajeros y cineastas occidentales sobre la vida cotidiana en Irán. Gracias a años de demonización sistemática de Irán y los iraníes, esperan encontrar salvajes sedientos de sangre montados en camellos y planeando masacres. En su lugar, se encuentran con ciudades modernas llenas de actividad. Lo más sorprendente de todo es que se encuentran con personas a las que les gustan los estadounidenses, incluso si -como a nosotros mismos- no les importa mucho el gobierno de Estados Unidos.

En este sentido, la guerra nos anima a pensar que otros pueblos son prescindibles o simplemente inferiores a nosotros. Una fiesta de bodas se hace añicos en Afganistán, y los americanos bostezan. Pero ciertamente prestaríamos atención si el gobierno federal volara por los aires una fiesta de bodas en Providence, Rhode Island. Estaríamos casi tan conmocionados si en la persecución de un terrorista acusado el gobierno de los Estados Unidos bombardeara un edificio de apartamentos en Londres.

O: la clase dominante del país B ataca una instalación militar del país A. El país A bombardea el país B, matando a cientos de miles de civiles. Cuando los ciudadanos del País A se preguntan en voz alta años después si eso había sido algo moralmente aceptable, sus compañeros impacientes les dicen: «Eso es la guerra», rogando por lo tanto que se planteen todas las cuestiones morales importantes. Los que plantearon la cuestión en primer lugar son descartados por ingenuos y probablemente de dudosa lealtad.

La guerra corrompe la cultura. Como ha señalado el crítico literario Paul Fussell, «la cultura de la guerra mata algo precioso e indispensable en una sociedad civilizada: la libertad de expresión, la libertad de curiosidad, la libertad de conocimiento». Hace un ejemplo

del oficial del Pentágono que, al explicar por qué los militares habían censurado algunas imágenes de televisión que mostraban a soldados iraquíes cortados a la mitad por el fuego de los Estados Unidos, señaló con indiferencia que «si dejamos que la gente vea ese tipo de cosas, nunca más habrá guerra».

La guerra distorsiona nuestro sentido de lo que real-mente significa el servicio a los demás. Solo a los milita-res se nos insta a decir: «Gracias por su servicio». Hacia los grandes empresarios que alargan nuestras vidas y las hacen más satisfactorias, se nos enseña a ser envidiosos y resentidos. Ciertamente no se les agradece por su servicio.

El Estado puede salirse con la suya gracias, en parte, a su manipulación del lenguaje. Se dice que un soldado que murió en la guerra de Irak estuvo «sirviendo a su país». ¿Qué podría significar eso? La guerra fue lanzada con pretextos absurdos contra un líder que no había hecho daño a los estadounidenses y que era incapaz de hacerlo. Si la guerra estuvo al servicio de algo, fue de las ambiciones imperiales de un pequeño grupo gobernante. De ninguna manera tal misión, que desvió vastos recursos del uso civil, «sirvió al país».

La guerra distorsiona la realidad misma. A los escolares se les enseña a creer que el soldado estadounidense compró su libertad con sus sacrificios. Pegatinas blasfemas comparan al soldado americano con Jesucristo. Pero, ¿de qué manera fue amenazada la libertad estadounidense por Irak, Panamá o Somalia? Para el caso, ¿cómo podría cualquier adversario del siglo XX haber logrado una invasión de Norteamérica, dado que ni siquiera los alemanes podían cruzar el Canal de la Mancha?

Pero esta mitología cuidadosamente cultivada ayuda a mantener el negocio en marcha. Aumenta la reverencia supersticiosa que la gente tiene por los miembros pasados y presentes de las fuerzas armadas. Pone a los críticos de la guerra a la defensiva. De hecho, ¿cómo podemos criticar la guerra y la intervención cuando estas cosas nos han mantenido libres?

En resumen, la guerra es inseparable de la propaganda, la mentira, el odio, el empobrecimiento, la degradación cul-tural y la corrupción moral. Es el resultado más horrible de la legitimidad moral y política que se le enseña a la gente a conceder al Estado.

Envuelto en los adornos del patriotismo, el hogar, las canciones y las banderas, el estado engaña a la gente para que desprecie a un líder y a un país del que hasta ese momento apenas habían oído hablar, y mucho menos tener una opinión informada, y enseña a sus sujetos a vitorear la mutilación y la muerte de otros seres humanos que nunca les han hecho ningún daño.

Dada la gravedad de la guerra, ¿qué podemos hacer para detenerla? Parte de la respuesta está en cómo pensamos sobre la guerra, y aquí hay algunos puntos vitales que debemos tener en cuenta.

(1) Nuestros gobernantes no son una ley para sí mismos. Persigamos la misión subversiva de aplicar a nuestros gobernantes las mismas reglas morales contra el robo, el secuestro y el asesinato que aplicamos a todos los demás, ya que nuestros guerreros creen que están exentos de las reglas morales normales. Debido a que están en guerra, llegan a suspender toda decencia, todas las normas que rigen la conducta e interacción de los seres humanos en todas las demás circunstancias. El anodino término «daño colateral», junto con palabras de arrepentimiento superficiales y sin sentido, se emplean cuando civiles inocentes, incluidos niños, son mutilados y asesinados. Un individuo privado que se comporta de esta manera sería llamado un sociópata. Dale un título elegante y un bonito traje, y se convertirá en un estadista.

(2) Humanizar a los demonizados. Debemos alentar todos los esfuerzos para humanizar a las poblaciones de los países que se encuentran en la mira de los guerreros. El público en general es azotado a un frenesí de guerra sin saber lo primero —o escuchar solo propaganda— sobre las personas que morirán en esa guerra. Los medios de comunicación del establishment no contarán su historia, así que nos corresponde a nosotros usar todos los recursos que tenemos como individuos, especialmente en línea, para comunicar la verdad más subversiva de todas: que la gente del otro lado también son seres humanos. Esto hará un poco más difícil para los guerreros llevar a cabo su Odio de Dos Minutos, y puede tener el efecto de persuadir a los estadounidenses con simpatías humanas normales a desconfiar de la propaganda que los rodea.

(3) Si nos oponemos a la agresión, opongámonos a toda agresión.

Si creemos en la causa de la paz, no basta con poner fin a la violencia agresiva entre las naciones. No deberíamos querer lograr la paz en el extranjero para que nuestros gobernantes puedan volver sus armas contra individuos pacíficos en casa. Abandonar todas las formas de agresión contra personas pacíficas.

El pueblo y los guerreros son dos grupos distintos. Nunca debemos decir «nosotros» cuando hablamos de la política exterior del gobierno de Estados Unidos. Por un lado, a los guerreros no les importan las opiniones de la mayoría de los estadounidenses. Es tonto y vergonzoso para los estadounidenses hablar de «nosotros» cuando hablan de la política exterior de su gobierno, como si sus aportaciones fueran necesarias o deseadas por los que hacen la guerra(4) Nunca utilizar «no-sotros» cuando se habla del Estado.

Pero también está mal, por no hablar de lo travieso. Cuando las personas se identifican tan estrechamente con su Estado, perciben los ataques contra la política exterior de su Estado como ataques contra ellos mismos. Entonces se hace más difícil razonar con ellos — ¡por qué, estás insultando mi política exterior!

Asimismo, el uso de «nosotros» alimenta la fiebre de la guerra. «Nosotros» tenemos que conseguirlos. La gente apoya a sus gobiernos como lo haría con un equipo de fútbol. Y puesto que sabemos que somos decentes y buenos, «ellos» solo pueden ser monstruosos y malos, y merecedores de cualquier justicia justa que «nosotros» les dispensamos.

La izquierda antibélica cae en este error con la misma frecuencia. Apelan a los estadounidenses con un catálogo de crímenes horribles que «nosotros» hemos cometido. Pero no hemos cometido esos crímenes. Los mismos sociópatas que victimizan a los estadounidenses todos los días, y sobre quienes no tenemos control real, cometieron esos crímenes.

Ron Paul ha restaurado la asociación adecuada del capitalismo con la paz y la no intervención. Los leninistas y otros izquierdistas, agobiados por una falsa comprensión de la economía y el sistema de mercado, solían afirmar que el capitalismo necesitaba guerra, que la supuesta «sobreproducción» de bienes obligaba a las sociedades de

mercado a ir al extranjero —y a menudo a la guerra— en busca de mercados externos para sus excedentes de bienes.

Esto siempre fue una tontería económica. También fue una tontería política: el libre mercado no necesita una institución parasitaria para engrasar los patines del comercio internacional, y la misma filosofía que insta a la no agresión entre seres humanos individuales obliga a la no agresión entre áreas geográficas.

Mises siempre insistió, en contra de los leninistas, que la guerra y el capitalismo no podían coexistir por mucho tiempo. «Por supuesto, a largo plazo, la guerra y la preservación de la economía de mercado son incompatibles. El capitalismo es esencialmente un esquema para naciones pacíficas... El surgimiento de la división internacional del trabajo requiere la abolición total de la guerra... La economía de mercado implica una cooperación pacífica. Se rompe cuando los ciudadanos se convierten en guerreros y, en lugar de intercambiar mercancías y servicios, luchan contra uno mismo.

«La economía de mercado», dijo Mises simplemente, «significa cooperación pacífica e intercambio pacífico de bienes y servicios. No puede persistir cuando la matanza al por mayor está a la orden del día».

Los que creen en la economía de mercado libre y sin trabas deben ser especialmente escépticos de la guerra y la acción militar. Después de todo, la guerra es el programa de gobierno definitivo. La guerra lo tiene todo: propaganda, censura, espionaje, contratos de amiguitos, impresión de dinero, gastos exorbitantes, creación de deudas, planificación central, arrogancia - todo lo que asociamos con las peores intervenciones en la economía.

«La guerra», observó Mises, «es dañina, no solo para el conquistado sino también para el conquistador. La sociedad ha surgido de las obras de paz; la esencia de la sociedad es la construcción de la paz. La paz y no la guerra es el padre de todas las cosas. Solo la acción económica ha creado la riqueza que nos rodea; el trabajo, no la profesión de las armas, trae felicidad. La paz construye; la guerra destruye».

Ver a través de la propaganda. Dejar de empoderar y enriquecer al Estado alentando sus guerras. Deje a un lado los temas de conversación de la televisión. Miren al mundo de nuevo, sin los

prejuicios del pasado, y sin favorecer la versión de las cosas de su propio gobierno.

Sé decente. Ser humano. No se deje engañar por los Joe Bidens, los John McCains, los John Boltons, Hillary Clintons y toda la pandilla de neocons. Rechazar el mayor programa de gobierno de todos ellos.

La paz construye. La guerra destruye.

Volvamos por un momento a Murray. Cuando se opuso a la guerra de Vietnam, no solo enajenó a National Review, la principal revista de derecha y la voz conservadora más importante del país, sino también a prácticamente todos los de la derecha. Tuvo que escribir para un pequeño número de suscriptores del boletín. A finales de la década de los sesenta, le dijo a Walter Block que probablemente solo había 25 liber-tarios en todo el mundo.

Las cosas son mucho más fáciles para nosotros hoy en día, gracias en gran parte al compromiso de Murray y al extraor-dinario ejemplo de Ron Paul. Ahora hay millones de personas que están decididamente en contra de la guerra, y a quienes no les importa a qué partido político pertenece el presidente que está lanzando una guerra en particular.

Además, es alentador saber que los jóvenes están mucho menos convencidos de la necesidad de una política exterior intervencionista. Cuanto más joven es el público, menos caen en oídos receptivos las exhortaciones de los belicistas.

En mi opinión, este es el mayor legado de Murray Rothbard. Depende de todos nosotros ayudar a llevarlo adelante.

Llewellyn H. Rockwell,
Conferencia del Instituto Ron Paul,
24 de agosto de 2019.

CAPÍTULO I

EL COLECTIVISMO BÉLICO DURANTE LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL

Más que cualquier otro periodo, la Primera Guerra Mundial fue el punto crítico de inflexión del sistema empresarial estadounidense. Fue una “colectivismo bélico”, una economía totalmente planificada dirigida principalmente por los intereses de las grandes empresas a través del medio del gobierno central, que sirvió como modelo, precedente e inspiración para el capitalismo corporativo de estado del resto del siglo XX.

Esa inspiración y precedente aparecieron no solo en Estados Unidos sino también en las economías bélicas de los principales combatientes de la Primera Guerra Mundial. El colectivismo bélico mostraba a los intereses de las grandes empresas del mundo occidental que era posible pasar radicalmente del anterior capitalismo, en buena parte de libre mercado, a un nuevo orden marcado por un gobierno fuerte y una intervención y planificación públicas extensas y generalizadas, con el fin de proporcionar una red de subvenciones y privilegios monopolísticos a los intereses de las empresas, y especialmente de las grandes empresas. En particular, la economía podía cartelizarse bajo la tutela del gobierno, con mayores precios y producción fija y restringida, siguiendo el patrón clásico del monopolio y los contratos públicos militares y otros podían canalizarse a las manos de fabricantes corporativos favorecidos. La mano de obra, que se estaba haciendo cada vez más revoltosa, podía ser apaciguada y controlada al servicio de este nuevo orden estatal-monopolista-capitalista, a través del subterfugio de promover un sindicalismo apropiadamente cooperativo y llevar a los líderes sindicales a los sistemas de planificación como socios menores.

En muchos sentidos, el nuevo orden era una vuelta sorprendente al antiguo mercantilismo, con su agresivo imperialismo y nacionalismo, su generalizado militarismo y su red gigantesca de subvenciones y privilegios monopolistas para los intereses de las grandes empresas. Por supuesto, en su forma del siglo XX, el nuevo mercantilismo era industrial en lugar de mercantil, ya que la revolución industrial había intervenido para hacer de las manufacturas y la industria la forma económica dominante. Pero había una diferencia más importante en el nuevo mercantilismo. El mercantilismo original había sido brutalmente franco en su clase dirigente y en su desprecio por el trabajador y consumidor medio.[2] Por el contrario, el nuevo reparto disfrazado bajo la nueva forma de promoción del interés nacional general, del bienestar de los trabajadores a través de la nueva representación de la mano de obra y del bien común de todos los ciudadanos. De ahí la importancia, para proporcionar una muy necesaria legitimidad y apoyo popular, de la nueva ideología del liberalismo del siglo XX, que aprobaba y glorificaba el nuevo orden. Al contrario del antiguo liberalismo de *laissez faire* del siglo anterior, el nuevo liberalismo obtuvo la aprobación popular para el nuevo sistema proclamando que difería radicalmente del antiguo mercantilismo explotador en su mejora del bienestar de toda la sociedad. Y a cambio de este apoyo ideológico de los nuevos liberales “corporativos”, el nuevo sistema dio a los liberales, el prestigio, las rentas y el poder que conllevaban los puestos de planificación concreta y detallada del sistema, así como para la propaganda ideológica a su favor.

Por su parte, los intelectuales liberales adquirieron no solo prestigio y una pizca de poder en el nuevo orden, también lograron la satisfacción de creer que este nuevo sistema de intervención pública podía superar las debilidades y los conflictos sociales que veían en las dos grandes alternativas: el capitalismo de *laissez faire* o el socialismo proletario marxista. Los intelectuales veían al nuevo orden como portador de armonía o cooperación para todas las clases a favor del bienestar general, bajo la tutela del gran gobierno. En la visión liberal, el nuevo orden ofrecía una vía intermedia, un “centro vital” para la nación, frente a los “extremos” divisivos de la izquierda y la derecha.

I

Aquí no tenemos espacio para ocuparnos del importante papel de las grandes empresas y los intereses empresariales en llevar a Estados Unidos a la Primera Guerra Mundial. Los extensos lazos económicos de la comunidad de las grandes empresas con Inglaterra y Francia, a través de órdenes de exportación y de préstamos a los Aliados, especialmente los suscritos por la poderosa J.P. Morgan & Co. (que también sirvió de agente para los gobiernos británico y francés) se aliaron con el auge producido por órdenes militares nacionales y aliadas, todas desempeñando un papel esencial en llevar a Estados Unidos a la guerra. Además, prácticamente toda la comunidad empresarial oriental apoyó la deriva hacia la guerra.[3]

Aparte del papel de la gran empresa en empujar a Estados Unidos al camino de la guerra, las empresas fueron igualmente entusiastas acerca de la planificación extensiva y la movilización económica que conllevaría claramente la guerra. Así, un entusiasta temprano de la movilización bélica fue la Cámara de Comercio de Estados Unidos, que había sido una importante defensora de la cartelización industrial bajo la tutela del gobierno federal desde su creación en 1912. La revista mensual de la cámara, *The Nation's Business*, preveía a mediados de 1916 que una economía movilizadora produciría una compartición del poder y la responsabilidad entre gobierno y empresas. Y el presidente del comité ejecutivo de la cámara de EEUU sobre defensa nacional escribía a los Du Pont, a finales de 1916, sobre sus expectativas de que “esta cuestión de las municiones parecería ser la mayor oportunidad para estimular el nuevo espíritu” de cooperación entre gobierno e industria.[4]

La primera organización en moverse hacia la movilización económica para la guerra fue el Comité de Preparación Industrial, que fue una derivación de 1916 del Comité de Preparación Industrial del Consejo Consultivo Naval, un comité de consultores industriales para la armada, dedicado a considerar las ramificaciones de una armada estadounidense en expansión. Carac-

-terísticamente, el nuevo CPI era una organización público-privada fuertemente mezclada, oficialmente una rama del gobierno federal, pero financiada solo con contribuciones privadas. Además, los miembros industriales del comité, trabajando patrióticamente sin remuneración, eran así capaces de mantener sus puestos y rentas privados. El presidente del CPI y dedicado entusiasta de la movilización industrial, era Howard E. Coffin, vicepresidente de la importante Hudson Motor Co. de Detroit. Bajo la dirección de Coffin, el CPI organizó un inventario nacional de miles de instalaciones industriales para la fabricación de munición. Para hacer propaganda de este esfuerzo, bautizado como “preparación industrial”, Coffin fue capaz de movilizar a la American Press Association, los Associated Advertising Clubs of the World, el New York Times de agosto y la gran mayoría de la industria estadounidense.[5]

Al CPI le sucedió, a finales de 1916, el Consejo de Defensa Nacional, completamente público, cuya comisión asesora (compuesta principalmente por industriales privados) iba a convertirse en su agencia real de funcionamiento. (El propio consejo estaba compuesto por varios miembros del gabinete). El presidente Wilson anunció que el propósito del CDN como organizador de “todo el mecanismo industrial (...) de la forma más eficaz”, Wilson encontraba al consejo especialmente valioso porque “abre un canal nuevo y directo de comunicación y cooperación entre hombre de empresa y de ciencia y todos los departamentos del gobierno”. [6] También alababa al personal de la comisión de asesores del consejo por marcar “la entrada de ingenieros y profesionales no partidistas en asuntos gubernamentales estadounidenses” en una escala sin precedentes. Estos miembros, declaraba el presidente grandilocuentemente, iba a servir sin recibir paga “siendo la eficacia el único objetivo y el americanismo su única motivación”. [7]

Entusiasmado con el nuevo CDN, Howard Coffin escribía a los Du Pont en diciembre de 1916 que “esperamos que pueda crear los cimientos para esa estructura industrial, civil y militar íntimamente entrelazada, que todo estadounidense pensante ha llegado a percibir como vital para la vida futura de este país, en la paz y en el comercio, no menos que en una posible guerra”. [8]

Particularmente influyente en la creación del CDN fue el secretario del tesoro, William Gibbs McAdoo, yerno del presidente y expromotor del Ferrocarril del Hudson y Manhattan y socio de los intereses de Ryan en Wall Street.[9] A la cabeza de la comisión de asesores estaba Walter S. Gifford, que había sido uno de los líderes del Comité Coffin y había llegado al gobierno desde su puesto como estadístico jefe de la American Telephone and Telegraph Co., una gigantesca empresa monopolística del ámbito de los Morgan. Los otros miembros “no partidistas” eran Daniel Willard, presidente de la Baltimore and Ohio Railroad; el financiero de Wall Street, Bernard M. Baruch; Howard E. Coffin; Julius Rosenwald, presidente of Sears, Roebuck and Co.; Samuel Gompers, presidente de AF of L y un científico y un importante cirujano.

Meses antes de la entrada estadounidense en la guerra, la comisión de asesores del CDN diseñó lo que iba a convertirse en el sistema completo de compra de suministros de guerra, el sistema de control de los alimentos y la censura de la prensa. Fue la comisión de asesores la que se reunió con los encantados representantes de diversos sectores de la industria y dijeron a los empresarios que se agruparan en comités para la venta de sus productos al gobierno y para la fijación de precios de estos productos. No sorprendió que se pusiera a Daniel Willard al cargo de tratar con los ferrocarriles, a Howard Coffin con municiones y manufacturas, a Bernard Baruch con materias primas y minerales, a Julius Rosenwald con suministros y a Samuel Gompers con trabajo. El idea de crear comités de los diversos sectores, “para juntar sus recursos”, partió de Bernard Baruch. Los comités de productos del CDN, a su vez consistían invariablemente en industriales principales de cada sector: estos comités negociarían luego con los comités nombrados por la industria.[10]

Por recomendación de la comisión de asesores, Herbert Clark Hoover fue nombrado jefe de la nueva Administración Alimentaria. A finales de marzo de 1917, el CDN nombró al Consejo de Compras para coordinar las compras públicas a la industria. El presidente de este consejo, cuyo nombre se cambió enseguida por Consejo General de Municiones, fue Frank A. Scott, un conocido fabricante de Cleveland y presidente de Warner & Swasey Co.

La movilización centralizadora ya estaba llevándose a cabo aunque lentamente a través de la maraña de la burocracia y la Cámara de Comercio de Estados Unidos pidió al Congreso que el director del CDN “debería recibir poder y autoridad en el campo económico equivalente al del jefe del estado en el campo militar”. [11] Finalmente, a principios de julio, los departamentos de materias primas, municiones y suministros se agruparon bajo en nuevo Consejo de Industrias Bélicas, con Scott como presidente, el consejo que iba a convertirse en la agencia central del colectivismo en la Primera Guerra Mundial. Las funciones del CIB fueron pronto la coordinación de compras, la asignación de productos y la fijación de precios y prioridades en producción.

Problemas administrativos acosaron sin embargo al CIB y se buscó un “autócrata” satisfactorio para dirigir toda la economía como presidente de la nueva organización. El autócrata voluntario fue finalmente descubierto en la persona de Bernard Baruch a principios de marzo de 1918. Con la elección de Baruch, reclamada firmemente al presidente Wilson por el secretario McAdoo, el colectivismo bélico había alcanzado su forma final.[12] Las credenciales de Baruch para la tarea eran impecables: un defensor temprano del camino hacia la guerra, Baruch había presentado un plan de movilización bélica industrial al presidente Wilson ya en 1915.

El CIB creó un enorme aparato que se relacionaba con los sectores concretos a través de divisiones de productos en buena parte con personal de los propios sectores. El historiador del CIB, él mismo uno de sus líderes, decía con entusiasmo que el CIB había establecido

Un sistema de concentración de comercio, industria y todos los poderes públicos que no tenía comparación entre todas las demás naciones. (...) Estaba tan entremezclado con los departamentos de suministros del ejército y la armada, de los aliados y con otros departamentos públicos que, aunque tenía entidad propia (...) sus decisiones y acciones (...) se basaban siempre en un resumen de toda la situación. Al mismo tiempo, a través de las divisiones y secciones de productos en contacto con comités responsables de dichos productos, el Consejo de Industrias Bélicas extendió sus antenas hasta los recovecos más internos de la industria. Nunca antes hubo un foco en el conocimiento del vasto campo de la industria estadounidense, el comercio y el transporte. Nunca hubo un acercamiento tal a la omnisciencia en los asuntos empresariales de un continente.[13]

Los líderes de las grandes empresas acaparaban la estructura del CIB desde el mismo consejo hasta las secciones de productos. Así, el vicepresidente Alexander Legge provenía de International Harvester Co.; el empresario Robert S. Brookings era quien más insistía en fijar precios; George N. Peek, a cargo de los productos terminados, había sido vicepresidente de Deere & Co., un importante fabricante de equipamientos agrícolas. Robert S. Lovett, a cargo de las prioridades, era presidente del consejo de la Union Pacific Railroad y J. Leonard Replogle, administrador del acero, había sido presidente de la American Vanadium Co. Fuera de la estructura directa del CIB, Daniel Willard, de la Baltimore & Ohio, estaba al cargo de los ferrocarriles nacionales y el gran empresario Herbert C. Hoover era el “zar de la alimentación”.

A la hora de conceder contratos militares, no había tonterías de pujas competitivas. Competencia en eficiencia y coste se dejaban de lado y el CIB dominado por la industria otorgaba contratos como le parecía.

Cualquier empresa individualista disidente a la que no le gustaran los mandatos y órdenes del CIB era rápidamente aplastada entre la coacción ejercida por el gobierno y el oprobio colaborador de sus colegas organizados de negocios. Así, Grosvenor Clarkson escribe:

Los industriales estadounidenses individualistas se horrorizaban cuando se daban cuenta de que se había reclutado a la industria, igual que se había hecho con la mano de obra. (...) Las empresas querían su propio dominio, forjaban sus ataduras y controlaban su propio sometimiento. Hubo protestas amargas y tormentosas aquí y allí, especialmente por aquellas industrias que se vieron limitadas o suspendidas. (...) [Pero] las rendijas en el traje de la autoridad fueron ampliamente rellenadas por el espíritu dócil y cooperativo de la industria. El obstructor ocasional desobedecía los mandatos del Consejo solo para encontrar en ostracismo entre sus colegas de industria.[14]

Uno de los instrumentos más importantes del colectivismo bélico fue la División de Conservación del CIB, una institución que estaba constituida también en buena parte por líderes de manufacturas. La División de Conservación había empezado como Consejo de Economía Comercial en el CDN, ocurrencia de su primer presidente, el empresario de Chicago, A.W. Shaw. El Consejo o División, sugeriría a las economías industriales y animaría a la industria afectada a establecer regulaciones cooperativas. Las regulaciones del consejo eran supuestamente “voluntarias”, un voluntarismo forzado por “la obligación de la opinión comercial, que automáticamente controlaba la observancia de las recomendaciones”. Pues “una práctica adoptada por el abrumador consentimiento e incluso la insistencia de (...) los colegas, especialmente cuando lleva la etiqueta de un servicio patriótico en un momento de emergencia, no puede descartarse a la ligera”. [15]

De esta manera, en nombre de la “conservación” en tiempo de guerra, la División de Conservación se dedicó a racionalizar, estandarizar y cartelizar la industria de una forma que, ojalá, continuaría permanentemente después del fin de la guerra. Arch W. Shaw resumía así la tarea de la división: reducir drásticamente el número de estilos, tamaños, etc. de los productos de la industria; eliminar los diversos estilos y variedades; estandarizar tamaños y medidas. El que esta supresión despiadada y completa de la competencia en la industria no se considerara como una medida puramente de tiempo de guerra quedaba claro en este pasaje de Grosvenor Clarkson:

La Guerra Mundial fue una escuela maravillosa. (...) Nos mostró cómo tantas cosas pueden mejorarse que no sabemos por dónde empezar con la utilización permanente de lo que sabemos. Solo la División de Conservación demostró que sencillamente quitar al comercio y la industria la carga del hábito fútil y la incrustación de variedades inútiles generaría un buen dividendo al capital mundial. (...) Quizá sea demasiado esperar que haya alguna ganancia general en tiempo de paz a partir del experimento triunfante de la División de Conservación. Aun así, el mundo necesita ahora economizar tanto como en la guerra. [16]

Mirando hacia la futura cartelización, Clarkson declaraba que esa economización en tiempo de paz “implica una afiliación tan cercana y simpatizante de industrias en competencia que resulta casi imposible bajo la descentralización de la empresa que a la que obligan nuestra normas antitrust.

La biógrafa de Bernard Baruch resumía los resultados duraderos de la “conservación” y estandarización obligatorias como sigue:

La conservación en tiempo de guerra había reducido estilos, variedades y colores en la ropa. Había estandarizado tamaños. (...) Había prohibido 250 tipos distintos de modelos de arado en EEUU, por no hablar de 755 tipos de taladro. (...) la producción y distribución en masa se había convertido en la ley del país. (...) Este debía ser por tanto el objetivo del siguiente cuarto del siglo XX: “Estandarizar la industria estadounidense”: hacer de la necesidad de tiempo de guerra virtud en tiempo de paz.[17]

No solo la División de Conservación, sino toda la estructura de colectivismo y cartelización bélicos constituían una visión de la empresa y el gobierno en una futura economía de tiempo de paz. Como decía francamente Clarkson:

Sorprende poco que los hombres que se ocupaban de las industrias de una nación (...) meditaran con una especie de desdén intelectual sobre la enorme confusión aleatoria de la industria en tiempo de paz, con su perpetuo ciclo de exceso y carestía y su intento interno de ajuste después de los acontecimientos. A partir de sus meditaciones surgieron sueños de un mundo económico ordenado.

Concebían Estados Unidos como “seccionado por productos” para el control del comercio mundial. Mantenían todo el comercio mundial cuidadosamente computado y registrado en Washington, los requisitos anotados, los recursos estadounidenses localizables, los grifos abiertos o cerrados según las circunstancias. En una palabra, una mente y voluntad nacionales enfrentando el comercio internacional y manteniendo su propia casa en orden empresarial.[18]

El núcleo y alma del mecanismo de control de la industria por el CIB eran sus aproximadamente 60 secciones de productos, comités que supervisaban los diversos grupos de productos, que estaban poblados casi exclusivamente por hombres de negocios de las respectivas industrias. Además, estos comités trataban con más de 300 “comités de servicios bélicos” de la industria, nombrados por las respectivas agrupaciones industriales bajo la tutela de la Cámara de Comercio de Estados Unidos. No sorprende que en esta atmósfera acogedora hubiera una gran armonía entre empresas y gobierno. Como describía Clarkson con admiración:

Hombres de negocios completamente consagrados al servicio público, pero llenos de comprensión de los problemas de la industria, ahora se encontraban con hombres de negocios completamente representativos de la industria (...) pero simpatizando con el propósito público.[19]

Y

Las secciones de productos eran negocios operando negocios públicos por el bien común. (...) Los comités bélicos de la industria sabían, entendían y creían en los jefes de productos. Eran de la misma pieza.[20]

En general, Clarkson estaba entusiasmado porque la secciones de productos era “movilizadas e instruidas por la industria, receptivas, entusiastas y bien dotadas de personal. Eran militantes y mantenían prietas las filas”.[21]

La Cámara de Comercio estaba especialmente entusiasmada con el sistema del comité de servicios bélicos, un sistema que también iba a estimular el movimiento de asociación comercial en tiempo de paz. El presidente de la Cámara, Harry A. Wheeler, vicepresidente de la Union Trust Co. de Chicago, declaraba que:

La creación de comités de servicios bélicos prometen crear la base para una organización verdaderamente nacional de la industria, cuya preparación y oportunidades son ilimitadas. (...) La integración de negocios, el objetivo expreso de la Cámara nacional, está a la vista. La guerra es el severo maestro que lleva a casa la lección del esfuerzo cooperativo.[22]

El resultado de esta armonía recién encontrada dentro de cada industria y entre la industria y el gobierno fue “sustituir la competencia por cooperación.”. La competencia con las órdenes del gobierno era virtualmente inexistente y la “competencia de precios fue prácticamente eliminada por la acción del gobierno. La industria estaba entonces en (...) un era dorada de armonía” y libre de la amenaza de pérdidas empresariales.[23]

Una de las funciones cruciales de la planificación en tiempo de guerra fue la fijación de precios, establecida en el campo de los productos industriales por la Comisión de Fijación de Precios del Consejo de Industrias Bélicas. Empezando por áreas tan críticas como el acero y el cobre al principio de la guerra y luego expandiéndose inexorablemente a muchos otros campos, la fijación de precios se vendió al público como la fijación de precios máximos para proteger al pueblo frente la inflación de tiempo de guerra. Sin embargo, en realidad, el gobierno establecía el precio en cada industria a un nivel tal que garantizaba un “beneficio justo” a los productores con altos costes. Confiriendo así un gran grado de privilegio y altos beneficios para las empresas con costes menores.[24] Clarkson admitía que este sistema era una tremenda vigorización para las grandes empresas y duro para las pequeñas. Los productores grandes y eficientes obtenían mayores beneficios que los normales y muchos de los menores afectados caían por debajo de sus retornos ordinarios. [25]

Pero las empresas con costes superiores estaban bastante contentas con su garantía de “beneficio justo”.

La actitud del Comité de Fijación de Precios se refleja en la declaración su Presidente, Robert S. Brookings, un magnate jubilado de la madera, dirigida a la industria del níquel: “No tenemos una actitud de envidiar vuestros beneficios, somos más de la actitud de justificarlos si podemos. Esa es la forma en que nos aproximamos a estas cosas”.[26]

Típica del funcionamiento de la fijación de precios fue la situación en la industria textil del algodón. El presidente Brookings reportaba en abril de 1918 que el Comité de Bienes de Algodón había decidido “unirse de forma amistosa” para tratar de

“estabilizar el mercado”. Brookings agregaba el sentimiento de los grandes fabricantes de algodón de que era mejor fijar un precio mínimo alto a largo plazo que aprovechar completamente la ventaja a corto plazo de muy altos precios que había.[27]

El entusiasmo general en el mundo empresarial, y especialmente entre las grandes empresas, por el sistema de colectivismo bélico puede explicarse ahora. El entusiasmo fue el producto de la estabilización resultante de precios, la limitación de las fluctuaciones del mercado y el hecho de que los precios fueran casi siempre fijados por consentimiento del gobierno y los representantes de cada industria. No sorprende que Harry A. Wheeler, presidente de la Cámara de Comercio de Estados Unidos, escribiera en el verano de 1917 que la guerra “está dando a las empresas la base para el tipo de esfuerzo cooperativo que solo puede hacer a EEUU económicamente eficiente”. O que el jefe de la American Telephone and Telegraph alabara la perfección de una “coordinación para garantizar una cooperación completa no solo entre el Gobierno y las empresas, sino entre las propias empresas.”. La planificación cooperativa de tiempo de guerra estaba funcionando tan bien, de hecho, opinaba el presidente del consejo de Republic Iron and Steel al principio de 1918, que debería también continuar en tiempo de paz.[28]

La vitalmente importante industria del acero es un ejemplo excelente del funcionamiento del colectivismo bélico. El distintivo del estrecho control de la industria del acero era la “cooperación” íntima entre gobierno e industria, una cooperación en la que Washington decidía sobre la política general y luego dejaba al juez Elbert Gary, jefe del principal productor de acero, United States Steel, implantar dicha política dentro de la industria. Gary seleccionó a un comité que representaba a los mayores productores de acero para que les ayudara a dirigir la industria. Tenía un aliado voluntario presente en J. Leonard Replogle, el jefe de American Vanadium Co. y jefe de la División del Acero del CIB. Replogle compartía el antiguo deseo de Gary y la industria del acero de una cartelización industrial y una estabilidad del mercado bajo la tutela de un gobierno federal amistoso. No es sorprendente que Gary estuviera encantado con

sus nuevos poderes para dirigir la industria del acero y pidiera que se le diera poder absoluto “para movilizar plenamente y, si era necesario, para dar órdenes”. Y Iron Age, la revista de la industria del hierro y el acero, estaba exultante porque

aparentemente ha hecho falta la guerra más gigantesca de la historia para dar a la idea de la cooperación aquel lugar en el programa económico general que los fabricantes de acero del país buscaban dar a su propio sector hace casi diez años

con la efímera entente cordiale entre el juez Gary y el presidente Roosevelt.[29]

Es verdad que las relaciones en tiempo de guerra entre el gobierno y las acereras fue tenso en algunos momentos, pero la tensión y la dura amenaza del gobierno comandando los recursos se dirigió generalmente contra empresas más pequeñas, como Crucible Steel, que había rechazado tercamente aceptar contratos públicos.[30]

De hecho, en la industria del acero fueron las grandes acereras (US Steel, Bethlehem, Republic, etc.) las que, al principio de la guerra, habían pedido las primeras la fijación pública de precios y tuvieron que empujar a un gobierno a veces confuso a adoptar lo que acabaría convirtiéndose en programa público. La principal razón fue que los grandes productores de acero, felices ante en enorme aumento de los precios este producto en el mercado como resultado de la demanda bélica, ansiaban estabilizar el mercado a un precio alto y así asegurar una posición de ganancia a largo plazo mientras durara la guerra. El acuerdo gobierno-industria del acero de septiembre de 1917 fue por tanto alabado por John A. Topping, presidente de Republic Steel, como sigue:

El acuerdo del acero tendrá un efecto sano sobre este negocio porque el principio de regulación cooperativa se ha establecido con la aprobación del Gobierno. Por supuesto, los beneficios extraordinarios actuales se verán sustancialmente reducidos, pero se ha evitado una situación de desbocamiento del mercado y se ha extendido la prosperidad. (...) Además, debería conservarse la estabilidad en los valores futuros.[31]

Además, las grandes acereras estaban encantadas de usar los precios fijos como justificación para imponer controles y estabilidad en los salarios, que también estaban empezando a subir. Los fabricantes de acero más pequeños, por el contrario, a menudo con costes superiores y que no habían sido tan prósperos antes de la guerra, se oponían a la fijación de precios porque querían aprovechar toda la ventaja de la bonanza de beneficios a corto plazo producida por la guerra.[32]

Bajo este régimen, la industria del acero logró los mayores niveles de beneficios de su historia, con una media del 25% anual durante los dos años de guerra. A algunas de las acereras más pequeñas, beneficiándose de su menor capitalización total, les fue el doble de bien.[33]

El sistema más minucioso de controles de precios durante la guerra fue aplicado, no por el CIB, sino por la independiente Administración de Alimentos, sobre la que presidía como “zar de la alimentación” Herbert Clark Hoover. El historiador oficial del control de precios en tiempo de guerra escribía justamente que el programa de control de alimentos “fue la medida más importante para controlar los precios que Estados Unidos (...) haya tomado nunca”. [34]

Herbert Hoover aceptó su puesto poco después de la entrada estadounidense en la guerra, pero solo bajo la condición de que solo él tendría autoridad sobre la alimentación, sin intromisiones de consejos o comisiones. La Administración de Alimentos se creó sin autorización legal y luego una propuesta respaldada por Hoover fue presentada al Congreso para darle la fuerza completa de la ley. A Hoover se le dio también el poder de requisar “lo necesario”, de apropiarse de plantas para el funcionamiento del gobierno y de regular o prohibir intercambios.

La clave para el sistema de control del sistema de la Administración de Alimentos era una vasta red de licencias. En lugar de un control directo sobre la comida a la AA se le dio el poder absoluto de emitir licencias para todas y cada una de las divisiones de la industria alimentaria y de establecer las condiciones para mantener la licencia. Todo intermediario, todo productor, distribuidor y almacenero de alimentos estaba obligado por Hoover a mantener su licencia federal.

Una característica notable introducida por Hoover en su reinado como zar del alimento fue la movilización de una enorme red de ciudadanos voluntarios como una masa de ansiosos participantes en la aplicación de sus decretos. Así que Herbert Hoover fue tal vez el primer político estadounidense en darse cuenta del potencial (al ganarse la aceptación de las masas y aplicar decretos públicos) en la movilización de masas a través de un torrente de propaganda para servir como ayudantes voluntarios de la burocracia pública. La movilización llegó al punto de inducir a la gente a calificar como prácticamente un leproso moral a cualquiera que disintiera de los edictos del Sr. Hoover.

La base de todo (...) el control ejercido por la Administración de Alimentos fue el trabajo educativo que precedía y acompañaba sus medidas de conservación y regulación. Mr. Hoover estaba completamente convencido de la idea de que el método más eficaz para controlar los alimentos era poner a todo hombre, mujer y niño en el país a la labor de ahorrar comida. (...) El país estaba literalmente cubierto con millones de panfletos y folletos pensados para educar a la gente con respecto a la situación alimentaria. Ningún consejo bélico en Washington fue publicitado tanto como la Administración de Alimentos de EEUU. Había insignias de la Administración de Alimentos para la solapa del abrigo, el escaparate de la tienda, el restaurante, el tren y la casa. Se ponía un estigma real sobre la persona que no era leal a los edictos de la Administración de Alimentos a través de la presión por las escuelas, iglesias, clubes de mujeres, bibliotecas públicas, asociaciones de comerciantes, fraternidades y otros grupos sociales.[35]

El método por el que la Administración de Alimentación imponía controles de precios era su requisito de que sus licenciados debían recibir “un margen razonable de beneficio”. Este “margen razonable” se interpretaba como un margen por encima de los costes de cada productor y este coste más Un “beneficio razonable” para cada intermediario se convirtió en la regla del control de precios. El programa se vendía al público como un medio de mantener bajos beneficios y precios de los alimentos. Aunque la administración indudablemente quería estabilizar los precios, el objetivo era también, y de manera más importante, cartelizar. Industria y gobierno trabajaban juntos para asegurarse de que los competidores

inconformistas individuales no se salieran de madre: los precios en general se iban a establecer a un nivel que garantizaba un beneficio “razonable” para todos. El objetivo no era rebajar precios, sino uniformar y estabilizar precios no competitivos para todos. El objetivo era mucho más mantener altos los precios que mantenerlos bajos. De hecho, cualquier competidor excesivamente avaricioso que tratara de aumentar sus beneficios por encima de los niveles prebélicos recortando sus precios, era tratado con la máxima severidad por parte de la Administración de Alimentos.

Consideremos dos de los programas de control de alimentos más importantes durante la Primera Guerra Mundial: trigo y azúcar. El control de precios del trigo, el programa más importante, llegó después de la demanda de tiempo de guerra, que había impulsado al alza los precios del trigo muy rápidamente hasta su nivel más alto en la historia de Estados Unidos. Así, el trigo aumentó un dólar por bushel en el curso de dos meses al inicio de la guerra, llegando al precio sin precedentes de tres dólares el bushel. El control llegó después de las protestas para que interviniera el gobierno para acabar con los “especuladores” fijando precios máximos del trigo. Aun así, bajo la presión por parte de los agricultores, el programa público fijaba por decreto no precios máximos para el trigo, sino mínimos: la Ley de Control de Alimentos de 1917 fijaba un precio mínimo de dos dólares el bushel para la cosecha de trigo del año siguiente. No contento con esta subvención especial, el presidente procedió a aumentar el mínimo a 2,26\$ el bushel a mediados de 1918, una cifra que era entonces el precio exacto del mercado para el trigo. Este mínimo aumentado fijó en la práctica el precio del trigo para toda la guerra. Así, el gobierno se aseguraba de que los consumidores no se pudieran beneficiar de ninguna bajada en los precios del trigo.

Para aplicar el precio artificialmente alto del trigo, Herbert Hoover creó la Grain Corporation, “encabezada por hombres con experiencia en el grano”, que compraba la mayoría de la cosecha de trigo en Estados Unidos al “precio justo” y luego la revendía a las fábricas de harina de la nación al mismo precio. Para mantener contentos a los harineros, la Grain Corporation

les aseguraba contra cualquier posible pérdida por existencias sin vender de trigo o harina. Además, cada fábrica tenía garantizado que se mantendría su posición relativa en la industria de la harina a lo largo de la guerra. De esta manera, la industria de la harina fue cartelizada con éxito a través del instrumento del gobierno. Aquellas pocas harineras que se resistieron a la disposición del cártel fueron tratadas fácilmente por la Administración de alimentos; como decía Garrett: “sus operaciones (...) estaban razonablemente bien controladas (...) por los requisitos de licencia”. [36]

Los precios excesivamente altos del trigo y la harina también significaban costes artificialmente altos para los panaderos. Estos, a su vez, fueron llevados bajo el acogedor paraguas del cártel de requerírseles, en nombre de la “conservación”, mezclar productos inferiores con la harina de trigo en un porcentaje fijo. Todos los panaderos, por supuesto, estuvieron encantados de cumplir con un requerimiento que producía productos peores, que sabían que también iban a ser forzados a sus competidores. La competencia también se vio limitada por la estandarización obligatoria de la administración de los tamaños de las barras de pan y por la prohibición del recorte de precios mediante descuentos o devoluciones a clientes concretos: la vía clásica hacia la quiebra interna de cualquier cártel. [37]

En el caso particular del azúcar, hubo un esfuerzo mucho más sincero por mantener bajos los precios, debido al hecho de que Estados Unidos era más un importador que un productor de azúcar. Herbert Hoover y los gobiernos aliados formaron en su momento una Comité Internacional del Azúcar, que se ocupaba de comprar el azúcar de todos sus países, sobre todo de Cuba, a un precio artificialmente bajo y luego de distribuir el azúcar en bruto a las diversas refinerías. Así que los gobiernos aliados funcionaban como un gigantesco cártel comprador para rebajar el precio de la materia prima de sus refinerías.

Herbert Hoover instigó el plan para el Comité Internacional del Azúcar y el gobierno de EEUU nombró a la mayoría del comité de cinco hombres. Como presidente del comité, Hoover

seleccionó a Earl Babst, presidente de la poderosa American Sugar Refining Co., y los demás miembros estadounidenses también representaban los intereses de las refinerías. El CIA rápidamente fijó una acusada reducción en el precio del azúcar, rebajando el precio en Nueva York del azúcar cubano en bruto desde su alto precio del mercado de seis centavos y tres cuartos por libra en el verano de 1917 a seis centavos por libra. Cuando los cubanos protestaron comprensiblemente ante esta reducción de precios obligada artificialmente de su cosecha a la venta, el Departamento de Estado de EEUU y la Administración de Alimentos colaboraron para obligar al gobierno cubano al acuerdo. De alguna manera, los cubanos eran incapaces de obtener licencias de importación para el trigo y el carbón necesarios de la Administración de Alimentos de Estados Unidos, y el resultado fue una grave escasez de pan, harina y carbón en Cuba. Finalmente, los cubanos capitularon a mediados de enero de 1918 y las licencias de importación de Estados Unidos llegaron rápidamente.[38] Cuba también indujo a prohibir todas las exportaciones de azúcar, salvo al Comité Internacional del Azúcar.

Aparentemente, Mr. Babst aseguraba un bono extra para su American Sugar Refining Company, pues enseguida los cargos de refinerías estadounidenses competidoras iban a testificar ante el Congreso que esta empresa había obtenido beneficios especiales por las actividades del Comité Internacional del Azúcar y por el precio que fijó sobre el azúcar cubano.[39]

Aunque el gobierno estadounidense persiguió con gran diligencia el objetivo de rebajar los precios de las materias primas para las refinerías de EEUU, también se dio cuenta de que no podía rebajar demasiado el precio del azúcar en bruto, ya que el gobierno tenía que considerar a los productores marginales de azúcar de caña y remolacha de EEUU, que tenían que recibir su “beneficio justo” debidamente señalado. Para armonizar y subvencionar conjuntamente a las refinerías y los cultivadores de azúcar en USA, Hoover estableció un

Consejo de Igualación del Azúcar que al mismo tiempo mantendría bajo el precio del azúcar para Cuba mientras lo mantenía lo suficientemente alto para los productores estadounidenses. El Consejo lograba este objetivo comprando el azúcar cubano al precio bajo fijado y luego vendiendo la cosecha a las refinerías a un precio superior para cubrir a los productores estadounidenses.[40]

El resultado de los precios artificialmente bajos para el azúcar fue, inevitablemente, crear una grave escasez de azúcar, reduciendo la oferta y estimulando un consumo público excesivo. El resultado fue que el consumo de azúcar fue luego severamente restringido con su racionamiento federal.

No es sorprendente que las industrias alimentarias estuvieran encantadas con el programa de control de tiempo de guerra. Expresando el espíritu de todo el régimen de colectivismo bélico, Herbert Hoover, en palabras de Paul Garrett,

Mantuvo como política principal desde el principio un contacto muy cercano e íntimo con el comercio. Los hombres a que elegía para encabezar sus diversas secciones de productos y puestos de responsabilidad eran en buena medida comerciantes. (...) La determinación de las políticas de control dentro de cada rama de la industria de la alimentación se hacía en conferencias con los comerciantes de esa rama. (...) Podría decirse (...) que el marco del control de alimentos, igual que el control de materias primas, se creó sobre acuerdos con el comercio. La aplicación de acuerdos una vez realizados se confiaba además en parte a la cooperación de las organizaciones comerciales constituidas. Se hacía sentir responsable a la propia industria para la aplicación de todas las normas y regulaciones.[41]

También independiente de Consejo de Industrias Bélicas estaban los ferrocarriles nacionales, que recibieron la mayor atención del dictado público comparados con cualquier otra industria. De hecho, los ferrocarriles fueron expropiados y funcionaron directamente gestionados por el gobierno federal.

Tan pronto como EEUU entró en guerra, la administración pidió a los ferrocarriles que se unieran en uno debido al esfuerzo de la guerra. A los ferrocarriles les encantó obedecer y rápidamente-

-nte formaron lo que iba a ser conocido como el Consejo Bélico de los Ferrocarriles, que prometía exactamente perseguir un objetivo que habían buscado desde hacía mucho en tiempo de paz: acabar con las actividades competitivas y coordinar las operaciones ferroviarias.[42] Daniel Willard, presidente de Baltimore & Ohio Railroad y predecesor de Bernard Baruch como jefe del CIB, informaba alegremente de que los ferrocarriles habían acordado dar a su Consejo Bélico autoridad total para ignorar los intereses ferroviarios individuales. Bajo su presidente, Fairfax Harrison de la Southern Railroad, el Consejo Bélico estableció un Comité de Servicios al Automóvil para coordinar los suministros nacionales de coches. Ayudando en el esfuerzo de coordinación estuvo la Comisión de Comercio Interestatal, el cuerpo normativo federal para los ferrocarriles desde hacía mucho tiempo. De nuevo el monopolio promovido públicamente fue una inspiración para muchos que miraban hacia la futura economía de tiempo de paz. Durante varios años los ferrocarriles habían estado reclamando una “dirección científica” como medio para lograr tarifas más altas de la CCI y una cartelización impuesta por el gobierno, pero se habían visto frustrados por la presión de los transportistas organizados, los usuarios industriales de los ferrocarriles.

Pero ahora incluso los transportistas estaban impresionados. Max Thelen, presidente de la Comisión de Ferrocarriles de California, presidente de la Asociación Nacional de Ferrocarriles y de la Comisión de Servicios públicos y principal portavoz de los transportistas organizados, estaba de acuerdo en que el problema crítico del ferrocarril era la “duplicación” y la “irracional” falta de una completa coordinación entre ferrocarriles. Y el senador Francis G. Newlands (D., Nev.), el congresista más poderoso sobre asuntos ferroviarios como presidente de un comité conjunto sobre regulación del transporte, opinaba que la experiencia de tiempo de guerra era “de alguna forma hacer añicos una visión antigua con respecto a las leyes antitrust”. [43]

Sin embargo pronto quedó claro que el sistema de coordinación privada voluntaria no estaba en realidad funcionan-

-do bien. Los departamentos de tráfico de las vías individuales persistían en prácticas competitivas, los sindicatos ferroviarios reclamaban persistentemente grandes aumentos de sueldos y ferroviarios y transportistas se peleaban sobre demandas de los ferrocarriles de un aumento general de tarifas. Todos los grupos creían que la coordinación regional y la eficiencia general se lograrían mejor con la operación federal directa de los ferrocarriles. Los transportistas propusieron primero el plan como un método para lograr coordinación y evitar tasas de envío más altas; los sindicatos secundaron el plan para obtener aumentos salariales del gobierno y los ferrocarriles estuvieron completamente de acuerdo cuando el presidente Wilson les aseguró que cada vía tendría garantizados sus beneficios de 1916-17 (dos años de beneficios inusualmente altos para la industria ferroviaria). Con el gobierno federal ofreciéndose a soportar los dolores de cabeza de la dislocación y gestión de tiempo de guerra mientras garantizaba a las vías un beneficio muy alto por no hacer nada, ¿por qué no deberían los ferrocarriles apresurarse a firmar el acuerdo?

El defensor más entusiasta en la administración de la operación federal de los ferrocarriles era el secretario de estado McAdoo, un ejecutivo ferroviario de Nueva York y socio cercano de los Morgan, que a su vez eran los principales aseguradores y dueños de bonos de ferrocarril. McAdoo fue premiado siendo nombrado jefe de la Administración de Ferrocarriles de Estados Unidos después de que Wilson expropiara los ferrocarriles el 28 de diciembre de 1917.

El gobierno federal por parte del orientado a Morgan, McAdoo, resultó ser una bonanza para los ferrocarriles de la nación. No solo los ferrocarriles estaban ahora completamente monopolizados por operación directa del gobierno, sino que también los ejecutivos particulares del ferrocarril se encontraban ahora armados con el poder coactivo del gobierno federal. Pues McAdoo eligió como asistentes directos a un grupo de altos ejecutivos de los ferrocarriles y todos los poderes de establecimiento de tarifas de la CCI se traspasaron a la Administración de Ferrocarriles, dominada por los ferroviarios durante ese tiempo.[44] Lo importante del cambio es que los ferrocarriles, aunque bastante responsables de la concepción y crecimiento de la CCI como agencia cartelizadora de la industria

ferroviaria, habían visto el control de la CCI caer en las manos de los transportistas organizados en la década anterior a la guerra. Pero ahora el control bélico federal de los ferrocarriles estaba dejando a un lado de los transportistas.[45] El descarado nombramiento por McAdoo de hombres del ferrocarril para prácticamente todas las posiciones importantes en la Administración de Ferrocarriles, con la exclusión virtual de los transportistas y los economistas académicos, enfureció mucho a los transportistas, que habían lanzado una intensa campaña de críticas al sistema a mediados del verano de 1918. Esa campaña llegó a su culminación cuando McAdoo entregó cada vez más la dirección de la AF, incluyendo el nombramiento de directores regionales, a su ayudante principal, el ejecutivo de ferrocarriles, Walker D. Hines. Transportistas y comisionados del CCI se quejaban de que

abogados de ferrocarriles de todo el país descendían a Washington, contaban sus tribulaciones a otros abogados de ferrocarriles que trabajaban en la oficina de McAdoo y se les “decía que fueran a una sala adyacente y dictaran las órdenes que querían”.[46]

Como en el caso del Consejo de Industrias Bélicas, los ejecutivos del ferrocarril usaron sus poderes coactivos públicos para dar un fuerte golpe a la diversidad y la competencia, en nombre del monopolio, en nombre de la “eficiencia” y la estandarización. De nuevo, con la oposición de los transportistas, la AF ordenó la estandarización obligatoria del diseño de locomotoras y equipamiento, eliminó servicios “duplicados” (es decir, en competencia) de pasajeros y transporte de carbón, cerró oficinas de tráfico fuera de línea y ordenó el cese de solicitudes competitivas de carga por los ferrocarriles.

Todos estos edictos redujeron los servicios de ferrocarril para los desamparados transportistas. Hubo otras reducciones coactivas de servicios. Una acabó con los privilegios de los transportistas de especificar rutas de carga y por tanto de especificar las rutas más baratas para transportar sus bienes. Otra invertía la práctica de tiempo de paz de hacer a los ferrocarriles responsables de las pérdidas y daños en los envíos; por el contrario, toda la carga de la prueba se hizo recaer en los transportistas. Otra norma de la AF

(el “plan diario de navegación”) ordenaba a los vagones de carga mantenerse en sus terminales hasta que se llenaran, recortando así drásticamente el servicio para transportistas de pueblos pequeños.

La concesión de un poder absoluto a la AF dominada por los ferrocarriles se cimentaba en la Ley de Control Federal de marzo de 1918, que legalizaba ex post facto la ilegal apropiación federal. Trabajando junto a los cabilderos del ferrocarril, la AF, con el pleno apoyo del presidente Wilson, fue capaz de pasar en el Congreso la transferencia de los poderes de establecimiento de tarifas a ella misma desde la CCI. Además, se quitó todo el poder a las comisiones estatales de ferrocarriles, invariablemente dominadas por los transportistas.

La AF se apresuró a ejercitar estos poderes de fijación de tarifas, anunciando aumentos de tarifas de carga del 25% en general en la primavera de 1918, un acto que cimentó permanentemente la hostilidad de los transportistas hacia el sistema de operación federal. Para añadir el insulto a la injuria, las nuevas tarifas más altas se establecieron sin ninguna audiencia pública o consulta con otras instituciones o intereses afectados.

II.

Los historiadores han tratado generalmente la planificación económica de la Primera Guerra Mundial como un episodio aislado dictado por los requerimientos del momento y con poca importancia posterior. Pero, por el contrario, el colectivismo bélico sirvió como inspiración y modelo para un poderoso ejército de fuerza destinadas a forjar la historia de los Estados Unidos del siglo XX. Para las grandes empresas, la economía bélica fue un modelo de lo que podía lograrse con coordinación y cartelización nacional, estabilizando producción, precios y beneficios, reemplazando el *laissez faire* competitivo pasado de moda por un sistema que podían controlar ampliamente y que armonizaría las reclamaciones de varios grupos económicos poderosos. Era un sistema que ya había abolido mucha diversidad competitiva en nombre de la estandarización. La economía bélica entusiasmaba especialmente a líderes empresariales como Bernard Baruch y Herbert Hoover, que

promovería la “asociación” cooperativa de grupos comerciales empresariales como secretario de comercio durante la década de 1920, un asociacionismo que abrió el camino al estatismo cooperativo de las AAA y NRA de Franklin Roosevelt.

El colectivismo bélico también resultaba un modelo para los intelectuales liberales de la nación, pues ahí había aparentemente un sistema que reemplazaba el *laissez faire*, no por los rigores y el odio de clase del marxismo proletario, sino por un nuevo estado fuerte, que planificaba y organizaba la economía en armonía con todos los grupos económicos importantes. Iba a ser, no por casualidad, un neomercantilismo, una “economía mixta”, muy poblada por estos mismos intelectuales liberales. Y finalmente, tanto las grandes empresas como los liberales vieron en el modelo bélico una forma de organizar e integrar a la a menudo revoltosa fuerza laboral como socio menor en el sistema corporativista, una fuerza a disciplinar por su propio liderazgo “responsable” de los sindicatos.

Durante el resto de su vida, Bernard Mannes Baruch buscó restaurar los rasgos distintivos del modelo de tiempo de guerra. Así, al resumir la experiencia del CIB, Baruch ensalzaba el hecho de que

Muchos hombres de negocios han experimentado durante la guerra, por primera vez en sus carreras, las tremendas ventajas, tanto para ellos como para el público en general, de la combinación, de la cooperación y de la acción común.

Baruch pedía la continuidad de esas asociaciones corporativas, “creando normas” para eliminar el “despilfarro” (es decir, la competencia), para intercambiar información, para acordar canalizar la oferta y la demanda entre ellas, para evitar formas “extravagantes” de competencia y para asignar la ubicación de la producción. Completando el esquema de un estado corporativo, Baruch pedía que esas asociaciones fueran gobernadas por una agencia federal, ya fuera el Departamento de Comercio o la Comisión Federal de Comercio, “una agencia cuya tarea sería estimular, bajo una estricta supervisión del gobierno, esa cooperación y coordinación”.[47]

Baruch también imaginaba un consejo federal para la reeducación y canalización de la mano de obra después de la guerra. Como mínimo, pedía legislación de emergencia para el control de

precios y para la coordinación y movilización industrial en caso de otra guerra.[48]

Durante del décadas de 1920 y 1930, Bernard Baruch sirvió como inspiración importante para acercarse a un estado corporativo; además, muchos de los líderes de este acercamiento fueron hombres que habían trabajado con él durante los excitantes días del CIB y que continuaron actuando abiertamente como “hombres de Baruch” en asuntos nacionales. Así, ayudado por Baruch, George N. Peek, de la Moline Plow Company, lanzó a principios de la década de 1920 una campaña de apoyo a los precios agrícolas a través de todos los cárteles organizados federalmente que iba a culminar con el Consejo Agrícola Federal del presidente Hoover y luego con la AAA de Roosevelt. El negocio de equipamiento agrícola de Peek, por supuesto iba a beneficiarse enormemente de las subvenciones agrarias. Hoover nombró como primer presidente del CAF nada menos que a la antigua mano derecha de Baruch desde la Primera Guerra Mundial, Alexander Legge, de International Harvester, el principal fabricante de maquinaria agrícola. Cuando Franklin Roosevelt crea la AAA, ofrece primero el cargo de director a Baruch y luego le da el puesto al hombre de Baruch, George Peek.

Baruch tampoco se hizo de rogar a la hora de promover un sistema corporativista para la industria en su conjunto. En la primavera de 1930, Baruch propuso una reencarnación del CIB en tiempo de paz como “Tribunal supremo de la Industria”. En septiembre del año siguiente, Gerard Swope, cabeza de General Electric y hermano del hombre de máxima confianza de Baruch, Herbert Bayard Swope, presentaba un plan complejo para un estado corporativista que esencialmente revivía el sistema de planificación en tiempo de guerra. Al mismo tiempo, uno de los amigos más antiguos de Baruch, el exsecretario William Gibbs McAdoo, estaba proponiendo un plan similar para un “Consejo de Industrias de la Paz”. Después de que Hoover decepcionara a sus antiguos socios rechazando el plan, Franklin Roosevelt lo encarnó en la NRA, seleccionando a Gerard Swope para ayudar a escribir el borrador final y eligiendo a otro discípulo de Baruch y ayudante de la Guerra Mundial, el general Hugh S. Johnson (también de la Moline Plow Company) para dirigir este importante instrumento del corporativis-

-mo del estado. Cuando se despidió a Johnson, se ofreció el puesto al propio Baruch.[49]

Otros cargos importantes de la NRA eran veteranos del movilización bélica. El jefe de personal de Johnson era otro viejo amigo de Baruch, John Hancock, que había sido pagador general de la armada durante la guerra y había encabezado el programa industrial naval para el Consejo de Industrial Bélicas; otros altos cargos de la NRA fueron el Dr. Leo Wolman, que había encabezado la división de estadísticas de producción del CIB; Charles F. Homer, líder de la campaña de Préstamos de la Libertad en tiempo de guerra y el general Clarence C. Williams, que había sido jefe de la artillería a cargo de las compras del ejercito en tiempo de guerra. Otros veteranos del CIB en puestos destacados del New Deal fueron Isador Lubin, Comisionado de Estadísticas Laborales de Estados Unidos en el New Deal, el capitán Leon Henderson de la división de artillería del CIB y el senador Joseph Guffey (D., Pa.), que había trabajado en el CIB en conservación de petróleo y que ayudó a crear los controles de petróleo y carbón del New Deal en la Administración de Combustibles de tiempo de guerra.[50]

Otro promotor importante de la nueva cooperación subsiguiente a su experiencia como panificador en tiempo de guerra fue Herbert Clark Hoover. Tan pronto como acabó la guerra, encaró “reconstruir América” siguiendo las líneas de la cooperación en tiempo de paz. Pedía planificación nacional mediante “cooperación “voluntaria” entre empresarios y otros grupos económicos, bajo la “dirección central” del gobierno. El Sistema de la Reserva Federal asignaría el capital para industrias esenciales y así eliminaría los “desperdicios” competitivos del libre mercado. Y en su mandato como Secretario de Comercio durante la década de 1920, Hoover animaba asiduamente a la cartelización de la industria mediante asociaciones comerciales. Además de inaugurar el programa moderno de apoyo a los precios agrícolas en el Consejo Agrícola federal. Hoover reclamó a los compradores de café que formaran un cártel para rebajar los precios de compra, creó un cártel en el sector del caucho, llevó a la instria petrolera a buscar restricciones a la producción de petro-

-leo en nombre de la “conservación”, trató repetidamente de aumentar precios, restringir la producción y animar cooperativas de mercadotecnia en la industria del carbón y trató de obligar a la industria textil del algodón a crear un cártel nacional para restringir la producción. En concreto, en tras la abolición en tiempo de guerra de miles de productos diversos en competencia, Hoover continuó imponiendo la estandarización y “simplificación” de materiales y productos durante la década de 1920. De esta forma, Hoover consiguió abolir o “simplificar” aproximadamente un millar de productos industriales. La “simplificación” la llevó a cabo el Departamento de Comercio en colaboración con comités de cada industria.[51]

Grosvenor Clarkson alababa el hecho de que

Es probable que nunca vuelva a haber tal multiplicidad de estilos y modelos en maquinaria y otros artículos pesados y costosos que había antes de las restricciones necesarias de la guerra. (...) Las ideas concebidas y aplicadas por el Consejo de Industria Bélicas en la guerra se están aplicando en la paz por parte del Departamento de Comercio.[52]

Los intelectuales liberales no fueron el grupo influyente menos deslumbrado y marcado por la experiencia del colectivismo bélico. Nunca antes tantos intelectuales y académicos se habían arremolinado en torno al gobierno para ayudar a planificar, regular y movilizar el sistema económico. Los intelectuales trabajaron como consejeros, técnicos, creadores de legislación y administradores de oficinas. Además, aparte de la recompensas de los recién adquiridos prestigio y poder, la economía bélica ofrecía a esos intelectuales la promesa de transformar la sociedad en una “tercera vía” completamente distinta del *laissez faire* pasado, que desdeñaban o el amenazante marxismo proletario, que denigraban y temían. Aquí había una economía corporativa planificada que parecía armonizar todos los grupos y clases bajo un estado-nación fuerte e influyente, con los propios liberales al timón o cerca de él. En un notable artículo, el profesor Leuchtenburg veía el colectivismo bélico como “un vástago lógico del movimiento progresista”.[53] Probaba el entusiasmo de los intelectuales progresistas por la transformación

social efectuada por la guerra. Así, New Republic alababa el “revolucionamiento” de la sociedad por medio de la guerra; John Dewey alababa el reemplazo de la producción por el beneficio y “el absolutismo de la propiedad privada” por la producción para el uso. Los economistas estaban particularmente encantados por la “notable demostración del poder de la guerra para obligar a concertar esfuerzos y a la planificación colectiva” y pretendía “el mismo tipo de dirección centralizada ahora empleado para matar a sus enemigos en el extranjero para el nuevo fin de reconstruir su propia vida en casa”. [54]

Rexford Guy Tugwell, siempre alerta para avanzar en la ingeniería social, pronto iba a mirar atrás tristemente al “socialismo de tiempo de guerra de Estados Unidos”, lamentando el fin de la guerra, declaraba que “solo el armisticio impidió un gran experimento en el control de la producción, el control de los precios y el control del consumo”. Pues, durante la guerra, el viejo sistema de competencia industrial se había “derretido ante la fiereza del nuevo calor de la visión nacionalista”. [55]

No solo la NRA y la AAA, sino prácticamente todo el aparato del New Deal (incluyendo la llegada a Washington de un grupo de intelectuales liberales y planificadores) debió su inspiración al colectivismo bélico de la Primera Guerra Mundial. La Corporación de Finanzas de la Reconstrucción, fundada por Hoover en 1932 y expandida por el New Deal de Roosevelt, fue una resurrección y expansión de la antigua Corporación de Finanzas de la Guerra, que había prestado fondos públicos a empresas de armamentos. Además, Hoover, después de ofrecer el puesto a Bernard Baruch, nombró como primer presidente de la CFR a Eugene Meyer, Jr., un antiguo protegido de Baruch, que había sido director ejecutivo de la CFG. Mucho del antiguo personal de la CFG y los métodos de sus operaciones fueron asumidos físicamente por la nueva agencia. La Autoridad del Valle del Tennessee derivó de un proyecto público bélico de nitrato y energía eléctrica en Muscle Shoals y de hecho incluía la antigua planta de nitrato como uno de sus principales activos. Además, muchos de los defensores del poder público en el New Deal se habían formado en esas agencias bélicas como la Sección de Energía de la Emergency Fleet Corporation. E incluso el

innovador forma corporativa del gobierno de la AVT se basaba en un precedente bélico.[56]

La experiencia bélica también proporcionó la inspiración para el movimiento de vivienda pública del New Deal. Durante la guerra, se crearon la Emergency Fleet Corp. y la United States Housing Corp. Para proporcionar viviendas para los trabajadores de la guerra. La guerra estableció el precedente de las viviendas federales y también formó a arquitectos como Robert Kohn, que actuó como jefe de producción de la división de vivienda del Consejo de Navegación de Estados Unidos. Después de la guerra, Kohn estaba exultante porque “la guerra ha puesto la vivienda ‘en el mapa’ en este país” y el 1933, Kohn fue debidamente nombrado por el presidente Roosevelt para ser director de la primera aventura del New Deal en la vivienda pública. Además, la Emergency Fleet Corp. y la United States Housing Corp. crearon comunidades de viviendas públicas a gran escala sobre principios de “ciudades jardín” planificadas (Yorkship Village, N.J.; Union Park Gardens, Del.; Black Rock and Crane Tracts, Conn.), principios finalmente recordados y puestos en práctica en el New Deal y posteriormente. [57]

Los controles del petróleo y el carbón establecidos por el New Deal también se basaban en el precedente bélico de la Administración de Combustibles. De hecho, el senador Joseph Guffey (D., Pa.), líder en los controles del carbón y el petróleo, había sido jefe de la sección del petróleo en el Consejo de Industrias Bélicas.

Profundamente impresionado con la “unidad nacional” y movilización logradas durante la guerra, el New Deal estableció las Fuerzas Civiles de Conservación para inspirar espíritu marcial en la juventud estadounidense. La idea era tomar a los “chicos vagabundos” de la calle y “movilizarlos” en una nueva forma de Fuerza Expedicionaria Estadounidense. En realidad el ejército dirigía los campos de las FCC: los reclutas se reunían en las agencias de reclutamiento del ejército, eran equipadas con ropas de la Primera Guerra Mundial y se congregaban en tiendas de ejército. La FCC, decía entusiasmada la gente del New Deal, había dado una nueva sensación de significado a la juventud de la nación, en este

nuevo “ejército forestal”. El portavoz de la Cámara de Representantes, Henry T. Rainey (D., Ill.) lo expresaba así:

[Los reclutas del FCC] están también bajo formación militar y cuando la acaban (...) al mejorar en salud y evolucionar mentalmente y ser ciudadanos más útiles (...) constituirán un núcleo muy valioso para un ejército.[58]

III.

Una evidencia particularmente buena de la profunda huella del colectivismo bélico fue la reticencia de muchos de sus líderes a abandonarlo cuando se acabó por fin la guerra. Los líderes empresariales presionaron sobre dos objetivos en la posguerra: la continuación de la fijación pública de precios para protegerlos contra una esperada deflación de posguerra y un intento de rango más amplio de promover la cartelización industrial en tiempo de paz. En particular, los empresarios querían que los precios máximos (que habían servido en su lugar como mínimos) sencillamente se convirtieran directamente en mínimos para el periodo de posguerra. Además, las cuotas para restringir la producción, solo tenían que seguir funcionando como una abierta cartelización para aumentar los precios en tiempo de paz.

Consiguiente muchos de los comités industriales de servicios de guerra y sus secciones contrapartes en el CIB pedían la continuación del CIB y su sistema de fijación de precios. En particular, los jefes de sección pedían invariablemente que se continuara con el control de precios en aquellas industrias que temían una deflación posbélica, mientras defendían una vuelta a un mercado libre en donde la industria específica esperara un auge continuado. Así, el profesor Himmelberg concluía:

Los jefes de sección en sus recomendaciones al Consejo seguían constantemente los deseos de sus industrias en reclamar protección si la industria esperaba bajadas de precios y relajar todos los controles cuando la industria esperara un mercado favorable de posguerra.[59]

Robert S. Brookings, presidente del Comité de Fijación de Precios del CIB, declaraba que el CIB sería “tan útil (...) durante el

periodo de reconstrucción como nos ha sido durante el periodo de guerra a la hora de estabilizar valores”.[60]

Entretanto, desde el mundo de la gran empresa Harry A. Wheeler, presidente de la Cámara de Comercio de Estados Unidos, presentaba a Woodrow Wilsona principios de octubre de 1918 un ambicioso plan para una “Comisión de Reconstrucción”, compuesta por todos los intereses económicos de la nación.

También participó el propio CIB y pidió al presidente que le permitiera continuar después de la guerra. El propio Baruch pidió a Wilson la continuación de al menos las política de fijación de precios mínimos del CIB. Sin embargo, Baruch estaba engañando a la gente cuando preveía un CIB de posguerra como guardín tanto contra la inflación como contra la deflación: no había ninguna inclinación a imponer precios máximos contra la inflación.

El gran problema con estos ambiciosos planes tanto de la industria como del gobierno era el propio presidente Wilson. Tal vez su persistente apego a los ideales, o al menos a su retórica, de libre competencia impedía al presidente dar ninguna atención favorable a estos planes de posguerra.[61] El apego fue alimentado especialmente por el secretario de guerra, Newton D. Baker, el más cercano a ser un creyente en el *laissez faire* de todos los asesores de Wilson. A lo largo de octubre de 1918, Wilson rechazó todas estas propuestas. La respuesta de Baruch y del CIB fue presionar más a Wilson a principios de noviembre, prediciendo y diciendo públicamente que el CIB sería definitivamente necesario durante la desmovilización. Así el *New York Times* reportaba, el día después del armisticio, que

Los cargos del Consejo de Industrias Bélicas declararon que habría mucho trabajo a realizar por esa organización. No preveían ninguna dislocación industrial grave con el control férreo público sobre todas las industrias y material bélicos.[62]

Sin embargo el presidente se mantuvo en sus trece y el 23 de noviembre ordenaba la completa disolución del CIB al acabar el año. Los decepcionados cargos del CIB aceptar la decisión sin protestar, en parte porque esperaban la oposición el Congreso a cualquier intento de continuar, en parte por la hostilidad a la continuación de los controles de las industrias que preveían un auge. Así, a la industria del zapato le fastidiaba especialmente la continuación de

los controles.[63] Las industrias a favor de los controles, sin embargo, pidieron al CIB que al menos ratificaran sus propios precios mínimos y acuerdos para restringir la producción para el próximo invierno y hacerlo antes de la disolución de la agencia. El consejo estuvo muy tentado de realizar este abuso final y de hecho su asesoría jurídica le informó de que podía continuar con éxito esos controles más allá de la vida de la agencia, incluso contra la voluntad del presidente. Sin embargo el CIB rechazó a regañadientes estas solicitudes para ácidos, zinc y manufacturas del acero el 11 de diciembre.[64] Sin embargo solo rechazó los planes de fijación de precios porque temía ser contradicho por los tribunales si el Fiscal General recurría esa decisión.

Una de las defensoras más ardientes de continuar el control de precios del CIB fue la gran industria del acero. Dos días después de armisticio, el juez Gary, de US Steel, pedía al CIB que continuara con sus regulaciones y declaraba que “Los miembros de la industria del acero desean cooperar entre sí de todas las formas adecuadas”. Gary pedía una extensión de tres meses de la fijación de precios, con posteriores reducciones graduales que impedirían una retorno a una competencia “destructiva”. Baruch replicó que estaba personalmente “dispuesto a llegar hasta el mismo límite”, pero que estaba bloqueada por la actitud de Wilson.[65]

Si el propio CIB no podía continuar, tal vez la cartelización de tiempo de guerra podría persistir en otras formas. Durante noviembre, Arch W. Shaw, industrial de Chicago y jefe de la División de Conservación del CIB (cuyo trabajo en tiempo e guerra de animar a la estandarización se había transferido al Departamento de Comercio) y el secretario de comercio, William Redfield, acordaron una propuesta para permitir a los manufactureros a colaborar en “la adopción de planes para la eliminación de desperdicio innecesario por interés público”, bajo la supervisión de la Comisión Federal de Comercio. Cuando se cerró esta propuesta, Edwin B. Parker, comisionado de prioridades del CIB, propuso a finales de noviembre una propuesta de abierta cartelización que permitiría a la mayoría de las empresas en cualquier sector concreto establecer cuotas de producción que tendrían que cumplir todas las empresas de esa industria. El plan de Parker se ganó la aprobación de Baruch, Peek y numerosos otros cargos públicos y empresarios,

pero la asesoría jurídica del CIB advirtió que el Congreso nunca daría su consentimiento.[66] Otra propuesta que interesó a Baruch fue planteada por Mark Requa, subadministrador de alimentos, que proponía un Consejo de Comercio de Estados Unidos para animar y regular acuerdos industriales que “promovieran el bienestar nacional”. [67]

Fuera cual fuera la razón, Bernard Baruch no presionó lo suficiente sobre estas propuestas, así que murieron en la viña. Sin embargo, si Baruch no presionó lo suficiente, su socio George Peek, jefe de la División de Productos Terminados del CIB, no fue tan reticente. A mediados de diciembre de 1918, Peek escribía a Baruch que la época de la posguerra debía mantener los “beneficios de la cooperación apropiada”. En particular:

Debería aprobarse la legislación apropiada para permitir la colaboración en la industria para que las lecciones que hemos aprendido durante la guerra puedan capitalizarse (...) en tiempo de paz. (...) Conservación, (...) estandarización de productos y procesos, fijación de precios bajo ciertas condiciones, etc., deberían continuar con la cooperación del gobierno.[68]

A finales de diciembre, Peek estaba proponiendo legislación para

algún tipo de Oficina de Urgencia de Paz (...) para que los empresarios puedan, de acuerdo con dicha oficina, tener una oportunidad de reunirse y cooperar con la cooperación gubernamental.[69]

Los principales grupos empresariales apoyaron planes similares. A principios de diciembre, la Cámara de Comercio de Estados Unidos pidió una reunión de los diversos comités industriales de servicios de guerra para agruparse como un “Congreso de Reconstrucción de la Industria Estadounidense”. El Congreso de Reconstrucción pedía la revisión de la Ley Sherman para permitir acuerdos “razonables” de comercio bajo un órgano supervisor. Además, un referéndum nacional en la cámara, a principios de 1919 aprobaba esa propuesta con una abrumadora mayoría y el presidente Harry Wheeler reclamaba la “aceptación cordial por el negocio organizado” de regulación que ratificaría los acuerdos empresariales. La Asociación Nacional de Manufacturas, antes de la guerra defensora de la competencia, apoyaba cálidame-

-nte los mismos objetivos.

La última bocanada de la cartelización bélica se produjo en febrero de 1919 con la creación por el Departamento de Comercio del Consejo Industrial.[70] El secretario de comercio, William C. Redfield, expresidente de la American Manufacturers Export Association, había defendido desde hacía mucho la opinión que el gobierno debía promover y coordinar la cooperación industrial. Redfield veía aparecer una cuña con la transferencia de la División de Conservación del CIB a su departamento poco después del armisticio. Redfield continuó con el estímulo de tiempo de guerra de las asociaciones comerciales y para ese fin creó un consejo asesor de antiguos cargos del CIB. Uno de esos asesores era George Peek, otro era el ayudante de Peek en el CIB, el ejecutivo maderero de Ohio William M. Ritter. Fue Ritter en realidad quien dio la ieda del Consejo Industrial.

El Consejo Industrial, concebido por Ritter en enero de 1919 y adoptado e impulsado con entusiasmo por el secretario Redfield, fue un pan astuto. Externamente, y tal y como lo promovió el presidente Wilson y otros en la administración y el Congreso, el consejo era sencillamente un dispositivo para conseguir mayores reducciones de precios y por tanto para rebajar el inflado nivel general de precios y estimular la demanda de consumo. Por tanto aparentemente no tenía nada que ver con la anterior dirección cartelizadora y por tanto se ganó la aprobación del presidente, que creó en nuevo consejo a mediados de febrero. A petición de Ritter, George Peek fue nombrado presidente del CI; otros miembros incluían al propio Ritter; George R. James, jefe de una empresa de productos deshidratados y expresidente de la sección del algodón y el hilo del CIB; el fabricante de piezas de acero Samuel P. Bush, exjefe de la División de Instalaciones del CIB; el fabricante de productos de acero de Atlanta, Thomas Glenn, también un veterano del CIB, y dos “extraños”, uno representando al Departamento de Trabajo y otro a la Administración de Ferrocarriles.

Pronto el CI hizo ver su propósito rea, pero previamente camuflado: no reducir, sino estabilizar los precios a los altos niveles existentes. Además, el método de estabilización sería el ansiado pero previamente rechazado camino de ratificar acuerdos industria-

-les de precios a los que se llegaba en colaboración con el consejo. Decidiéndose por esta política cartelizadora a principios de marzo, el CI intentó su primera aplicación poco sorprendentemente en una conferencia con la industria del acero en 19-20 de marzo de 1919. Abriendo la conferencia, el presidente George Peek declaraba que el evento podría resultar “marcar una época”, especialmente en establecer “una cooperación real genuina entre gobierno, industria y mano de obra, de forma que podamos eliminar la posibilidad de fuerzas destructivas”. [71] Por supuesto, los hombres del acero estaban encantados, alabando la “gran oportunidad (...) para llegar a un contacto cercano con el propio gobierno”. [72] El CI dijo a la industria del acero que cualquier acuerdo para mantener precios acordado por la conferencia sería inmune ante las leyes antitrust. No solo la lista de precios ofrecida por el CI a los hombres del acero aún muy alta incluso para aunque fuera ligeramente inferior a los precios existentes, sino que Peek acordó anunciar en público que los precios del acero no bajarían más en lo que quedaba de año. Peek aconsejó a los hombres del acero que esta declaración sería su mayor activo, pues “no sé qué no habría dado en mi pasado si en mi propia empresa pudiera haber dicho que el gobierno de Estados Unidos dice que este es el precio más bajo que se pueda conseguir”. [73]

El acuerdo CI-acero rebajaba los precios del acero en un modesto 10 al 14%. Los productores pequeños de al to coste estaban disgustados, pero las grandes acereras dieron la bienvenida al acuerdo como una reducción coordinada y ordenada de los precios inflados y especialmente dieron la bienvenida a la garantía del Consejo del precio fijado para el resto del año.

El eufórico CI procedió a realizar conferencias similares para las industrias del carbón y los materiales de construcción, pero aparecieron rápidamente dos nubes oscuras: el rechazo de la Administración de Ferrocarriles del propio gobierno para fijar el precio fijado y acordado para las vías de acero y para el carbón y la preocupación del Departamento de Justicia por la evidente violación de las leyes antitrust. Los hombres del ferrocarril que dirigían la AF se oponían especialmente al precio reducido pero todavía alto que se iban a ver obligados a pagar por las vías de acero, a un tipo que declaraban que era al menos dos dólares por tonelada por encima del precio del mercado libre. Walker D. Hines, jefe de la AF denunció al

CI como una agencia de fijación de precios, dominada por el acero y otras industrias y pedía su abolición. Esta reclamación fue secundada por el poderoso secretario del Tesoro, Carter Glass. El Fiscal General coincidía en que la política del CI era una fijación ilegal de precios y violaba las leyes antitrust. Finalmente, el presidente Wilson disolvió el Consejo Industrial a principios de mayo de 1919: la planificación industrial bélica por fin se había disuelto y su cartelización formal iba a reaparecer una década y media después.

Aun así seguían quedando remanentes del colectivismo bélico. El alto precio mínimo del trigo en tiempo de guerra de 2,26\$ el bushel se mantuvo para la cosecha de 1919, continuando hasta junio de 1920. Pero el resto más importante del colectivismo bélico fue la Administración de Ferrocarriles. Cuando William Gibbs McAdoo dimitió como jefe de la AF al final de la guerra, fue sucedido por el antes jefe operativo de facto, el ejecutivo de ferrocarriles Walker D. Hines. No se reclamó una vuelta inmediata a la operación privada, porque el sector del ferrocarril estaba generalmente de acuerdo en una regulación drástica para educir o eliminar la “derrochadora” competencia en el ferrocarril y coordinar el sector, para fijar precios para asegurar un “beneficio justo” y para prohibir huelgas mediante arbitraje obligatorio. Este era el impulso general del sentimiento ferroviario. Además, estando bajo el control efectivo de la AF, no había prisa para que las vías volvieran a la operación y jurisdicción privadas por medio del menos fiable CCI. Aunque el plan de McAdoo de posponer cinco años la fecha establecida de 1920 para la vuelta a la operación privada obtuvo poco apoyo, el Congreso procedió a usar este tiempo durante 1919 para reforzar la monopolización de los ferrocarriles.

En nombre de la “gestión científica”, el senador Albert Cummins (R., Iowa) procedió a conceder los sueños más apreciados por los ferrocarriles. La propuesta de Cummins, aprobada con entusiasmo por Hines y el ejecutivo de ferrocarriles, Daniel Willard, ordenaba la consolidación de numerosos ferrocarriles y establecería las tarifas ferroviarias de acuerdo con un retorno “justo” y fijo sobre la inversión de capital. Se prohibirían las huelgas y todas las disputas laborales se resolverían por arbitraje obligatorio. Por su parte, la Asociación de Ejecutivos del Ferrocarril presentaba un plan legislati-

-vo similar a la propuesta de Cummins. También era similar a la propuesta de Cummins la de la Asociación Nacional de Propietarios de Acciones Ferroviarias, un grupo compuesto principalmente por cajas de ahorros y empresas de seguros. Frente a estos planes, la Liga Nacional de Ciudadanos de Ferrocarriles, compuesta por inversores individuales en ferrocarriles, proponía una consolidación obligatoria en una corporación nacional del ferrocarril y una garantía de ganancias mínimas para esta nueva compañía.

Todos estos planes estaban pensados para inclinar el equilibrio prebélico claramente a favor de los ferrocarriles y en contra de las navieras y, como consecuencia, la propuesta de Cummins, al ser aprobada en el Senado, generó problemas en la Cámara. El problema fue fomentado por las navieras, que reclamaban una vuelta al antiguo estatus quo cuando estaba al mando el CCI dominado por las navieras. Además, la experiencia bélica había resultado amarga para las navieras, que, junto con el propio CCI, reclamaban una vuelta al servicio de calidad superior proporcionado por la competencia del ferrocarril en lugar de la mayor monopolización proporcionada por las diversas leyes del ferrocarril. Sin embargo no resulta ninguna sorpresa que uno de los principales grupos empresariales fuera del ferrocarril fuera la Asociación de Negocios Ferroviarios, un grupo de fabricantes y distribuidores de suministros y equipos ferroviarios. La Cámara de Representantes, a su vez, aprobó la Ley Esch, que esencialmente restablecía el gobierno del CCI anterior a la guerra.

El presidente Wilson había puesto presión sobre el Congreso para tomar una decisión, amenazando con la vuelta de los ferrocarriles a la operación privada, dando la fecha del 1 de enero 1920, pero, bajo la presión de las ferroviarias que ansiaban impulsar la propuesta de Cummins, Wilson extendió el plazo hasta el 1 de marzo. Finalmente, el comité de la conferencia conjunta del Congreso informó de la Ley de Transportes de 1920, un compromiso que era esencialmente la Ley Esch que devolvía los ferrocarriles al CCI anterior a la guerra, pero añadiendo las disposiciones de Cummins de una garantía por dos años para que los ferrocarriles establecieran tarifas que proporcionaran un “beneficio justo” del 5,5% en la inversión. Además, por el acuerdo

tanto de navieras como ferroviarias, el poder para establecer tarifas mínimas ferroviarias se concedía ahora al CCI. Este acuerdo era el producto de ferrocarriles ansiosos por establecer un mínimo en las tarifas de carga y las navieras ansiosas de proteger incipientes transportes por canal contra la competencia ferroviaria. Además, aunque las protestas de los sindicatos ferroviarios bloquearan la disposición de la prohibición de huelgas, se creó un Consejo Laboral del Ferrocarril para tratar de resolver disputas laborales.[74]

Con la vuelta de los ferrocarriles a la operación privada en marzo de 1920, el colectivismo bélico finalmente parecía por fin desaparecer de la escena estadounidense. Pero realmente nunca desapareció, pues la inspiración y modelo que generó para un estado corporativo en Estados Unidos continuó guiando a Herbert Hoover y otros líderes en la década de 1920 y volvió enteramente con el New Deal y en la Segunda Guerra Mundial. De hecho, proporcionó las líneas maestras para el estado monopolista corporativo que iba a establecer el New Deal, aparentemente de forma permanente, en los Estados Unidos de América.

NOTAS

- [1] De *A New History of Leviathan*, Ronald Radosh y Murray N. Rothbard, eds., Nueva York: E.P. Dutton & Co., 1972, pp. 66–110).
- [2] Sobre las actitudes de los mercantilistas hacia el trabajo, ver Edgar S. Furniss, *The Position of the Laborer in a System of Nationalism* (Nueva York: Kelley & Millman, 1957). Así, Furniss cita al mercantilista inglés William Petyt, que hablaba del trabajo como un “material capital (...) rudo e indigesto (...) encomendado a las manos de la autoridad suprema, en cuya prudencia y disposición está mejorar, gestionar y moldearlo con más o menos ventajas”. Furniss añade que “es característico de estos escritores que estuvieran tan dispuestos a confiar en la sabiduría del poder civil para ‘mejorar, gestionar y moldear’ el material económico en bruto de la nación” (p. 41).
- [3] Sobre el papel de la dinastía de los Morgan y otros lazos económicos con los aliados en llevar a la entrada estadounidense en la guerra, ver Charles Callan Tansill, *America Goes to War* (Boston: Little, Brown & Co., 1938), pp. 32–134.
- [4] Citado en Paul A. C. Koistinen, “The ‘Industrial-Military Complex’ in Historical Perspective: World War I”, *Business History Review* (Invierno de 1967), p. 381.
- [5] El principal historiador de la movilización de la industria de la Primera Guerra Mundial, siendo él mismo un participante importante y director del Consejo de Defensa Nacional, escribe con desprecio que las escasas excepciones al coro de la aprobación empresarial “revelaban una falta considerable (...) de aquella unidad de voluntad para servir a la Nación que era esencial para fusionar los sarmientos del individualismo en el inquebrantable haz de la unidad nacional”. Grosvenor B. Clarkson, *Industrial American the World War* (Boston: Houghton Muffin Co., 1923), p. 13. Por cierto que el libro de Clarkson fue subvencionado por Bernard Baruch, la cabeza visible del colectivismo bélico industrial: el manuscrito fue revisado cuidadosamente por uno de los principales ayudantes de Baruch. Clarkson, un hombre de relaciones públicas y ejecutivo de publicidad, había iniciado sus intentos dirigiendo la publicidad para la campaña de preparación industrial de Coffin de 1916. Ver Robert D. Cuff, “Bernard Baruch: Symbol and Myth in Industrial Mobilization”, *Business History Review* (Verano de 1969), p. 116.
- [6] Clarkson, op. cit., p. 21.
- [7] *Ibid.*
- [8] Koistinen, op. cit., p. 385.
- [9] En el origen de la idea del CDN estuvo el Dr. Hollis Godfrey, presidente del Instituto Drexel, una organización de formación industrial y educación directiva. También influyó en la creación del CDN el Consejo Kerner que aunaba civiles y militares, encabezado por el coronel Francis J. Kerner, y que incluía como miembros civiles: Benedict Crowell, presidente de Crowell & Little Construction Co. de Cleveland y posteriormente subsecretario de Guerra y R. Goodwyn Rhett, presidente del People’s Bank de Charleston y también presidente de la Cámara de Comercio de Estados Unidos. *Ibid.*, pp. 382, 384.
- [10] Como uno de muchos ejemplos, el “Comité Cooperativo sobre el Cobre” del CDN estaba compuesto por: el presidente de Anaconda Copper, el presidente de Calumet and Hecla Mining, el vicepresidente de Phelps Dodge, el vicepresidente de Kennecott Mines, el presidente de Utah Copper, el presidente de United Verde Copper y Murray M. Guggenheim de los intereses de la poderosa familia Guggenheim. Y el American Iron and Steel Institute nombraba a los representantes del sector del hierro y el acero. Clarkson, op. cit., pp. 496–497; Koistinen, op. cit., p. 386.

[10] Como uno de muchos ejemplos, el “Comité Cooperativo sobre el Cobre” del CDN estaba compuesto por: el presidente de Anaconda Copper, el presidente de Calumet and Hecla Mining, el vicepresidente de Phelps Dodge, el vicepresidente de Kennecott Mines, el presidente de Utah Copper, el presidente de United Verde Copper y Murray M. Guggenheim de los intereses de la poderosa familia Guggenheim. Y el American Iron and Steel Institute nombraba a los representantes del sector del hierro y el acero. Clarkson, op. cit., pp. 496–497; Koistinen, op. cit., p. 386.

[11] Clarkson, op. cit., p. 28.

[12] Scott y Willard fueron sucesivamente presidentes, puesto que fue ofrecido luego a Homer Ferguson, presidente de la Newport News Shipbuilding Co. y posterior jefe de la Cámara de Comercio de Estados Unidos.

[13] Clarkson, op. cit., p. 63.

[14] *Ibíd.*, pp. 154, 159.

[15] *Ibíd.*, p. 215.

[16] *Ibíd.*, p. 230.

[17] Margaret L. Coit, *Mr. Baruch* (Boston: Houghton Muffin Co., 1957), p. 219.

[18] Clarkson, op. cit., p. 312.

[19] *Ibíd.*, p. 303.

[20] *Ibíd.*, pp. 300-301.

[21] *Ibíd.*, p. 309. Sobre el Consejo de Industrias Bélicas, las secciones de productos y sobre el sentimiento de las grandes empresas abriendo paso al sistema coordinado industria-gobierno, ver James Weinstein, *The Corporate Ideal in the Liberal State, 1900- 1918* (Boston: Beacon Press, 1969), p. 223 y *passim*.

[22] En *The Nation's Business* (Agosto de 1918), pp. 9-10. Citado en Koistinen, op. cit., pp. 392-393.

[23] Clarkson, op. cit., p. 313.

[24] Ver George P. Adams, Jr., *Wartime Price Control* (Washington, D.C.: American Council on Public Affairs, 1942), pp. 57, 63-64. Como ejemplo, el gobierno fijó el precio del cobre f.o.b. en Nueva York a 23½ centavos la libra. La Utah Copper Co., que producía más del 8% del cobre total, había estimado costes de 11,8 centavos la libra. De esta manera, Utah Copper tenía garantizado un beneficio de casi 100% por encima de los costes. *Ibíd.*, p. 64n.

[25] Clarkson, op. cit.

[26] Adams, op. cit., pp. 57-58.

[27] Weinstein, op. cit., pp. 224-225.

[28] Melvin I. Urofsky, *Big Steel and the Wilson Administration* (Columbus, Ohio: Ohio State University Press, 1969), pp. 152-153.

[29] Urofsky, op. cit., pp. 153-157. En su importante estudio de las relaciones negocios-gobierno en el Consejo de Industrias Bélicas, el profesor Robert Cuff ha concluido que la regulación federal de la industria fue modelada por los líderes de las grandes empresas y que las más tranquilas relaciones entre gobierno y grandes empresas fueron en aquellas industrias, como el acero, en las que los líderes industriales ya se habían comprometido a buscar una cartelización patrocinada por el gobierno. Robert D. Cuff, “Business, Government, and the War Industries Board” (Tesis doctoral en historia, Universidad de Princeton, 1966).

[30] Urofsky, op. cit., p. 154.

[31] En *Iron Age* (27 de septiembre de 1917). Citado en Urofsky, pp. 216-217

[32] Urofsky, pp. 203-206. Ver también Robert D. Cuff y Melvin I. Urofsky, “The

Steel Industry and Price-Fixing During World War I”, *Business History Review* (Otoño de 1970), pp. 291-306.

[33] Urofsky, op. cit., pp. 228-233.

[34] Paul Willard Garrett, *Government Control Over Prices* (Washington, D.C.: Government Printing Office, 1920), p.42.

[35] Garrett, op. cit., p. 56.

[36] *Ibíd.*, p. 66.

[37] *Ibíd.*, p. 73.

[38] Ver Robert F. Smith, *The United States and Cuba* (Nueva York: Bookman Associates, 1960), pp. 20-21.

[39] Smith, op. cit., p. 191.

[40] Garrett, op. cit., pp. 78-85.

[41] *Ibíd.* pp. 55-56.

[42] Ver K. Austin Kerr, *American Railroad Politics, 1914–1920* (Pittsburgh: University of Pittsburgh Press, 1968), pp. 44 ss.

[43] Kerr, op. cit., p.48.

[44] El “gabinete” de McAdoo, que le auxiliaba en la dirección de los ferrocarriles, incluía a Walker D. Hines y Edward Chambers, respectivamente presidente del consejo y vicepresidente de Santa Fe R.R.; Henry Walters, presidente del consejo de Atlantic Coast R.R.; Hale Holden, de Burlington R.R.; A.H. Smith, presidente de New York Central R.R.; John Barton Payne, exjefe del consejo de Chicago Great Western R.R.; y el interventor de la moneda John Skelton Williams, expresidente del consejo de Seaboard R.R. Hines iba a ser el principal asistente, Payne se convirtió en jefe de tráfico. La División de Operaciones estaba encabezada por Carl R. Gray, presidente de Western Maryland R.R. Un sindicalista, W.S. Carter, jefe del sindicato de bomberos e ingenieros, fue nombrado para encabezar la División de Trabajo.

[45] Kerr, op. cit., pp. 14-22.

[46] *Ibíd.*, p. 80.

[47] Bernard M. Baruch, *American Industry in the War* (Nueva York: Prentice-Hall, 1941), pp. 105-106.

[48] Coit, op. cit., pp. 202-203, 218.

[49] *Ibíd.*, pp. 440-443.

[50] Ver William E. Leuchtenburg, “The New Deal and the Analogue of War”, en John Braeman et al., eds., *Change and Continuity in Twentieth-Century America* (Nueva York: Harper & Row, 1967), pp. 122-123.

[51] Ver Herbert Hoover, *Memoirs* (Nueva York: Macmillan, 1952), Vol. II, pp. 27, 66-70; sobre Hoover y las industrias exportadoras, Joseph Brandes, *Herbert Hoover and Economic Diplomacy* (Pittsburgh: University of Pittsburgh Press, 1962); sobre la industria petrolera, Gerald D. Nash, *United States Oil Policy, 1890–1964* (Pittsburgh: University of Pittsburgh Press, 1968); sobre el carbon, Ellis W. Hawley, “Secretary Hoover and the Bituminous Coal Problem, 1921–1928”, *Business History Review* (Autumn, 1968), pp. 247-270; sobre los textiles del algodón, Louis Galambos, *Competition and Cooperation* (Baltimore: Johns Hopkins Press, 1966).

[52] Clarkson, op. cit., pp. 484-485.

[53] Leuchtenburg, op. cit., p. 84n.

[54] *Ibíd.*, p. 89.

[55] *Ibid.*, pp. 90-92. Eran consideraciones muy similares a las que también llevaron a muchos intelectuales liberales, incluyendo especialmente a los de *New Republic*, hacia una admiración al menos temporal por el fascismo italiano. Así, ver John P. Diggins, “Flirtation with Fascism: American Pragmatic Liberals and Mussolini’s Italy”, *American Historical Review* (Enero de 1966), pp. 487-506.

[56] Leuchtenburg, *op. cit.*, pp. 109-110.

[57] *Ibid.*, pp. 111-112.

[58] *Ibid.*, p. 117. Roosevelt nombró al sindicalista Robert Fechner, antes dedicado al trabajo sindical bélico, como director del FCC para proporcionar un camuflaje civil al programa. P. 115n.

[59] Robert F. Himmelburg, “The War Industries Board and the Antitrust Question in November 1918”, *Journal of American History* (Junio de 1965), p. 65.

[60] *Ibid.*

[61] *Ibid.* pp. 63-64; Urofsky, *op. cit.*, pp. 298-299.

[62] Citado en Himmelburg, p. 64.

[63] A favor de la continuación de los controles de precios estaban industrias como la química, hierro y acero, madera y productos acabados en general. Las industrias opuestas incluían abrasivos, productos de automoción y periódicos. *Ibid.*, pp. 62, 65.

[64] Urofsky, *op. cit.*, pp. 306-307.

[65] *Ibid.*, pp. 294-302.

[66] Himmelberg, *op. cit.*, pp. 70-71.

[67] *Ibid.*, p. 72; Weinstein, *op. cit.*, pp. 231-232.

[68] Himmelberg, *op. cit.*, p. 72.

[69] Robert D. Cuff, “A ‘Dollar-a-Year Man’ in Government: George N. Peek and the War Industries Board”. *Business History Review* (Invierno de 1967), p. 417.

[70] Sobre el Consejo Industrial, ver Robert F. Himmelberg, “Business, Antitrust Policy, and the Industrial Board of the Department of Commerce, 1919”, *Business History Review* (Primavera de 1968), pp. 1-23.

[71] Himmelburg, “Industrial Board”, p. 13.

[72] El profesor Urofsky conjeturaba de las reducciones de precios ordenadas y muy moderadas en el acero durante los primeros meses de 1919 que Robert S. Brookings había dado en secreto luz verde a la industria del acero para proceder con su propia fijación de precios.

[73] Himmelburg, “Industrial Board”, p. 14n.

[74] Sobre las maniobras que llevaron a la Ley de Transportes de 1920, ver *err, op. cit.*, pp. 128-227.

CAPÍTULO II

LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL COMO CONSUMACIÓN: EL PODER Y LOS INTELECTUALES

I. Introducción

Frente a historiadores anteriores que consideraban a la Primera Guerra Mundial como la destrucción de la reforma progresista, estoy convencido de que la guerra llegó a Estados Unidos como la “consumación”, la culminación, la verdadera apoteosis del progresismo en la vida estadounidense.¹ Considero al progresismo como básicamente un movimiento a favor de un Gran Gobierno en todas las áreas de la economía y la sociedad, en una fusión o coalición entre diversos grupos de grandes empresarios, liderados por la casa Morgan y grupos crecientes de intelectuales tecnócratas y estadistas. En esta fusión, los valores e intereses de ambos grupos se buscarían a través del gobierno.

Las grandes empresas serían capaces de utilizar el gobierno para cartelizar la economía, restringir la competencia y regular producción y precios y asimismo podrían desarrollar una política

MURRAY N. ROTHBARD (1926-1995) fue decano de la Escuela Austriaca. Fue economista, historiador de la economía y filósofo político libertario. El artículo original se encuentra en: <http://mises.org/daily/2543>. (Publicado el 9 de junio de 2007). Una versión anterior de este escrito fue presentada en la conferencia del Pacific Institute “Crisis y Leviatán”, en Menlo Park, California, en octubre de 1986.

¹El título de este escrito se toma del pionero último capítulo de la excelente obra de James Weinstein, *The Corporate Ideal in the Liberal State, 1900-1918* (Boston: Beacon Press, 1968). El último capítulo se titula “La guerra como consumación”.

exterior militarista e imperialista para obligar a abrir los mercados en el exterior y aplicar la espada del Estado para proteger las inversiones en el exterior. Los intelectuales podrían conseguir trabajo en el Gran Gobierno para defender y ayudar a planificar y dotar de personal a las operaciones del gobierno. Ambos grupos creían también que, con esta fusión, el Gran Estado podría usarse para armonizar e interpretar el “interés nacional” y proporcionar así una “vía intermedia” entre los extremos del laissez faire “caníbal” y los amargos conflictos del marxismo proletario.

Animando asimismo a ambos grupos de progresistas, había un protestantismo pietista postmilenarista que había conquistado las áreas “yanquis” del protestantismo del norte en la década de 1830 y había impulsado a los pietistas a utilizar los gobiernos locales, estatales y finalmente al federal para erradicar el “pecado”, para hacer santo Estados Unidos y posteriormente el mundo y así traer el Reino de Dios a la tierra. La victoria de las fuerzas de Bryan en la convención nacional demócrata de 1896 destruyó al Partido Demócrata como instrumento para católicos romanos y luteranos alemanes “litúrgicos” defensores de la libertad personal y el laissez faire y creó el sistema de partidos en buena parte homogéneo y relativamente no ideológico que tenemos hoy. Después del cambio de siglo, esta evolución creó un vacío ideológico y de poder que cubriría el creciente número de tecnócratas y administradores progresistas. De esa forma, el centro del gobierno paso del legislativo, al menos parcialmente sujeto al control democrático, al poder ejecutivo oligárquico y tecnocrático.

La Primera Guerra Mundial trajo la consumación de todas estas tendencias progresistas. El militarismo, el servicio militar obligatorio, la intervención masiva interior y exterior, una economía colectivizada de guerra, todo llegó durante la guerra y creó un poderoso sistema cartelizado que la mayoría de sus líderes dedico el resto de su vida a tratar de recrear, tanto en la paz como en la guerra. En el capítulo de la Primera Guerra Mundial de su magnífica obra, *Crisis and Leviathan*, el profesor Robert Higgs se concentra en la economía de guerra y destaca las interconexión con el servicio militar.

En este artículo, me gustaría concentrarme en un área que olvida relativamente el Profesor Higgs: la llegada al poder durante la guerra de varios grupos de intelectuales progresistas.² Uso el término “intelectual” en el sentido amplio descrito penetrantemente por F.A. Hayek: es decir, no meramente teóricos y académicos, sino asimismo todo tipo de creadores de opinión en la sociedad: escritores, periodistas, predicadores, científicos, activistas de todo tipo, lo que Hayek llama “vendedores de ideas de segunda mano”.³ La mayoría de estos intelectuales, de cualquier tendencia y ocupación, eran o bien pietistas postmilenaristas mesiánicos consagrados o bien antiguos pietistas, nacidos en una casa profundamente pietista, que, aunque entonces secularizados, aún poseían una intensa creencia mesiánica en la salvación nacional y mundial a través de Gran Gobierno. Pero, además, extraña pero característicamente, la mayoría combinaban en su pensamiento y activismo un fervor moral o religioso mesiánico con una devoción empírica, supuestamente “libre de valores” y estrictamente “científica” a la ciencia social. Ya fuera la profesión médica que combinaba devoción científica y moral para acabar con el pecado o una postura similar entre economistas o filósofos, esta mezcla es típica de los intelectuales progresistas.

En este artículo me ocuparé de diversos ejemplos de individuos o grupos de intelectuales progresistas, exultantes ante el triunfo de su credo y su propio lugar en ello, como resultado de la entrada de Estados Unidos en la Primera Guerra Mundial. Por desgracia, las limitaciones de espacio y tiempo impiden ocuparse de todas las facetas de la actividad en tiempo de guerra de los intelectuales progresistas; en particular lamento tener que omitir el tratamiento del movimiento de reclutamiento, un fascinante ejem-

²Robert Higgs, *Crisis And Leviathan* (Nueva York: Oxford University Press, 1987), pp. 123-158. Para mi propia explicación de la economía bélica colectivizada de la Primera Guerra Mundial, ver Murray N. Rothbard, "War Collectivism in World War I", en R. Radosh y M. Rothbard. eds., *A New History of Leviathan: Essays on the Rise of the American Corporate State* (Nueva York: Dutton. 1972), pp. 66-110.

³F.A. Hayek, "The Intellectuals and Socialism," en *Studies in Philosophy, Politics and Economics* (Chicago: University of Chicago Press, 1967), pp. 178 y ss.

plo del credo de la “terapia” de la “disciplina” liderado por intelectuales y empresarios de primer orden en el ámbito de J.P. Morgan.⁴ También tendré que omitir tanto la presentación de la guerra por los predicadores de la nacional como los impulsos del periodo de guerra hacia la centralización permanente de la investigación científica.⁵

No hay mejor epígrafe para el resto de este artículo que una nota de enhorabuena enviada al presidente Wilson después de su declaración de guerra el 2 de abril de 1917. La nota fue enviada por el terno de Wilson y compañero pietista y progresista del sur, el Secretario del Tesoro, William Gibbs McAdoo, Un hombre que había pasado toda su vida como industrial en la ciudad de Nueva York, firme en el ámbito de J.P. Morgan. McAdoo escribía a Wilson: “¡Has hecho una cosa grande noblemente! Creo firmemente que es voluntad de Dios que Estados Unidos deba hacer este servicio trascendente a la humanidad en todo el mundo y que tú eres Su instrumento elegido”.⁶

⁴Sobre el movimiento de reclutamiento, ver en particular Michael Pearlman, *To Make Democracy Safe for America: Patricians and Preparedness in the Progressive Era* (Urbana: University of Illinois Press, 1984). Ver también John W. Chambers II, “Conscripting for Colossus: The Adoption of the Draft in the United States in World War I”, tesis doctoral, Columbia University, 1973; John Patrick Finnegan, *Against the Specter of a Dragon: the Campaign for American Military Preparedness, 1914-1917* (Westport, Conn. Greenwood Press, 1974) y John Gany Clifford, *The Citizen Soldiers: The Plattsburg Training Camp Movement* (Lexington: University Press of Kentucky, 1972).

⁵Sobre los clérigos y la guerra, ver Ray H. Abrams, *Preachers Present Arms* (Nueva York: Round Table Press, 1933). Sobre la movilización de la ciencia, ver David F. Noble, *America By Design: Science, Technology and the Rise of Corporate Capitalism* (Nueva York: Oxford University Press, 1977) y Ronald C. Tobey, *The American Ideology of National Science, 1919-1930* (Pittsburgh: University of Pittsburgh Press, 1971).

⁶Citado en Gerald Edward Markowitz, “Progressive Imperialism: Consensus and Conflict in the Progressive Movement on Foreign Policy, 1898-1917”, tesis doctoral, Universidad de Wisconsin, 1971, p. 375, un trabajo desgraciadamente olvidado sobre un tema muy importante.

II. Pietismo y Ley Seca

Una de las pocas omisiones importantes en el libro del profesor Higgs es el papel esencial del protestantismo pietista post-milenaerista en el camino hacia el estatismo en Estados Unidos. Dominante en las áreas “yanquis” del norte a partir de la década de 1830., la forma “evangélica” agresiva del pietismo conquistó el protestantismo del sur en la década de 1890 y desempeñó un papel crucial en el progresismo después del cambio de siglo y a lo largo de la Primera Guerra Mundial. El pietismo evangélico sostenía que un requisito para la salvación de cualquier hombre es que haga todo lo que pueda para hacer que se salven todos los demás y hacer todo lo posible significaba que el Estado debe convertirse en un instrumento crucial para maximizar las posibilidades de salvación de la gente. En particular, el Estado desempeña un papel central en eliminar el pecado y en “hacer sagrados los Estados Unidos”.

Para los pietistas, el pecado se definía muy ampliamente como cualquier fuerza que pudiera nublar las mentes de los hombres de forma que no pudieran ejercitar su libre albedrío teológico para alcanzar la salvación. De particular importancia fueron la esclavitud (hasta la Guerra de Secesión), el Demonio del Ron y la Iglesia Católica Romana, encabezada por el anticristo de Roma. Durante décadas tras la Guerra de Secesión, la “rebelión” tomó el lugar de la esclavitud en las acusaciones pietistas contra su gran enemigo político, el Partido Demócrata.⁷ Luego en 1896, con la conversión evangélica del protestantismo del sur y la admisión en la Unión de los poco poblados y pietistas estados montañoses, William Jennings Bryan fue capaz de aunar una coalición que transformó a los demócratas en un partido pietista y acabó por siempre con ese partido que en tiempo actuó orgullosamente co-

⁷De ahí la famosa imprecación lanzada al final de la campaña de 1884 que llevó a los demócratas a la presidencia por primera vez desde la Guerra de Secesión, de que el Partido Demócrata era el partido del “ron, el romanismo y la rebelión”. En esa frase, el ministro protestante de Nueva York podía resumir las preocupaciones políticas del movimiento pietista.

mo defensor del cristianismo “litúrgico” (católico y luterano alto alemán) y de la libertad personal y el *laissez faire*.^{8,9}

Los pietistas del siglo XIX y principios del XX eran todos postmilenaristas: Creían que la Segunda Llegada de Cristo solo se produciría después de que el milenio (mil años del establecimiento del Reino de Dios sobre la tierra) se hubiera construido mediante el trabajo humano. Los postmilenaristas han tendido por tanto a ser estatistas, con el Estado convirtiéndose en un instrumento importante para eliminar el pecado y cristianizar el orden social para acelerar la vuelta de Jesús.¹⁰

El profesor Timberlake resume esmeradamente este conflicto político-religioso:

Frente a estas sectas extremistas y apocalípticas que rechazaban y se apartaban del mundo por ser este desesperadamente corrupto y frente a las iglesias más conservadoras, como la católica romana, la episcopaliana

⁸Para una introducción a la creciente literatura de historia política “etno-religiosa” en Estados Unidos, ver Paul Kleppner, *The Cross of Culture* (Nueva York: The Free Press, 1970) e ídem, *The Third Electoral System, 1853–1892* (Chapel Hill, N.C.: University of North Carolina Press, 1979). Para la última investigación sobre la formación del Partido Republicano como partido pietista, reflejando la interrelacionada triada de preocupaciones pietistas (antiesclavitud, prohibición y anticatolicismo), ver William E. Gienapp, “Nativism and the Creation of a Republican Majority in the North before the Civil War”, *Journal of American History* 72 (Diciembre de 1985): 529-559.

⁹Los luteranos alemanes eran en buena parte luteranos “altos” o litúrgicos y confesionales que daban importancia a la Iglesia y sus credos y sacramentos más que a una experiencia pietista y de “renacimiento” de conversión emocional. Los escandinavos americanos, por otro lado, eran principalmente pietistas luteranos.

¹⁰El cristianismo ortodoxo agustino, seguido por los litúrgicos, es “amilenarista”, es decir, cree que el “milenio” es sencillamente una metáfora para la emergencia de la Iglesia Cristiana y que Jesús volverá sin ayuda humana en un momento no especificado. Los “fundamentalistas” modernos, como se les ha llamado desde los primeros años del siglo XX, son “premilenaaristas”, es decir, creen que Jesús volverá para dar paso a mil años de Reino de Dios sobre la tierra, un tiempo marcado por diversas “tribulaciones” y por el Armagedón, hasta que llegue el fin de la historia. Los premilenaristas o “milenarianos”, no tienen la pulsión estatista de los postmilenaristas; por el contrario, tienden a centrarse en predicciones y señales del Armagedón y de la venida de Jesús.

protestante y la luterana, que tendían a asumir una actitud más relajada respecto de la influencia de la religión en la cultura, el protestantismo evangélico buscaba superar la corrupción del mundo de una manera dinámica, no solo convirtiendo a los hombres a la fe en Cristo, sino asimismo cristianizando el orden social mediante el poder y la fuerza del estado para transformar la cultura de forma que la comunidad de los fieles pueda mantenerse pura y la obra de salvación de los no regenerados pueda resultar más fácil. Así que la función de la ley no era simplemente restringir el mal, sino educar y alentar.¹¹

Tanto la ley seca como la reforma progresista fueron pietistas y como ambos movimientos se extendieron después de 1900 se entremezclaron progresivamente. El Partido de la Prohibición, una vez limitado (al menos en su programa) a un solo asunto, se hizo cada vez más abiertamente progresista después de 1904. La Liga Anti-Saloon, el principal medio de agitación prohibicionista después de 1900, también estuvo notablemente dedicado a la reforma progresista. Así, en la convención anual de la Liga en 1905, el reverendo Howard H. Russell se alegraba del creciente movimiento por la reforma progresista y alababa particularmente a Theodore Roosevelt, como ese “líder de molde heroico, de absoluta honestidad de carácter y pureza de vida, ese hombre líder de esta mundo”.¹² En la convención de la Liga Anti-Saloon de 1909, el reverendo Purley A. Baker loaba el movimiento sindical como una santa cruzada por la justicia y un reparto equitativo. La convención de la Liga de 1915, que atrajo a 10.000 personas, se destacó por la misma mezcla de estatismo, servicio social y cristianismo combativo que había caracterizado la convención nacional del Partido progresista en 1912.¹³ Y en la convención de la Liga

¹¹James H. Timberlake, *Prohibition and the Progressive Movement, 1900-1920* (Nueva York: Atheneum, 1970), pp. 7-8.

¹²Citado en Timberlake, *Prohibition*, p. 33.

¹³La convención del Partido Progresista fue una poderosa fusión de todas las tendencias principales del movimiento progresista: economistas estatistas, tecnócratas, ingenieros sociales, trabajadores sociales, pietistas profesionales y

de junio de 1916, el obispo Luther B. Wilson dijo, sin que nadie le contradijera, que todos los presentes sin duda alabarían las reformas progresistas entonces propuestas.

Durante los años progresistas, el evangelio social se convirtió en parte de la ortodoxia del protestantismo pietista. La mayoría de las iglesias evangélicas crearon comisiones de servicio social para proclamar el evangelio social y prácticamente todas las denominación adoptaron el credo social establecido por la Comisión de la Iglesia y el Servicio Social del Consejo Federal de Iglesias. El credo reclamaba la abolición del trabajo infantil, la regulación del trabajo femenino, el derecho del trabajador a organizarse (es decir, la negociación colectiva obligatoria), la eliminación de la pobreza y una división “equitativa” de la producción nacional. Y en lo alto como asunto de preocupación social estaba el problema del alcohol. El credo mantenía que el alcohol era un serio obstáculo hacia el establecimiento del Reino de Dios en la tierra y defendía la “protección del individuo y la sociedad del mal social, económico y moral del tráfico de alcohol”.¹⁴

Los líderes del evangelio social eran fervientes defensores del estatismo y la ley seca. Estos incluían al reverendo Walter Rauschenbusch y el reverendo Charles Stelzle, cuyo panfleto *Why*

socios de J.P. Morgan & Co. Los líderes del evangelio social, Lyman Abbon, el reverendo R. Heber Newton y el reverendo Washington Gladden, eran importantes delegados del Partido Progresista. El Partido Progresista se proclamaba como “el recrudescimiento del espíritu religioso en la vida política estadounidense”. El discurso de aceptación de Theodore Roosevelt se titulaba significativamente “Una profesión de fe” y sus palabras estaban salpicadas de “amenes” y de continuos cantos de himnos cristianos pietistas de los delegados reunidos. Cantaban “Adelante, soldados cristianos”, “El himno de batalla de la república” y especialmente en himno evangélico “Seguiremos, seguiremos, seguiremos a Jesús”, con la palabra “Roosevelt” sustituyendo a Jesús en cada estrofa. El horrorizado *New York Times* resumía la inusual experiencia calificando a la agrupación progresista como “una convención de fanáticos”. Y añadía: “No fue una convención en absoluto. Fue una asamblea de entusiastas religiosos. Era una convención como la de Pedro el Ermitaño. Era un campamento metodista de seguidores convertido a términos políticos”. Citado en John Allen Gable, *The Bull Moose Years: Theodore Roosevelt and the Progressive Party* (Port Washington, NY: Kennikat Press, 1978), p. 75.

¹⁴Timberlake, *Prohibition*, p. 24.

Prohibition! (1918) fue distribuido, tras la entrada de Estados Unidos en la Primera Guerra Mundial, por la Comisión de la templanza del Consejo Federal de Iglesias a líderes obreros, miembros de Congreso e importantes cargos públicos. Un líder del evangelio social particularmente importante fue el reverendo Josiah Strong, cuya revista mensual, *The Gospel of the Kingdom*, era publicada por el American Institute of Social Service de Strong. En un artículo apoyando la ley seca en el número de julio de 1914, *The Gospel of the Kingdom* alababa el espíritu progresista que estaba por fin terminando con la “libertad personal”:

La “libertad personal” por fin es un rey sin corona, destronado, a quien nadie reverencia. La conciencia social está tan desarrollada y se está haciendo tan autocrática que instituciones y gobiernos deben hacer caso a sus mandatos y compartir así su vida. Ya no estamos asustados por ese antiguo duende: “paternalismo en el gobierno”. Afirmamos contundentemente que es asunto del gobierno ser justamente eso: paternal. Nada humano puede ser ajeno a un verdadero gobierno.¹⁵

Como verdaderos cruzados, los pietistas no se contentaban con la eliminación del pecado solo en Estados Unidos. Su el pietismo estadounidense estaba convencido de que los estadounidenses eran el pueblo elegido por Dios, indudablemente la tarea religiosa y moral de los pietistas no podía detenerse aquí. En cierto sentido el mundo era de Estados Unidos. Como decía el profesor Timberlake, una vez que el Reino de Dios estuviera en curso de establecerse en Estados Unidos “era por tanto misión de Estados Unidos extender estos ideales e instituciones en el extranjero, para que el Reino pudiera establecerse en todo el mundo. Los protestantes estadounidenses por tanto no se contentaban con trabajar

¹⁵Citado en Timberlake, *Prohibition*, p. 27. Cursivas en el artículo. Como como decía el reverendo Stelzle en *Why Prohibition!*: “No existe un derecho individual absoluto a hacer ninguna cosa concreta o a comer o beber ninguna cosa concreta o a disfrutar de la asociación de la propia familia o incluso a vivir, si eso entra en conflicto con la ley de la necesidad pública”. Citado en David E. Kyvig, *Repealing National Prohibition* (Chicago: University of Chicago Press, 1979), p. 9.

para el Reino de Dios en Estados Unidos, sino que se sentían obligados a ayudar también en la reforma del resto del mundo”.¹⁶

La entrada de Estados Unidos en la Primera Guerra Mundial proporcionó la consumación de los sueños prohibicionistas. En primer lugar, toda la producción de alimentos se puso bajo el control de Herbert Hoover, jefe de la Administración de Alimentación. Pero si el gobierno de EEUU iba a controlar y asignar recursos alimenticios, ¿permitiría que el precioso suministro escaso de grano fuera absorbido por el “desperdicio”, si no el pecado, de la fabricación de alcohol? Aunque menos de 2% de la producción estadounidense de cereales iba a la fabricación de alcohol, pensad en los niños hambrientos del mundo que podrían alimentarse en otro caso. Como lo expresaba demagógicamente el semanario progresista *The Independent*: “¿Tendrán comida los muchos o tendrán bebida los pocos?” Para el aparente propósito de “conservar” grano, el Congreso escribió una enmienda en la Lever Food and Fuel Control Act del 10 de agosto de 1917, que prohibía absolutamente el uso de alimentos, por tanto de grano, para la producción de alcohol. El Congreso habría añadido una prohibición sobre la fabricación de vino o cerveza, pero el presidente Wilson convenció a la Liga Anti-Saloon de que podía conseguir el mismo objetivo lentamente y evitar así el filibusterismo de los antiprohibicionistas en el Congreso. Sin embargo, Herbert Hoover, un progresista y un prohibicionista, convenció a Wilson para que emitiera una orden, el 8 de diciembre, reduciendo enormemente el contenido de alcohol de la cerveza y limitando la cantidad de alimentos que podían utilizarse en su fabricación.¹⁷

Los prohibicionistas fueron capaces de usar la Lever Act y el patriotismo de guerra para el bien. Así, Mrs. W. E. Lindsey, esposa del gobernador de Nuevo México, hacía un discurso en noviembre de 1917 que hablaba de la Lever Act y declaraba:

Aparte de la larga lista de terribles tragedias que siguieron al tráfico de alcohol, el desperdicio económico es

¹⁶Timberlake, *Prohibition*, pp. 37-38.

¹⁷Ver David Burner, *Herbert Hoover: A Public Life* (Nueva York: Alfred A. Knopf, 1979), p. 107.

demasiado grande como para tolerarse ahora. Con tanta gente de las naciones aliadas a las puertas de la inanición. Sería una ingratitud criminal que continuáramos fabricando whisky.¹⁸

Otra justificación para la ley seca durante la guerra era la supuesta necesidad de proteger del alcohol a los soldados estadounidenses, por su salud, su moral y sus alamas inmortales. En consecuencia, en la Selective Service Act del 18 de mayo de 1917, el Congreso establecía que debían establecerse zonas secas alrededor de cualquier base militar y se ilegalizó vender o incluso dar alcohol a cualquier miembro del estamento militar dentro de estas zonas, incluso en el hogar de alguien. Cualquier hombre ebrio de servicio era sometido a consejo de guerra.

Pero el impulso más importante hacia la ley seca nacional fue la propuesta de decimoctava enmienda de la Liga Anti-Saloon, prohibiendo la fabricación, venta, transporte, importación o exportación de todo licor embriagante. Fue aprobada por el Congreso y remitida a los estados al final de diciembre de 1917. Los argumentos antiprohibicionistas de que la ley seca sería inaplicable encontraron la habitual apelación de los prohibicionistas a los grandes principios: ¿Deberían abolirse las leyes contra el asesinato y el robo sencillamente porque no pueden aplicarse completamente? Y los argumentos de que la propiedad privada sería injustamente confiscada fueron también dejados de lado con la opinión de que la propiedad dañina para la salud, la moral y la seguridad del pueblo había estado siempre sujeta a confiscación sin indemnización.

Cuando la Lever Act hace una distinción entre licores fuertes (prohibidos) y cerveza y vino (limitados), la industria cervecera trata de salvar la piel alejándose de la tentación de las bebidas

¹⁸James A. Burran, "Prohibition in New Mexico, 1917". *New Mexico Historical Quarterly* 48 (Abril de 1973): 140-141. Por supuesto, Mrs. Lindsey no mostraba ninguna preocupación sobre si los alemanes y los países aliados y neutrales de Europa estaban sometidos a inanición por el bloqueo naval inglés. Las únicas áreas de Nuevo México que se resistieron a la campaña de la ley seca en el referéndum de noviembre de 1917 fueron los distritos fuertemente hispano-católicos.

espirituosas. “La verdadera relación con la cerveza”, insistía la Asociación de Cerveceros de Estados Unidos, “es con los vinos ligeros y los refrescos, no con los licores fuertes”. Los cerveceros afirmaban su deseo de “eliminar, de una vez por todas, las cadenas que unen nuestros saludables productos con los espirituosos fuertes”. Pero esta actitud cobarde no les valdría de nada a los cerveceros. Después de todo, uno de los objetivos principales de los prohibicionistas era aplastar a los cerveceros, de una vez por todas, ya que su producto era la misma encarnación de los hábitos de bebida de las odiosas masas germano-estadounidenses, tanto católica como luterana, ambas litúrgicas y bebedoras de cerveza. Los germano-estadounidenses eran entonces el blanco de las burlas. ¿No eran todos agentes del satánico káiser, que deseaba conquistar el mundo? ¿No eran agentes conscientes de la temible *Kultur* de los hunos, dispuesta a destruir la civilización estadounidense? ¿Y no eran alemanes la mayoría de los cerveceros?

Y así la Liga Anti-Saloon tronaba que “los cerveceros alemanes en este país han hecho ineficientes a miles de hombres en este país y están así perjudicando a la república en su guerra contra el militarismo prusiano”. Aparentemente, la Liga Anti-Saloon no tenía en cuenta el trabajo de los cerveceros alemanes en Alemania, que estaban presumiblemente realizando el inestimable servicio de hacer inútil el “militarismo prusiano”. Se acusaba a los cerveceros de ser pro-alemanes y de subvencionar a la prensa (aparentemente estaba bien ser pro-inglés y subvencionar a la prensa si no se era cervecero). La cumbre de las acusaciones vino de un prohibicionista: “Tenemos enemigos alemanes”, advertía, “también en este país. Y los peores de estos enemigos alemanes, los más traicioneros, los más amenazantes son Pabst, Schlitz, Blatz y Miller”.¹⁹

En este tipo de ambiente, los cerveceros no tuvieron ninguna oportunidad y la Decimoctava Enmienda fue a los estados, prohibiendo toda forma de alcohol. Como veintidós estados ya habían prohibido el alcohol, esto significaba que solo hacían falta nueve más para ratificar esta notable enmienda, que implicaba directa-

¹⁹Timberlake, *Prohibition*, p. 179.

mente a la constitución federal en lo que siempre había sido, como mucho, un asunto de policía de los estados. El trigésimo sexto estado ratificó la Decimoctava Enmienda el 16 de enero de 1919 y al finalizar febrero, todos los estados, menos tres (Nueva Jersey, Rhode Island y Connecticut) habían hecho inconstitucional, además de ilegal, al alcohol. Técnicamente, la enmienda entraría en vigor el siguiente enero, pero el Congreso aceleró las cosas aprobando la War Prohibition Act del 11 de septiembre de 1918, que prohibía la producción vino y cerveza después del siguiente mayo y prohibía la venta de todas las bebidas embriagantes después del 30 de junio de 1919, una prohibición que continuaría en efecto hasta el fin de la desmovilización. La ley seca total nacional empezó el 1 de julio de 1919, con la Decimoctava Enmienda entrando en vigor seis meses después. La enmienda constitucional necesitaba una ley de aplicación del Congreso, que este proporcionó con la Volstead Act, aprobada superando el veto de Wilson al final de octubre de 1919.

Con la batalla contra el Demonio del Ron ganada en casa, los incansables defensores del prohibicionismo pietista buscaron nuevos territorios a conquistar. Hoy Estados Unidos, mañana el mundo. En junio de 1919, la triunfal Liga Anti-Saloon reclamó una conferencia internacional para la ley seca en Washington y creaba una Liga Mundial Contra el Alcoholismo. Después de todo, hacía falta una ley seca mundial para acabar la obra de salvar al mundo para la democracia. Los objetivos prohibicionistas fueron expresados fervientemente por el reverendo A.C. Bane en la convención de la Liga Anti-Saloon de 1917, cuando la victoria en Estados Unidos ya era visible. Bane tronaba ante una multitud que gritaba salvajemente:

Estados Unidos estará “por todo lo alto” en la mayor batalla de la humanidad [contra el alcohol] y plantará el victorioso estandarte blanco de la ley seca sobre el punto más elevado de la nación. Luego al ver las manos que nos hacen señas de nuestras naciones hermanas al otro lado del mar, luchando contra el mismo antiguo enemigo, continuaremos con el espíritu del misionero y el cruzado a ayudar a eliminar el demonio de la bebida

en toda la civilización. Con Estados Unidos enseñando el camino, con fe en Dios omnipotente y mostrando con manos patrióticas nuestra inmaculada bandera, el emblema de la pureza cívica, pronto concederemos a la humanidad el don incalculable de la Ley Seca Mundial.²⁰

Por suerte, los prohibicionistas encontraron que el mundo reticente era una nuez demasiado dura de romper.

III. Las mujeres en la guerra y en las urnas

Otra consecuencia directa de la Primera Guerra Mundial, que llegó en pareja con la ley seca pero permaneció, fue la Decimonovena Enmienda, aprobada en el Congreso en 1919 y ratificada por el mismo al año siguiente, que permitía votar a las mujeres. El sufragio femenino había sido desde hacía mucho tiempo un movimiento aliado directamente con el prohibicionismo. Desesperados por combatir una tendencia demográfica que parecía ir contra ellos, los pietistas evangélicos reclamaban el sufragio femenino (y lo consiguieron en muchos estados occidentales). Lo hacían porque sabían que mientras que las mujeres pietistas eran social y políticamente activas, las mujeres étnicas o litúrgicas tendían a estar ligadas culturalmente al hogar y la cocina y por tanto era menos probable que votaran.

Por tanto, el sufragio femenino aumentaría enormemente el poder del voto pietista. En 1869 el Partido Prohibicionista se convirtió en el primer partido en apoyar el sufragio femenino, lo que continuaba haciendo. El Partido Progresista era igualmente entusiasta acerca del sufragio femenino: fue el primer partido nacional que permitió mujeres como delegadas en sus convenciones. Una importante organización sufragista femenina fue la Unión de la Templanza de las Mujeres Cristianas [Women's Christian Temperance Union], que llegó a la enorme cifra de miembros de 300.000 en 1900. Y tres presidentas sucesivas del principal grupo sufragis-

²⁰Citado en Timberlake, *Prohibition*, pp. 180-181.

ta femenino, la National American Woman Suffrage Association (Susan B. Anthony, Mrs. Carrie Chapman Catt y la Dra. Anna Howard Shaw) empezaron sus carreras como activistas en el prohibicionismo. Susan B. Anthony lo decía claramente:

Hay un enemigo de los hogares de esta nación y ese enemigo es la ebriedad. Todos los relacionados con la casa de juego, el burdel y la taberna trabajan y votan en bloque contra el voto de las mujeres y yo digo, si creéis en la castidad, si creéis en la honestidad y la integridad, entonces tomar las medidas necesarias para poner el voto en manos de las mujeres.²¹

Por su parte, la Alianza Germano-Estadounidense de Nebraska envió una apelación durante el referéndum fracasado de noviembre de 1914 sobre sufragio femenino. Escrita en alemán, la apelación declaraba: “Nuestras mujeres alemanas no quieren el derecho de voto y como nuestros oponentes desean el derecho de sufragio principalmente para el propósito de poner el yugo de la ley seca sobre nuestros cuellos, deberíamos oponernos a él con todas nuestras fuerzas”.²²

La entrada de Estados Unidos en la Primera Guerra Mundial proporcionó el impulso para superar la importante oposición al sufragio femenino, como un corolario al éxito de la ley seca y como recompensa a la vigorosa actitud de las mujeres organizadas en el esfuerzo bélico. Para cerrar el círculo, mucha de la actividad consistió en eliminar el vicio y el alcohol, así como en introducir educación “patriótica” en las mentes de grupos inmigrantes a menudo sospechosos.

Poco después de la declaración de guerra de EEUU, el Consejo de Defensa Nacional creó un Comité Consultivo sobre Trabajos de Defensa de Mujeres, conocido como el Comité Femenino. El propósito del comité, escribe un relato contemporáneo que lo celebraba, era “coordinar la actividades y los recursos de las mujeres organizadas y desorganizadas del país, para que su poder

²¹Citado en Alan P. Grimes, *The Puritan Ethic and Woman Suffrage* (Nueva York: Oxford University Press, 1967), p. 78.

²²Grimes, *Puritan Ethic*, p. 116.

pueda utilizarse inmediatamente en tiempo de necesidad y proporcionar un canal nuevo y directo de cooperación entre mujeres y el departamento gubernamental”.²³ La presidenta del Comité Femenino, trabajando enérgicamente y a jornada completa, era la antigua presidenta de la National American Woman Suffrage Association, la Dra. Anna Howard Shaw, y otro miembro importante era la actual presidenta del grupo sufragista e igualmente importante sufragista, Mrs. Carrie Chapman Catt.

El Comité Femenino empezó enseguida a establecer organizaciones en ciudades y estados en todo el país y el 19 de junio de 1917 realizó una conferencia de más de cincuenta organizaciones nacionales femeninas para coordinar sus esfuerzos. Fue en esta conferencia donde “se impuso la primera tarea concreta a las mujeres estadounidenses” por el infatigable Jefe de Alimentación, Herbert Hoover.²⁴ Hoover incluía la cooperación de las mujeres de la nación en su ambiciosa campaña para controlar, restringir y cartelizar el sector alimentario en nombre de la “conservación” y eliminación del “desperdicio”. Celebrando esta unión de las mujeres estaba una de las mujeres del Comité Femenino, la escritora progresista y aireadora de escándalos Mrs. Ida M. Tarbell. Mrs. Tarbell alababa las “creciente conciencia en todas partes de que esta gran empresa de la democracia que estamos iniciando [la entrada en guerra de EEUU] es un asunto nacional y si un individuo o una sociedad va a poner de su parte, debe actuar bajo el gobierno de Washington”. “Nada más”, decía Mrs. Tarbell, “puede explicar la acción de las mujeres del país en unirse como están haciendo hoy bajo una dirección centralizada”.²⁵

El entusiasmo de Mrs. Tarbell podría haberse aumentado por el hecho de que era una de las directoras en lugar de una de

²³Ida Clyde Clarke, *American Women and the World War* (Nueva York: D. Appleton and Co., 1918), p. 19.

²⁴Clarke, *American Women*, p. 27.

²⁵Ibíd., p. 31. En realidad, las actividades de aireado de escándalos de Mrs. Tarbell se limitaban en buena medida a Rockefeller y la Standard Oil. Estaba muy a favor de los líderes empresariales en el entorno de Morgan, como atestigua sus biografías laudatorias del juez Elbert H. Gary, de US Steel (1925), y Owen D. Young, de General Electric (1932).

las dirigidas. Herbert Hoover llegó a la conferencia femenina con la propuesta de que cada mujer firmara y distribuyera una “tarjeta de promesa de comida” a favor de la conservación de comida. Aunque el apoyo de la promesa de comida entre el público fue menor que el previsto, los trabajos educativos para promover la promesa se convirtieron en la base del resto de la campaña femenina de conservación. El Comité Femenino nombró a Mrs. Tarbell como presidenta de su comité sobre Administración Alimentaria y no solo organizó incansablemente la campaña, sino que también escribió cartas y artículos en periódicos y revistas a su favor.

Además del control de los alimentos, otra función importante e inmediata del Comité Femenino era intentar registrar a todas las mujeres del país para trabajar como voluntarias y cobrando en apoyo del esfuerzo bélico. A toda mujer con dieciséis años o más se le pidió que firmara y enviara una tarjeta de registro con toda la información pertinente, incluyendo formación, experiencia y tipo de trabajo deseado. De esa manera, el gobierno conocería el paradero y la formación de todas las mujeres y gobierno y mujeres podrían servirse mejor unos a otros. En muchos estados, especialmente en Ohio e Illinois, los gobiernos estatales crearon escuelas para formar a las registradas. Y aunque el Comité Femenino siguió insistiendo en que el registro era completamente voluntario, el estado de Louisiana, como dijo Ida Clarke, desarrolló una idea “novedosa y clara” para facilitar el programa: el registro de las mujeres se hizo obligatorio.

El gobernador de Louisiana, Rufin G. Pleasant, decretó al 17 de octubre de 1917, como día del registro obligatorio y un grupo de funcionarios del estado colaboró en esta operación. La Comisión de Alimentación del Estado se aseguraba de que las promesas de alimentación eran asimismo firmadas por todos y el Consejo Escolar del Estado concedió fiesta el 17 de octubre de forma que los maestros pudieran acudir al registro obligatorio, especialmente en los distritos rurales. Seis mil mujeres fueron comisionadas oficialmente por el estado de Louisiana para realizar el registro y trabajaron junto con los funcionarios de Conservación de Alimentos y agentes parroquiales de propaganda. En las áreas

francesas del estado, los sacerdotes católicos prestaron una valiosa ayuda al apelar personalmente a todas las parroquianas femeninas a cumplir con sus obligaciones de registro. Se circularon panfletos en francés, se pusieron pancartas atravesando las calles y se realizaron discursos pidiendo el registro por parte de mujeres activistas en cines, escuelas, iglesias y tribunales. Se nos informa de que todas las respuestas fueron interesadas y cordiales; no se menciona ninguna resistencia. También se nos indica que “incluso los negros estuvieron muy animados, reuniéndose a veces con gente blanca y a veces a llamada de sus propios pastores”.²⁶

Ayudando también al registro de mujeres y el control de alimentos había otra organización más pequeña, pero ligeramente más siniestra que había sido creada por el Congreso como una especie de grupo bélico anterior a la guerra en un gran Congreso para el Patriotismo Constructivo, realizado en Washington DC a finales de enero de 1917. Era la National League for Woman's Service (NLWS), que estableció una organización nacional posteriormente oscurecida y superada por el más grande Comité Femenino. La diferencia era que la NLWS estaba concebida sobre líneas muy abiertamente militares. Cada unidad local de trabajo se llamaba “destacamento”, bajo un “comandante de destacamento”, los destacamentos de distrito y de estado se reunían en “campamentos” anuales y toda mujer miembro vestía un uniforme con una escarapela e insignia de la organización. En particular, “la base de formación para todos los destacamentos es un ejercicio físico estándar”.²⁷

Una parte esencial del trabajo del Comité Femenino era dedicarse a la “educación patriótica”. El gobierno y el Comité Femenino reconocían que las mujeres de etnias inmigrantes eran las que más necesitaban esa instrucción esencial, así que establecieron un comité de educación, encabezado por la enérgica Mrs. Carrie Chapman Catt. Mrs. Catt indicaba bien el problema al Comité Femenino: Millones de personas en Estados Unidos no tienen claro por qué estamos en guerra y por qué, como parafrasea Ida

²⁶Ibíd., p. 277, pp. 275-279, p. 58.

²⁷Ibíd., p. 183.

Clarke a Mrs. Can, hay “una necesidad imperativa de ganar la guerra si hay que proteger a las generaciones futuras de la amenaza del militarismo sin escrúpulos”.²⁸ Supuestamente, el militarismo de EEUU, al tener “escrúpulos”, no era ningún problema.

Abundaban apatía e ignorancia, seguía Mrs. Catt, y proponía movilizar a veinte millones de mujeres estadounidenses, las “mayores creadoras de sentimientos de cualquier comunidad”, para empezar un “vasto movimiento educativo” para hacer que las mujeres “se alistaran entusiastamente para empujar en la guerra hacia la victoria tan rápidamente como sea posible”. Sin embargo, como continuaba Mrs. Catt, la claridad de los objetivos de guerra que reclamaba equivalía en realidad a apuntar que estábamos en guerra “lo quiera o no lo quiera la nación” y que por tanto los “sacrificios” necesarios para ganar la guerra “deben hacer voluntaria o involuntariamente”. Estas declaraciones recuerdan a argumentos en apoyo de las recientes acciones militares de Ronald Reagan (“Tiene que hacer lo que tiene que hacer”). Al fin, Mrs. Catt solo podía llegar a un argumento razonado para la guerra, aparte de esta supuesta necesidad, que debía ganarse para hacer que “la guerra acabe con la guerra”.²⁹

La campaña de “educación patriótica” de las mujeres organizadas era en buena medida para “americanizar” a las mujeres inmigrantes convenciéndolas enérgicamente (a) de que se nacionalizaran como ciudadanas estadounidenses y (b) a aprender “inglés materno”. En la campaña, llamada “América primero” [“America First”], se promovía la unidad nacional haciendo que los inmigrantes aprendieran inglés y tratando de que las mujeres inmigrantes tomaran clases de inglés por las tardes. Las mujeres patriotas organizadas estaban asimismo preocupadas por preservar la estructura familiar de los inmigrantes. Si los niños aprenden inglés y sus padres lo ignoran, los niños se burlarán de los mayores, “desaparece la disciplina y el control de los padres y se debilita toda la estructura familiar”. Así que una de las grandes fuerzas conservadoras en la comunidad se convierte en inoperativa”. Así

²⁸Ibíd., p. 103.

²⁹Ibíd., p. 104-105.

que, para conservar “el control maternal de los jóvenes (...) se hace imperativa la americanización de las mujeres extranjeras mediante el idioma. En Erie, Pennsylvania, los clubs femeninos nombraban “matronas de manzana”, cuyo trabajo era conocer a las familias extranjeras del vecindario y respaldar a las autoridades escolares en pedir a los inmigrantes aprender inglés y que, en palabras bastante ingenuas de Ida Clarke, “se convierten en vecinas, amigas y verdaderas madres confesoras de las mujeres extranjeras en la manzana”. A uno le gustaría escuchar algunos comentarios de las receptoras de las atenciones de las matronas de manzana.

En términos generales, como resultado de la campaña de americanización, concluye Ida Clarke, “las mujeres organizadas de este país pueden desempeñar un papel importante en hacer del nuestro un país con un idioma común, un propósito común, un grupo común de ideales: unos Estados Unidos unificados”.³⁰

Ni el gobierno ni sus mujeres organizadas olvidaron las reformas económicas progresistas. En la organización de la conferencia de junio de 1917, del Comité Femenino, Mrs. Carrie Catt destacaba que el mayor problema de la guerra era asegurarse de que las mujeres recibían “igual paga por igual trabajo”. La conferencia sugería que se establecieran comités de vigilancia para protegerse frente a la violación de las “leyes éticas” que gobernaban el trabajo y también de que se aplicaran rigurosamente todas las leyes que restringían (“protegían”) el trabajo femenino e infantil. Aparentemente, había algunos valores ante los que la maximización del esfuerzo de guerra se encontraba en segundo lugar.

Mrs. Margaret Dreier Robins, presidenta de la National Women's Trade Union's League, alababa el hecho de que el Comité Femenino estuviera organizando comités en todos los estados para proteger unos estándares mínimos para el trabajo femenino e infantil en la industria y reclamaba salarios mínimos y horarios menores para las mujeres. Mrs. Robins advertía concretamente que “no solo se emplean a trabajadoras femeninas no sindicalizadas en gran número para pagar menos en el mercado de

³⁰Ibíd., p. 101.

mano obra para rebajar los estándares industriales, sino que están relacionadas con grupos en centros industriales de nuestro país que son los menos americanizados y los más ajenos a nuestras instituciones e ideales”. Así que “americanización” y cartelización iban de la mano.^{31,32}

IV. Salvar a nuestros chicos del alcohol y el vicio

Una de las principales contribuciones de las mujeres organizadas al esfuerzo de guerra fue colaborar en un intento de salvar a los soldados estadounidenses del vicio y del Demonio del Ron. Además de establecer rigurosas zonas de ley seca en torno a todo campamento militar en Estados Unidos, la Selective Service Act de mayo de 1917 también prohibía la prostitución en amplias zo-

³¹Ibíd., p. 129. Margaret Dreier Robins y su marido Raymond eran prácticamente una pareja progresista paradigmática. Raymond era un nómada nacido en Florida y buscador de oro con éxito que sufrió una conversión mística en Alaska y se convirtió en predicador pietista. Se mudó a Chicago, donde se convirtió en un líder en la obra de la casa de acogida de Chicago y en la reforma municipal. Margaret Dreier y su hermana Mary eran hijas de una familia rica y socialmente prominente de Nueva York que trabajaba y financiaba a la emergente National Women's Trade Union League. Margaret se casó con Raymond Robins en 1905 y se mudó a Chicago, convirtiéndose pronto en presidenta de liga durante mucho tiempo. En Chicago, los Robins lideraron y organizaron causas políticas progresistas durante más de dos décadas, convirtiéndose en líderes importantes del Partido Progresista de 1912 a 1916. Durante la guerra, Raymond Robins realizó una considerable actividad diplomática como jefe de la misión de la Cruz Roja a Rusia. Sobre los Robins, ver Allen F. Davis, *Spearhead for Reform: the Social Settlements and the Progressive Movement, 1890-1914* (Nueva York: Oxford University Press, 1967).

³²Para más acerca de trabajo femenino en la guerra y el sufragio femenino, ver la historia ortodoxa del movimiento sufragista: Eleanor Flexner, *Century of Struggle: The Woman's Rights Movement in the United States* (Nueva York: Atheneum, 1968), pp. 288-289. Curiosamente, el National War Labor Board (NWLB) adoptó francamente el concepto de “igual paga por igual trabajo” para limitar el empleo de mujeres trabajadoras al imponer costes mayores al empresario. El “único control”, afirmaba el NWBL sobre el excesivo empleo de las mujeres “es no hacer más rentable emplear mujeres que hombres”. Citado en Valerie I. Conner, "'The Mothers of the Race' in World War I: The National War Labor Board and Women in Industry", *Labor History* 21 (Invierno 1979-80): 34.

nas en torno a los campamentos militares. Para aplicar estas disposiciones, el Departamento de Guerra ya tenía una Comisión de Actividades en Campamentos de Instrucción, una agencia pronto imitada por el Departamento de la Armada. Ambas comisiones estaban encabezadas por un hombre a la medida del trabajo, el trabajador progresista de la casa de acogida de Nueva York, reformista político municipal y antiguo alumno y discípulo de Woodrow Wilson, Raymond Blaine Fosdick.

El historial, la vida y la carrera de Fosdick eran paradigmáticos en los intelectuales y activistas progresistas de esa época. Los antepasados de Fosdick eran yanquis de Massachusetts y Connecticut y su bisabuelo fue de pionero al oeste en un carrromato para convertirse en granjero de frontera en el corazón de yanquis trasplantados del Burned-Over District, Buffalo, Nueva York. El abuelo de Fosdick, un predicador ordinario pietista convertido en un renacimiento baptista, era un prohibicionista que se casó con la hija de un predicador y se convirtió en profesor de escuela pública en Buffalo durante toda su vida. El abuelo Fosdick llegó a ser superintendente de educación en Buffalo y a batallar por un sistema escolar público expandido y fortalecido. El padre de Fosdick siguió en la misma línea. Era un profesor de una escuela pública en Buffalo que llegó a ser director de un instituto. Su madre era profundamente pietista y una férrea defensora de la ley seca y el sufragio femenino. El padre de Fosdick era un devoto protestante pietista y un republicano “fanático” que dio a su hijo Raymond como segundo nombre el de su héroe, el veterano republicano de Maine, James G. Blaine. Los tres hijos de los Fosdick, el hermano mayor Harry Emerson, Raymond y su hermana melliza, Edith, en este ambiente, forjaron todas carreras en el pietismo y el servicio social.

Mientras estaba activo en la administración reformista de Nueva York, Fosdick hizo una amistad trascendental. En 1910, John D. Rockefeller, Jr., como su padre, un baptista pietista, era presidente de un gran jurado especial para investigar y tratar de eliminar la prostitución en la ciudad de Nueva York. Para Rockefeller, la eliminación de la prostitución iba a convertirse en una campaña ferviente y para toda la vida. Creía que el pecado, como

la prostitución, debía ser criminalizado, puesto en cuarentena y enterrado mediante una supresión rigurosa.

En 1911, Rockefeller empezó su cruzada creando la Oficina de Higiene Social, a la que dotó con 5 millones de dólares durante el siguiente cuarto de siglo. Dos años más tarde fichó a Fosdick, entonces locutor en la cena anual de la clase de biblia baptista de Rockefeller, para estudiar los sistemas policiales en Europa en relación con actividades para acabar con el gran “vicio social”. Inspeccionado la policía estadounidense después de su periodo en Europa por orden de Rockefeller, Fosdick se asombró de que el trabajo de policía en Estados Unidos no fuera considerado una “ciencia” y de que estuviera sujeto a “sórdidas” influencias políticas.³³

En ese momento, el nuevo Secretario de Guerra, el progresista y antiguo alcalde de Cleveland, Newton D. Baker, estaba preocupado por informes de que en áreas cercanas a los campamentos del ejército en Texas en la frontera mexicana, donde se había movilizó tropas para combatir al revolucionario mexicano Pancho Villa, estaban plagadas de tabernas y prostitución. Enviado por Baker para investigar los hechos en el verano de 1916, con los duros oficiales del ejército burlándose llamándole “reverendo”, Fosdick se horrorizó al descubrir tabernas y burdeles prácticamente por todas partes cerca de los campamentos militares. Informó de su consternación a Baker y, a sugerencia de Fosdick, Baker aplicó mano dura a los comandantes del ejército y su actitud laxa hacia el alcohol y el vicio. Pero Fosdick estaba empezando vislumbrar otra idea. ¿No podía la supresión de lo malo verse acompañada por un estímulo positivo de lo bueno, de alternativas recreativas honestas al pecado y el licor que pudieran disfrutar nuestros jóvenes? Cuando se declaró la guerra, Baker rápidamente

³³Ver Raymond B. Fosdick, *Chronicle of a Generation: An Autobiography* (Nueva York: Harper & Bros., 1958), p. 133. Ver también Peter Collier y David Horowitz, *The Rockefellers: An American Dynasty* (Nueva York: New American Library, 1976), pp. 103-105. A Fosdick le asombraba particularmente que los policías estadounidenses que patrullaban las calles fumaran puros. Fosdick, *Chronicle*, p. 135.

nombró a Fosdick como presidente de la Comisión de Actividades en Campamentos de Instrucción.

Armado con los recursos coactivos del gobierno federal y construyendo rápidamente su imperio burocrático desde solo una secretaria a una plantilla de miles, Raymond Fosdick abordó con determinación su doble tarea: eliminar el alcohol y el pecado dentro y alrededor de todo campamento militar y llenar el vacío de soldados y marineros estadounidenses proporcionándoles recreo sano. Como jefe de la División de Aplicación de la Ley de la Comisión de Campamentos de Instrucción, Fosdick seleccionó a Bascom Johnson, abogado de la American Social Hygiene Association.³⁴ Johnson fue nombrado mayor y su personal de cuarenta abogados agresivos se convirtieron en subtenientes.

³⁴La American Social Hygiene Association, con su influyente revista *Social Hygiene*, fue la principal organización en lo que se sonocía como la “cruzada de la pureza”. La asociación se creó cuando el médico de Nueva York, Dr. Prince A. Morrow, inspirado por los movimientos contras las enfermedades venéreas y a favor de lo continencia pedida por el sifilógrafo francés, Jean-Alfred Fournier, creó en 1905 la American Society for Sanitary and Moral Prophylaxis (ASSMP). Pronto los términos propuestos por la delegación de Chicago de la ASSMP, “higiene social” e “higiene sexual”, se utilizaron ampliamente por su pátina médica y científica y en 1910, la ASSMP cambió su nombre a American Federation for Sex Hygiene (AFSH). Finalmente, a finales de 1913, la AFSH, una organización de médicos, se fusionó con la National Vigilance Association (anteriormente American Purity Alliance), un grupo de clérigos y trabajadores sociales, para formar la global American Social Hygiene Association (ASHA).

En este movimiento de higiene social, lo moral y lo médico iban de la mano. Asó, el Dr. Morrow daba la bienvenida al nuevo conocimiento sobre enfermedades venéreas porque demostraba que “el castigo por el pecado sexual”, ya no tenía que “reservarse al más allá”.

El primer presidente de la ASHA fue el presidente de la Universidad de Harvard, Charles W. Eliot. En su discurso de la primera reunión, Eliot dejaba claro que la abstinencia total del alcohol, el tabaco e incluso las especias era parte integrante de la cruzada anti-prostitución y a favor de la pureza.

Sobre médicos, la cruzada de la pureza y la formación de la ASHA, ver Ronald Hamowy, "Medicine and the Crimination of Sin: 'Self-Abuse' in 19th Century America", *The Journal of Libertarian Studies* I (Verano de 1972): 247-259; James Wunsch, "Prostitution and Public Policy: From Regulation to Suppression, 1858–1920", Tesis doctoral, University of Chicago, 1976 y Roland R. Wagner, "Virtue Against Vice: A Study of Moral Reformers and Prostitution in the Progressive Era", tesis doctoral, University of Wisconsin, 1971. Sobre Mor-

Utilizando el argumento de la salud y la necesidad militar, Fosdick creó una División de Higiene Social de su comisión, que promulgó el lema “Listo para la lucha”. Utilizando una mezcla de fuerza y amenazas de retirar las tropas federales de las bases si las ciudades recalcitrantes no obedecían, Fosdick consiguió abrirse paso a palos suprimiendo, si no la prostitución en general, al menos todo barrio de tolerancia importante en el país. Al hacerlo, Fosdick y Baker, empleando policía local y policía militar federal, excedían con mucho su autoridad legal. La ley autorizaba la presidente a cerrar todo barrio de tolerancia en una zona de cinco millas en torno a cada campamento o base militar. Sin embargo de los 110 barrios de tolerancia cerrados por las fuerzas militares, solo 35 estaban incluidos en la zona de prohibición. La supresión de los otros 75 fue una extensión ilegal de la ley. Sin embargo, Fosdick triunfó: “Mediante los esfuerzos de esta Comisión [de Actividades en Campamentos de Instrucción] el barrio de tolerancia prácticamente a dejado de ser una característica de la vida ciudadana estadounidense”.³⁵ El resultado de esta destrucción permanente del barrio de tolerancia fue, por supuesto, llevar la prostitución a las calles, donde los consumidores se verían privados de la protección de un mercado abierto o de regulación.

En algunos casos, la cruzada federal anti-vicio encontró una considerable resistencia. El secretario de la armada, Josephus Daniels, un progresista de Carolina del Norte, tuvo que llamar a los marines para patrullar las calles de una resistente Philadelphia y, con las protestas enérgicas del alcalde, se utilizaron tropas navales

row, ver también John C. Burnham. "The Progressive Era Revolution in American Attitudes Toward Sex", *Journal of American History* 59 (Marzo de 1973) 899, y Paul Boyer, *Urban Masses and Moral Order in America, 1820-1920* (Cambridge Harvard University Press, 1978), p 201. Ver también Burnham, "Medical Specialists and Movements Toward Social Control in the Progressive Era: Three Examples", en J. Israel, ed., *Building the Organizational Society: Essays in Associational Activities in Modern America* (Nueva York: Free Press, 1972), pp. 24-26.

³⁵En Daniel R. Beaver, Newton D. Baker and the American War Effort 1917-1919 (Lincoln, Nebr.: University of Nebraska Press, 1966), p. 222. Ver también ibíd., pp. 221-224 y C.H. Cramer, *Newton D. Baker: A Biography* (Cleveland: World Publishing Co., 1961), pp. 99-102.

apara aplastar el legendario barrio de tolerancia de Storyville, en Nueva Orleans, en noviembre de 1917.³⁶

En su arrogancia, el ejército de EEUU decidió extender su cruzada anti-vicio a tierra extranjeras. El general John J. Pershing publicó un boletín oficial para miembros de la Fuerza Expedicionaria Estadounidense en Francia indicando que “la continencia sexual es tarea de los miembros de la F.E.E., tanto para el desarrollo vigoroso de la guerra como para la salud limpia del pueblo americano después de la guerra”. Pershing y los militares estadounidenses trataron de cerrar todos los burdeles franceses en áreas donde estaban situadas las tropas estadounidenses, pero no tuvieron éxito debido a que los franceses protestaron amargamente. El premier Georges Clemenceau apuntaba que la consecuencia de la “prohibición total de las prostitución regulada en la vecindad de las tropas estadounidenses” era solo aumentar “las enfermedades venéreas entre la población civil del barrio”. Finalmente, Estados Unidos tuvo que contentarse con declarar las áreas civiles francesas fuera de los límites para las tropas.³⁷

La parte más positiva del trabajo de Raymond Fosdick durante la guerra fue proporcionar a los soldados y marineros un sustitutivo constructivo del pecado y el alcohol, “diversiones saludables y compañía sana”. Como podía esperarse, el Comité Femenino y las mujeres organizadas colaboraron con entusiasmo. Siguieron la orden del secretario de guerra Baker de que el gobierno “no podía permitir que estos jóvenes estuvieran rodeados

³⁶Fosdick, *Chronicle*, pp. 145-147. Aunque sí se prohibió la prostitución en Storyville después de 1917, Storyville, contra lo que dice la leyenda, nunca “cerró”: los tabernas y salones de baile permanecieron abiertos y contra los relatos habituales, el jazz nunca desapareció en Storyville o Nueva Orleans y por tanto nunca se alejó río arriba. Para una visión revisionista del impacto del cierre de Storyville en la historia del jazz, ver Tom Bethell, *George Lewis: A Jazzman from New Orleans* (Berkeley: University of California Press, 1977), pp. 6-7 y Al Rose, *Storyville, New Orleans* (Montgomery, Ala.: University of Alabama Press, 1974). También sobre el posterior Storyville, ver Boyer, *Urban Masses*, p. 218.

³⁷Ver Hamowy, "Crimination of Sin", p. 226 n. La cita de Clemenceau está en Fosdick, *Chronicle*, p. 171. El leal biógrafo de Newton Baker declaraba que Clemenceau, en su respuesta, demostraba “sus tendencias animales como ‘tigre de Francia’”. Cramer, *Newton Baker*, p. 101.

por un entorno vicioso y desmoralizante, ni podemos dejar de hacer nada que los proteja de las poco sanas influencia y formas crudas de tentación”. Sin embargo, el Comité Femenino encontraba que en la gran tarea de salvaguardar la salud y la moralidad de nuestros jóvenes, su mayor problema resultaba ser proteger la moral de sus chicas jóvenes movilizadas. Pues desgraciadamente, “donde están acampados los soldados, resulta grande el problema de impedir que las jóvenes se vean engañadas por el atractivo y el romance de la guerra y los seductores uniformes”. Tal vez por suerte, el comité de Maryland propuso el establecimiento de una “Liga Patriótica de Honor que inspirará a las jóvenes a adoptar los patrones más elevados de femineidad y lealtad a su país”.³⁸

Ningún grupo estaba más encantado con los logros de Fosdick y su Comisión de Actividades en Campamentos de Instrucción que la floreciente profesión de los trabajadores sociales. Rodeados de auxiliares seleccionados de la Playground and Recreation Association y la Russell Sage Foundation, Fosdick y los demás “trataban en la práctica de crear una casa de acogida masiva alrededor de cada campamento. Ningún ejército había visto nunca nada parecido antes, pero era una consecuencia del movimiento de organización de recreo y comunidad y una victoria para quienes habían estado reclamando un uso creativo del tiempo de ocio”.³⁹ La profesión de los trabajadores sociales calificó al programa como un enorme éxito. La influyente revista *Survey* resumía el resultado como “la más estupenda pieza de trabajo social en tiempos modernos”.⁴⁰

³⁸Clarke, *American Women*, pp. 90, 87, 93. En algunos casos, las mujeres organizadas tomaron la iniciativa para ayudar a eliminar el vicio y el alcohol del su comunidad. Así en Texas en 1917, el Comité Femenino Anti-Vicio de Texas lideró la creación de una “Zona Blanca” alrededor de las bases militares. En otoño, el comité se extendió a la Asociación de Higiene Social de Texas para coordinar la obra de erradicar la prostitución y las tabernas. San Antonio resultó ser su mayor problema. Lewis L. Gould, *Progressives and Prohibitionists: Texas Democrats in the Wilson Era* (Austin: University of Texas Press, 1973), p. 227.

³⁹Davis, *Spearheads for Reform*, p. 225.

⁴⁰Fosdick, *Chronicle*, p. 144. Después de la guerra, Raymond Fosdick tuvo fama y fortuna, primero como Subsecretario General de la Liga de Naciones y luego el resto de su vida como miembro del pequeño círculo cercano a John D.

Los trabajadores sociales también estaban exultantes acerca de la ley seca. En 1917, se animaba a la Conferencia Nacional de Caridades y Correcciones (que cambió su nombre por ese tiempo a Conferencia Nacional de Trabajo Social) a eliminar cualquier postura libre de valores que pudiera tener y ponerse claramente a favor de la ley seca. Al volver de Rusia en 1917, Edward T. Devine, de la Sociedad de Organización de Caridad de Nueva York exclamaba que “la revolución social que siguió a la prohibición del vodka fue más profundamente importante que la revolución política que abolió la autocracia”. Y Robert A. Woods, de Boston, el Gran Anciano del movimiento de las casas de acogida y veterano defensor de la ley seca, predijo en 1919 que la Decimoctava Enmienda, “uno de los acontecimiento más grandes y mejores de la historia”, reduciría la pobreza, eliminaría la prostitución y el delito y liberaría “enormes potencialidades humanas suprimidas”.⁴¹

Woods, presidente de la Conferencia Nacional del Trabajo Social durante 1917-18, llevaba mucho tiempo denunciando el alcohol como “un mal abominable”. Pietista postmilenarista, creía en el “estadismo cristiano”, que, con una “propaganda de los hechos”, cristianizaría el orden social en una vía corporativa comunal para la glorificación de Dios. Como muchos pietistas, a Woods no le preocupaban credos o dogmas, salvo para hacer avanzar a la cristiandad de una forma comunal; aunque era un activo episcopaliano, su “parroquia” era la comunidad en su conjun-

Rockefeller, Jr. Bajo esta condición, Fosdick llegó a convertirse en jefe de la Fundación Rockefeller y en biógrafo oficial de Rockefeller. Entretanto, el hermano de Fosdick, el reverendo Harry Emerson, se convirtió en el ministro parroquial de Rockefeller, elegido por este, primero en la Iglesia Presbiteriana de Park Avenue y luego en la nueva interdenominacional Iglesia de Riverside, construida con fondos de Rockefeller. Harry Emerson Fosdick fue el principal auxiliar de Rockefeller en batallar, dentro de la iglesia protestante, a favor del protestantismo “postmilenarista, estatista y “liberal” y contra la marea creciente del cristianismo premilenarista, conocido como “fundamentalista” desde los años anteriores a la Primera Guerra Mundial. Ver Collier y Horowitz, *The Rockefellers*, pp. 140-142, 151-153.

⁴¹Davis, *Spearheads for Reform*, p. 226; Timberlake, *Prohibition*, p. 66; Boyer, *Urban Masses*, p. 156.

to. En su trabajo de acogida, Woods había estado desde hacía mucho a favor de aislar y castigar al borracho y al vagabundo. Los “borrachos inveterados” iban a recibir crecientes niveles de “castigo”, con periodos cada vez mayores de cárcel. El “mal del vagabundeo” iba a eliminarse rodeando y encarcelando a los vagos, que se recluían en talleres de vagabundos y obligados a realizar trabajos forzados.

Para Woods, la guerra mundial era un acontecimiento crucial. Había avanzado el proceso de “americanización”, un “gran proceso humanizador mediante el cual todas las lealtades, todas las creencias deben aunarse en un orden mejor”.⁴² La guerra había desatado maravillosamente las energías del pueblo estadounidense. Sin embargo ahora era importante mantener el impulso de la guerra en el mundo postbélico. Alabando la sociedad colectivista de guerra durante la primavera de 1918, Robert Woods hacía la pregunta crucial: “¿Por qué no debería ser siempre así? ¿Por qué no continuar en los años de paz, este organismo cercano, enorme y sano de servicio, de camaradería, de poder creativo constructivo?”⁴³

V. Los Colectivistas de «New Republic»

La revista *New Republic*, fundada en 1914 como órgano intelectual principal del progresismo, era la viva encarnación de la floreciente alianza entre los intereses de las grandes empresas, en particular la casa Morgan y la creciente legión de intelectuales colectivistas. El fundador y director de *New Republic* fue Willard W. Straight, socio de J.P. Morgan & Co., y su financiero fue la esposa de Straight, la heredera Dorothy Whitney. El editor principal del influyente nuevo semanario era el colectivista y teórico veterano del nuevo nacionalismo de Teddy Roosevelt, Herbert

⁴²Eleanor H. Woods, *Robert A. Woods; Champion of Democracy* (Boston: Houghton Mifflin, 1929), p. 316. Ver también ibíd., pp. 201-202, 250 y ss., 268 y ss.

⁴³Davis, *Spearheads for Reform*, p. 227.

David Croly. Los dos coeditores de Croly eran Walter Edward Weyl, otro teórico del nuevo nacionalismo, y el joven y ambicioso antiguo oficial de la Sociedad Socialista Intercolegial, el futuro experto Walter Lippmann. Cuando Woodrow Wilson empezó a llevar a Estados Unidos a la Primera Guerra Mundial, la *New Republic*, aunque originalmente rooseveltiana, se convirtió en entusiasta defensora de la guerra y en virtual portavoz del esfuerzo de guerra de Wilson, la economía colectivistas de tiempo de guerra y la nueva sociedad moldeada por la guerra.

En los altos niveles de raciocinio, indiscutiblemente el principal intelectual progresista, antes, durante y después de la Primera Guerra Mundial, fue el defensor del pragmatismo, el profesor John Dewey, de la Universidad de Columbia. Dewey escribía frecuentemente para la *New Republic* en este periodo y fue claramente su principal teórico. Yanqui nacido en 1859, Dewey era, como decía Mencken, “del indestructible linaje de Vermont y un hombre de la máximo sobriedad soportable”. John Dewey era hijo de un tendero de un pequeño pueblo de Vermont.⁴⁴ Aunque fue un pragmático y un humanista secular durante la mayor parte de su vida, no es muy conocido que Dewey, en los años anteriores a 1900, fue un pietista postmilenarista, buscando el desarrollo gradual de un orden social cristianizado y del Reino de Dios en la tierra mediante la expansión de la ciencia, la comunidad y el Estado. Durante la década de 1890, Dewey, como profesor de filosofía en la Universidad de Michigan, expuso su visión del pietismo postmilenarista en una serie de clases ante la Asociación Cristiana de Estudiantes. Dewey argumentaba que el crecimiento de la ciencia moderna hacía entonces posible que el hombre estableciera la idea bíblica del Reino de Dios en la tierra. Una vez los humanos se vieran libres de las restricciones del cristianismo ortodoxo, un Reino de Dios verdaderamente religioso podría conseguirse en “la Vida encarnada común, el propósito que anime a todos los hombres y aunarlos en un todo armonioso de simpatía”.⁴⁵

⁴⁴H.L. Mencken, "Professor Veblen", en *A Mencken Chrestomathy* (Nueva York: Alfred A. Knopf, 1949), p. 267.

⁴⁵Citado en un importante artículo de Jean B. Quandt, "Religion and Social Thought: The Secularization of Postmillennialism", *American Quarterly* 25

Así que la religión actuaría junto a la ciencia y la democracia, todo lo cual echaría abajo las barreras entre hombres y establecería el Reino. Después de 1900, le fue fácil a John Dewey, junto con la mayoría de los demás intelectuales postmilenaristas de la época, a trasladarse gradual pero decisivamente del estatismo cristiano progresista postmilenarista a estatismo secular progresista. El camino, la expansión del estatismo y el “control social” y la planificación, seguían igual. Y aunque el credo cristiano desaparecía del paisaje, los intelectuales y activistas continuaron poseyendo el mismo celo evangélico para la salvación del mundo que sus padres y ellos mismos habían poseído una vez. El mundo se salvaría y debía salvarse aún mediante el progresismo y el estatismo.⁴⁶

Un pacifista en medio de la paz, John Dewey se preparó para liderar el desfile para la guerra mientras Estados Unidos se acercaba a la intervención armada en la contienda europea. Primero, el enero de 1916 en la *New Republic*, Dewey atacaba a la abierta condena de la guerra “de los profesionales pacifistas” como una “fantasía sentimental”, una confusión de medios y fines. La fuerza, declaraba era sencillamente “un medio de conseguir resultados” y por tanto no puede ser alabada o condenada por sí misma. Luego, en abril, Dewey firmo un manifiesto pro-aliados, no solo deseando una victoria aliada, sino asimismo proclamando que los aliados estaban “luchando por conservar las libertades del mundo y los altos ideales de la civilización. Y aunque Dewey apoyaba la entrada de EEUU en la guerra para poder derrotar a Alemania, “un trabajo duro, pero que ha de hacerse”, estaba mucho más interesado en los maravillosos cambios que la guerra traería sin duda en la política interior estadounidense. En particular, la guerra

(Octubre de 1973): 404. Ver también John Blewett, S.J., "Democracy as Religion: Unity in Human Relations", en Blewett, ed., *John Dewey: His Thought and Influence* (Nueva York: Fordham University Press, 1960), pp. 33-58 y *John Dewey: The Early Works, 1882-1899*, eds., J. Boydston et al., (Carbondale: Southern Illinois University Press, 1969-71), vols. 2 y 3.

⁴⁶Sobre la secularización general del pietismo postmilenarista después de 1900, ver Quandt, "Religion and Social Thought", pp. 390-409 y James H. Moorhead, "The Erosion of Postmillennialism in American Religious Thought, 1865-1925", *Church History* 53 (Marzo de 1984): 61-77.

ofrecía una oportunidad de oro para conseguir un control social colectivista en interés de la justicia social. Como decía una historiadora:

Como la guerra reclamaba un compromiso supremo con el interés nacional y necesitaba un grado de planificación pública y regulación económica sin precedentes debido a ese interés, Dewey veía la perspectiva de una socialización permanente, un reemplazo permanente del interés privado y posesivo por el interés público y social, tanto dentro como entre las naciones.⁴⁷

En una entrevista en el *New York World* unos pocos meses después de la entrada de EEUU en la guerra, Dewey decía exultante que “esta guerra es posible que se el principio del fin de las empresas”. Pues por las necesidades de la guerra “estamos empezando a producir para usar, no para vender y el capitalista no es un capitalista [ante] la guerra”. Las condiciones capitalistas de producción y venta están ahora bajo control público y “no hay razón para creer que se recupere nunca el viejo principio (...) La propiedad privada ya ha perdido su santidad (...) la democracia industrial está en camino”.⁴⁸

En resumen, la inteligencia se usaba por fin para ocuparse de problemas sociales y esta práctica está destruyendo el viejo orden y creando un nuevo orden social de “control democrático in-

⁴⁷Carol S. Gruber, *Mars and Minerva: World War I and the Uses of the Higher Learning in America* (Baton Rouge: Louisiana State University Press, 1975), p. 92.

⁴⁸Citado en Gruber, *Mars and Minerva*, pp. 92-39. Ver también William E. Leuchtenburg, "The New Deal and the Analogue of War", en J. Braeman, R. Bremner y E. Walters, eds., *Change and Continuity in Twentieth-Century America* (Nueva York: Harper & Row, 1966), p. 89. Por razones similares, Thorstein Veblen, profeta de la supuesta dicotomía de la producción para el lucro frente a la producción para el uso, defendía la guerra y empezaba a inclinarse abiertamente por el socialismo en un artículo en *New Republic* en 1918, posteriormente reimpresso en su *The Vested Interests and the State of the Industrial Arts* (1919). Ver Charles Hirschfeld, "Nationalist Progressivism and World War I", *Mid-America* 45 (Julio de 1963), p. 150. Ver también David Riesman, *Thorstein Veblen: A Critical Interpretation* (Nueva York: Charles Scribner's Sons, 1960), pp. 30-31.

tegrado”. La mano de obra está adquiriendo más poder, la ciencia por fin se moviliza socialmente y los controles públicos masivos están socializando la industria. Esta evolución, proclamaba Dewey, era precisamente por lo que estábamos luchando.⁴⁹

Además, John Dewey veía grandes posibilidades abiertas por la guerra para la llegada del colectivismo mundial. Para Dewey, la entrada de Estados Unidos en la guerra creaba una “conexión plástica” en el mundo, un mundo marcado por una “organización mundial y los inicios de un control público que cruza fronteras e intereses nacionales” y que también “prohibiría la guerra”.⁵⁰

Los editores de *New Republic* adoptaron una postura similar a la de Dewey, excepto en que llegaron incluso antes a ella. En su editorial en el primer número de la revista en noviembre de 1914, Herbert Croly profetizaba jovialmente que la guerra estimularía el espíritu del nacionalismo estadounidense y por tanto lo acercaría a la democracia. Al principio reticente acerca de las economías colectivistas de guerra en Europa, la *New Republic* pronto empezó a alabarlas y a pedir que Estados Unidos siguiera el ejemplo de las naciones europeas en guerra y socializara su economía y expandiera los poderes del Estado.

Mientras Estados Unidos se preparaba para entrar en guerra, *New Republic*, examinando el colectivismo bélico en Europa, se regocijaba en que “en su lado administrativo, el socialismo ha conseguido una victoria soberbia y convincente”. Es verdad que el colectivismo bélico europeo era un poco adusto y autocrático, pero no temamos, Estados Unidos podía usar los mismos medios para objetivos “democráticos”.

Los intelectuales de la *New Republic* también estaban encantados con el “espíritu bélico” en Estados Unidos, pues ese espíritu significaba “la sustitución por las fuerzas nacionales y sociales y orgánicas de las fuerzas privadas más o menos mecánicas que operan en la paz”. Los propósitos de la guerra y de la reforma

⁴⁹Hirschfeld, "Nationalist Progressivism", p. 150.

⁵⁰Gruber, *Mars and Minerva*, p. 92.

social podían ser un poco diferentes, pero, después de todo, “ambos son propósitos y por suerte para la humanidad, una organización social que sea eficaz es tan útil para una como para la otra”.⁵¹ Menuda suerte.

Mientras Estados Unidos se preparaba para entrar en la guerra, la *New Republic* buscaba ansiosamente la inminente colectivización, segura de que traería “inmensas ganancias en eficiencia y felicidad nacional”. Después de que se declarara la guerra, la revista reclamaba que la guerra se usara como “una herramienta agresiva de democracia”.

“¿Por qué no debería servir la guerra”, se preguntaba la revista, “como pretexto a utilizar para imponer innovaciones en el país?” De esta manera, los intelectuales progresistas podían liderar el camino hacia la abolición de “los males típicos del creciente capitalismo competitivo e inculto”.

Convencido de que Estados Unidos alcanzaría el socialismo mediante la guerra, Walter Lippmann, en un discurso público poco después de la entrada estadounidense, proclamaba su visión apocalíptica del futuro:

Los que hemos ido a la guerra para garantizar la democracia en el mundo hemos expresado una aspiración aquí que no acabará con la eliminación de la autocracia prusiana. Nos dirigiremos con nuevos intereses contra nuestras propias tiranías: contra nuestras minas de Colorado, nuestras autocráticas industrias del acero, talleres y barrios degradados. Hay una fuerza desatada en Estados Unidos. Sabremos cómo usarla.⁵²

⁵¹Hirschfeld, "Nationalist Progressivism", p. 142. Resulta curioso que para los intelectuales de *New Republic*, los individuos privados realmente existentes son desdeñados como “mecánicos”, mientras que entidades inexistentes como las fuerzas “nacionales y sociales” eran alabadas como “orgánicas”.

⁵²Citado en Hirschfeld, "Nationalist Progressivism", p. 147. Una minoría de socialistas a favor de la guerra se separó del Partido Socialista antibelicista para formar la Liga Social Democrática y unirse a un frente pro-bélico organizado y financiado por la administración Wilson, la American Alliance for Labor and Democracy. Los socialistas pro-bélicos daban la bienvenida a la guerra por proporcionar “un brillante progreso en el colectivismo” y opinaban que después

De hecho, Walter Lippmann había sido el principal halcón entre los intelectuales de la *New Republic*. Había empujado a Croly a respaldar a Wilson y apoyar la intervención y luego había colaborado con el coronel House para empujar a Wilson a entrar en guerra. Pronto Lippmann, un entusiasta del reclutamiento obligatorio, tuvo que afrontar el hecho de que él mismo, con solo 27 años y buena salud, estaba a punto de poder ser reclutado. Sin embargo, de alguna manera, Lippmann no consiguió unificar teoría y praxis.

El joven Felix Frankfurter, profesor progresista de derecho en Harvard y cercano al personal editorial de *New Republic*, acababa de ser seleccionado como ayudante especial del Secretario de Guerra, Baker. Lippmann sentía de alguna manera que sus propios servicios inestimables podría usarse mejor planificando el mundo postbélico que batallando en las trincheras. Así que escribió a Frankfurter pidiendo un trabajo en la oficina de Baker. “Lo que quiero hacer”, solicitaba, “es dedicar todo mi tiempo a estudiar y especular sobre las aproximaciones a la paz y la reacción desde la paz. ¿Crees que puedes conseguirme una dispensa con esta presuntuosa base?” Luego se apresuraba a reafirmar a Frankfurter que no había nada “personal” en esta solicitud. Después de todo, explicaba “las cosas que hay que pensar son tan grandes que no debe haber ningún elemento personal mezclado en esto”. Una vez Frankfurter abrió el camino, Lippmann escribió al secretario Baker. Aseguró a Baker que solo estaba pidiendo un trabajo y una dispensa del reclutamiento por súplicas de otros y por rígida su-

de la guerra, el socialismo de estado existente evolucionaría hacia el “colectivismo democrático”. Los socialistas pro-bélicos incluían a John Spargo, Algie Simons, W.J. Ghent, Robert R. LaMonte, Charles Edward Russell, J.G. Phelps Stokes, Upton Sinclair y William English Walling. Walling sucumbió tanto a la fiebre bélica que denunció al Partido Socialista como una herramienta consciente del Káiser y defendía la supresión de la libertad de expresión para pacifistas y socialistas anti-bélicos. Ver Hirschfeld, "Nationalist Progressivism", p. 143. Sobre Walling, ver James Gilbert, *Designing the Industrial State: The Intellectual Pursuit of Collectivism in America, 1880-1940* (Chicago: Quadrangle Books, 1972), pp. 232-233. Sobre la American Alliance for Labor and Democracy y su papel en el esfuerzo de guerra, see Ronald Radosh, *American Labor and United States Foreign Policy* (Nueva York: Random House, 1969), pp. 58-71.

misión al interés nacional. Como decía Lippmann en una notable demostración de palabrería:

He consultado a toda la gente cuyo consejo aprecio y me piden que solicite la dispensa. Bien puedes entender que no es algo agradable de hacer y aun así, después de buscar en mi alma tan ingenuamente como sé, estoy convencido de que puedo servir mucho más eficazmente que como recluta en los nuevos ejércitos.

Sin duda.

Como guinda, Lippmann añadía una importante pizca de “desinformación”. Pues, como escribió lastimeramente a Baker, el hecho es “que mi padre está muriendo y mi madre está absolutamente sola en el mundo. No conoce el estado de mi padre y no puedo decírselo a nadie por miedo a que se sepa”.

Aparentemente nadie más “sabía” tampoco la situación de su padre, incluyendo a su padre y a la profesión médica, pues el anciano Lippmann se las arregló para sobrevivir los siguientes diez años.⁵³

Una vez asegurada su dispensa del reclutamiento, Walter Lippmann salió volando muy excitado a Washington, para ayudar a dirigir la guerra y, pocos meses después, a ayudar a dirigir el cónclave secreto del coronel House con historiadores y sociólogos establecido para planear la forma del futuro tratado de paz y el mundo de posguerra. Que otros lucharan y murieran en las trincheras; Walter Lippmann tenía la satisfacción de saber que su talento, al menos, se usaba para su mejor uso por el recién emergente Estado colectivista.

A medida que avanzaba la guerra, Croly y los demás editores, habiendo perdido a Lippmann para el gran mundo futuro, alababan toda nueva evolución de la economía de guerra masiva-

⁵³De hecho, Jacob Lippmann iba a contraer cáncer en 1925 y morir dos años después. Además, Lippmann, antes y después de la muerte de Jacob, se mostró completamente indiferente respecto de su padre. Ronald Steel, *Walter Lippman and the American Century* (Nueva York: Random House, 1981), p. 5, pp. 116-117. Sobre el entusiasmo de Walter Lippmann por el reclutamiento, al menos para otros, ver Beaver, *Newton Baker*, pp. 26-27.

mente controlada. La nacionalización de ferrocarriles y navegación, el sistema de prioridades y asignación, el dominio total de todas las partes del sector alimentario lograda por Herbert Hoover y al Administración Alimentaria, la política a favor de los sindicatos, los altos impuestos y el reclutamiento obligatorio fueron todos alabados por la *New Republic* como una expansión del poder de la democracia para planificar para el bien general. Al dar paso el armisticio al mundo de posguerra, la *New Republic* miraba atrás a lo que había hecho en la guerra y lo encontró bueno: “Revolucionamos nuestra sociedad”. Todo lo que quedaba era organizar una nueva convención constitucional para completar el trabajo de reconstruir Estados Unidos.⁵⁴

Pero la revolución no se había terminado completamente. A pesar de las objeciones de Bernard Baruch y otros planificadores de tiempo de guerra, el gobierno decidió no hacer permanente la mayoría de la maquinaria colectivista bélica. A partir de entonces, la mayor ambición de Baruch y los demás fue hacer del sistema de la Primera Guerra Mundial una institución permanente en la vida estadounidense. El epitafio más agudo de la política de la Primera Guerra Mundial lo realizó Rexford Guy Tugwell, el más abiertamente colectivista del grupo de cerebros del New Deal de Franklin Roosevelt. Recordando el “socialismo de guerra de Estados Unidos” en 1927, Tugwell lamentaba que si la guerra hubiera durado más, el gran “experimento” podía haberse completado: “Estuvimos a punto de tener una máquina industrial internacional cuando estalló la paz”, se lamentaba Tugwell. “Solo el armisticio

⁵⁴Hirschfeld, "Nationalist Progressivism", pp. 148-150. Sobre la *New Republic* y la Guerra, y particularmente sobre John Dewey, ver también Christopher Lasch, *The New Radicalism in America, 1889-1963: The Intellectual as a Social Type* (Nueva York: Vintage Books, 1965), pp. 181-224, especialmente pp. 202-204. Sobre los tres editores de *New Republic*, ver Charles Forcey, *The Crossroads of Liberalism: Croly, Weyl, Lippmann and the Progressive Era, 1900-1925* (Nueva York: Oxford University Press, 1961). Ver también David W. Noble, "The New Republic and the Idea of Progress, 1914-1920", *Mississippi Valley Historical Review*, 38 (Diciembre de 1951): 387-402. En un libro titulado *The End of the War* (1918), el editor de la *New Republic*, Walter Weyl aseguraba a sus lectores que “la nueva solidaridad económica, una vez conseguida, no puede desaparecer nunca”. Citado en Leuchtenburg, "New Deal", p. 90.

impidió un gran experimento en el control de la producción, el control de los precios y el control del consumo”.⁵⁵ Tugwell no tenía de qué preocuparse: pronto habría otras emergencias, otras guerras.

Al acabar la guerra, Lippmann iba a convertirse en el principal experto periodístico de Estados Unidos. Croly, tras romper con la Administración Wilson sobre la dureza del Tratado de Versalles, fue destituido al descubrir que la *New Republic* ya no era portavoz de algún gran líder político. Al final de la década de 1920 iba a descubrir un líder colectivista nacional ejemplar en el extranjero en Benito Mussolini.⁵⁶ El que Croly acabara sus días como admirador de Mussolini no es ninguna sorpresa cuando sabemos que desde su infancia se había empapado de doctrinas autoritarias socialistas del positivismo de Auguste Comte por parte de un padre sobreprotector. Estas opiniones iban a marcar a Croly a lo largo de su vida. Así, el padre de Herbert, David, fundador del positivismo en Estados Unidos, defendió el establecimiento de enormes poderes del gobierno sobre la vida de todos. David Croly defendía en crecimiento de trusts y monopolios como medios tanto para ese fin como para eliminar los males de la competencia

⁵⁵Rexford Guy Tugwell, "America's War-Time Socialism" *The Nation* (1927), pp. 364-365. Citado en Leuchtenburg, "The New Deal", pp. 90-91.

⁵⁶En enero de 1927, Croly escribía un editorial en la *New Republic*, "An Apology for Fascism", apoyando un artículo que lo acompañaba, "Fascism for the Italians", escrito por el distinguido filósofo Horace M. Kallen, un discípulo de John Dewey y exponente del pragmatismo progresista. Kallen alababa a Mussolini por su postura pragmática y en particular por el *élan vital* que Mussolini había infundido en la vida italiana. Es verdad, concedía el profesor Kallen, que el fascismo es coercitivo, pero sin duda esto es algo temporal. Advirtiendo el excelente desempeño del fascismo en economía, educación y reformas administrativas, Kallen añadía que "a este respecto, la revolución fascista no se parece a la revolución comunista. Ambas son la aplicación por la fuerza (...) de una ideología a una condición. Cada una debería tener la oportunidad más libre una vez empezada". El editorial de la *New Republic* que lo acompañaba apoyaba la tesis de Kallen y añadía que "las críticas extranjeras deberían cuidarse de prohibir un experimento político que apareció en toda una nación y aumentó la energía moral y dignificó sus actividades al subordinarlas a un propósito común profundamente sentido". *New Republic* 49 (12 de enero de 1927), pp. 207-213. Citado en John Patrick Diggins, "Mussolini's Italy: The View from America", tesis doctoral, University of Southern California, 1964, pp. 214-217.

individual y el “egoísmo”. Como su hijo, David Croly fue contra el “miedo al gobierno” jeffersoniano en Estados Unidos y veía a Hamilton como un ejemplo para contrarrestar esa tendencia.⁵⁷

¿Y qué pasó con el profesor Dewey, el decano de los intelectuales pacifistas convertido en tambores de guerra? En un periodo poco conocido de su vida, John Dewey dedicó los años inmediatos de la posguerra, 1919.21, a enseñar en la Universidad de Pekín y viajar a Extremo Oriente. China estaba entonces en un periodo turbulento sobre las cláusulas del Tratado de Versalles que transferían los derechos de dominio en Shantung de Alemania a Japón. Se había prometido esta recompensa al Japón por parte de británicos y franceses en tratados secretos a cambio de entrar en guerra contra Alemania.

La Administración Wilson estaba dividida en dos bandos. Por un lado estaban los que querían atenerse a la decisión de los aliados y que pensaban usar a Japón como maza contra la Rusia bolchevique en Asia. En el otro estaban quienes ya habían empezado a hacer sonar las alarmas acerca de la amenaza japonesa que estaban comprometidos con China, a menudo debido a conexiones con los misioneros protestantes estadounidenses que querían defender y expandir sus poderes extraterritoriales de gobierno en China. La Administración Wilson, que había adoptado originalmente una postura pro-china, cambió en la primavera de 1919 y apoyó las disposiciones de Versalles.

En esta situación compleja, John Dewey saltó, ni viendo ninguna complejidad y por supuesto considerando impensable que ni él ni Estados Unidos se quedaran fuera toda la refriega. Dewey saltó en apoyo total de las postura nacionalista china, ala-

⁵⁷Nacido en Irlanda, David Croly se convirtió en un importante periodista en la ciudad de Nueva York y llegó a ser editor del *New York World*. Croly organizó el primer Círculo Positivista en Estados Unidos y financió una gira de discursos en Estados Unidos al comteano Henry Edgar. El Círculo Positivista se reunía en casa de Croly y en 1871, David Croly escribió *A Positivist Primer*. Cuando nació Herbert en 1869, fue consagrado por su padre a la Diosa de la Humanidad, el símbolo de la Religión de la Humanidad de Comte. Ver la ilustradora biografía reciente de Herbert por David W. Levy, *Herbert Croly of the New Republic* (Princeton: Princeton University Press; 1985).

bando al movimiento de la Joven China e incluso apoyando a la pro-misionera YMCA en China como “trabajadores sociales”. Dewey tronaba que aunque “no espero ser un chauvinista”, debería culparse a Japón y que Japón era la gran amenaza en Asia. Así que apenas Dewey había dejado de ser un defensor de una terrible guerra mundial, empezaba a abrir el camino hacia una aún mayor.⁵⁸

VI. La economía al servicio del estado: El Empirismo de Richard T. Ely

La Primera Guerra Mundial fue la apoteosis de la creciente idea de los intelectuales como servidores del Estado y participantes menores en el gobierno del Estado. En la nueva fusión de intelectuales y Estado, cada uno fue ayudante poderoso del otro. Los intelectuales podían servir al Estado alabando sus hechos y proporcionando justificación para los mismos. También hacían falta intelectuales para ocupar cargos importantes como planificadores y controladores de la sociedad y la economía. El Estado podía asimismo servir a los intelectuales restringiendo su entrada en las diversas ocupaciones y profesiones y aumentando así su renta y prestigio. Durante la Primera Guerra Mundial, los historiadores fueron particularmente importantes para proporcionar al gobierno propaganda de guerra, convenciendo a la gente de la maldad propia de los alemanes a lo largo de la historia y de los satánicos planes del Káiser. Los economistas, particularmente los economistas y estadísticos empíricos, fueron de gran importancia en la planificación y control de la economía de la nación en tiempo de guerra. Los historiadores que desempeñaron papeles importantes en la propaganda bélica han sido estudiados con bastante extensión; los economistas y estadísticos, desempeñando un papel menos obvio

⁵⁸Ver Jerry Israel, *Progressivism and the Open Door: America and China, 1905-1921* (Pittsburgh: University of Pittsburgh Press, 1971).

y supuestamente “libre de valores”, han recibido mucha menos atención.⁵⁹

Aunque es una generalización obsoleta decir que los economistas del siglo XIX eran defensores incondicionales del *laissez faire*, sigue siendo cierto que la teoría económica deductiva resultó ser un poderoso baluarte contra la intervención pública. Pues básicamente la teoría económica mostraba la armonía y el orden propios del libre mercado, así como las contraproducentes distorsiones y trabas económicas impuestas por la intervención del estado. Para que el estatismo dominara la profesión económica, era por tanto importante desacreditar la teoría deductiva. Una de las formas más importantes de hacerlo era avanzar la idea de que, para ser “genuinamente científica”, la economía tenía que rehuir la generalización y las leyes deductivas y dedicarse sencillamente a la investigación empírica de los hechos de la historia y las instituciones históricas, esperando que de alguna manera acabaran apareciendo leyes de estas investigaciones detalladas.

Así, la escuela histórica alemana, que consiguió el control de la disciplina económica en Alemania, proclamaba ferozmente no solo su devoción por el estatismo, sino asimismo su oposición a las leyes deductivas “abstractas” de la economía política. Fue el primer grupo importante dentro de la profesión económica en defender lo que posteriormente llamaría Ludwig von Mises la “anti-economía”. Gustav Schmoller, el líder de la escuela histórica, declaraba orgullosamente que su tarea principal y la de sus colegas en la Universidad de Berlín era formar a “los guardaespaldas intelectuales de la Dinastía Hohenzollern”.

⁵⁹Para un retrato refrescantemente ácido de las acciones de los historiadores en la Primera Guerra Mundial, ver C. Hartley Grattan, "The Historians Cut Loose", *American Mercury*, Agosto de 1927, reimpresso en Haw Elmer Barnes, *In Quest of Truth and Justice*, 2ª ed. (Colorado Springs: Ralph Myles Publisher, 1972), pp. 142-164. Un relato más extensor es George T. Blakey, *Historians on the Homefront: American Propagandists for the Great War* (Lexington: University Press of Kentucky, 1970). Gruber, *Mars and Minerva*, se ocupa de la universidad y la sociología, pero se concentra en los historiadores. James R. Mock y Cedric Larson, *Words that Won the War* (Princeton University Press, 1939), presenta la historia del “Comité Creel”, el Comité de Información Pública, el ministerio de propaganda oficial durante la guerra.

Durante las décadas de 1880 y 1890, los jóvenes graduados brillantes en historia y ciencias sociales iban a Alemania, el hogar del doctorado, para conseguir los suyos. Casi todos volvieron a Estados Unidos a enseñar en universidades y las recién creadas escuelas de grado, imbuidos con la excitación de las “nuevas” economía y ciencia política. Era una “nueva” ciencia social que alababa el desarrollo alemán y bismarckiano de un poderoso Estado de bienestar y guerra, un Estado aparentemente por encima de todas las clases sociales, que reunía a la nación en todo integrado y supuestamente armónico. La nueva sociedad y política iba a estar dirigida por un gobierno central poderoso, cartelizando, dictando, resolviendo y controlando, eliminado así el capitalismo competitivo del *laissez faire* por un lado y la amenaza del socialismo proletario por otro. A la cabeza o cerca de ella de la nueva distribución iba a estar la nueva raza de intelectuales, tecnócratas y planificadores, dirigiendo, ocupando cargo, haciendo propaganda y promoviendo “sin egoísmo” el bien común mientras gobernaban y se enseñoreaban del resto de la sociedad. En resumen, haciéndolo bien al hacer el bien. Para la nueva raza de intelectuales progresistas y estatistas en Estados Unidos, esto era realmente una visión embriagadora.

Richard T. Ely, prácticamente el fundador de esta nueva raza, fue el principal economista progresista y también el maestro de la mayoría de los demás. Como ardiente pietista postmilenarista, Ely estaba convencido de que estaba sirviendo también a Dios y a Cristo. Como muchos pietistas, Ely había nacido (en 1854) en una rama sólida yanqui y puritana antigua, en medio de fanático Burned-Over District del oeste del estado de Nueva York. El padre de Ely, Ezra, era un sabatario extremo, impidiendo a su familia jugar o leer libros el domingo y un prohibicionista tan fanático que, incluso siendo un granjero empobrecido y marginal, rechazaba cultivar cebada, un cultivo muy apropiado para sus tierras, porque podría utilizarse para hacer ese monstruosamente pecaminoso producto, la cerveza.⁶⁰ Graduado en el Columbia College en

⁶⁰Ver la útil biografía de Ely, Benjamin G. Rader, *The Academic Mind and Reform: The Influence of Richard T. Ely in American Life* (Lexington: University Press of Kentucky, 1966).

1876, Ely fue a Alemania y recibió su doctorado en Heidelberg en 1879. En varias décadas enseñando en Johns Hopkins y luego en Wisconsin, el enérgico y creador de imperios Ely se convirtió en enormemente influyente en el pensamiento y la política estadounidenses. En Johns Hopkins creó una galería de alumnos y discípulos estadistas influyentes en todos los campos de las ciencias sociales, así como en economía. Estos discípulos estaban encabezados por el economista institucionalista pro-sindicatos, John R. Commons, e incluían a los sociólogos del control social, Edward Alsworth Ross y Albion W. Small; John H. Finlay, Presidente del City College de Nueva York; el Dr. Albert Shaw, editor de la *Review of Reviews* e influyente consejero y teórico de Theodore Roosevelt; el reformista municipal Frederick C. Howe y los historiadores Frederick Jackson Turner y J. Franklin Jameson. Newton D. Baker fue formado por Ely en Hopkins y Woodrow Wilson fue asimismo alumno suyo allí, aunque no hay evidencia directa de influencia intelectual.

A mediados de la década de 1880, Richard Ely fundó la American Economic Association en un intento consciente de comprometer a la profesión económica con el estatismo frente a los viejos economistas del laissez faire agrupados en el Political Economy Club. Ely continuó como secretario-tesorero de la AEA durante siete años, hasta que sus aliados reformistas decidieron debilitar el compromiso de la asociación con el estatismo para inducir a los economistas del laissez faire a unirse a la organización. En ese momento, Ely, encolerizado, abandonó la AEA.

En Wisconsin en 1892, Ely formó una nueva Escuela de Economía, Ciencia Política e Historia, rodeándose de antiguos alumnos y dio a luz la Idea de Wisconsin, que, con la ayuda de John Commons, consiguió aprobar una serie de medidas progresistas de regulación pública en Wisconsin. Ely y los demás formaron un grupo de asesores no oficial pero poderoso para el régimen progresista del gobernador de Wisconsin, Robert M. La Follette, que empezó en la política de este estado como defensor de la ley seca. Aunque nunca fue alumno en las clases de Ely, La Follette siempre se refería a este como su maestro y el creador de la Idea de Wisconsin. Y Theodore Roosevelt declaró una vez que Ely

“me introdujo por primera vez en el radicalismo en economía y luego me hizo sensato en mi radicalismo”.⁶¹

Ely fue también uno de los más conocidos intelectuales postmilenaristas de la época. Creía fervientemente que el Estado es la herramienta escogida por Dios para reformar y cristianizar el orden social hasta que llegara Jesús y pusiera fin a la historia. El Estado, declaraba Ely, “es religiosos en su esencia” y, además, “Dios trabaja a través del Estado en llevar a cabo Sus propósitos más universalmente que a través de ninguna otra institución”. La tarea de la iglesia es guiar al Estado y utilizarlo en estas reformas necesarias.⁶²

Como activista y organizador inveterado, Ely fue importante en el movimiento Chautauqua evangélico y allí fundó la escuela de verano “Sociología Cristiana”, que infundió a la influyente operación Chautauqua los conceptos y el personal del movimiento del Evangelio Social. Ely era amigo y socio cercano de los líderes del Evangelio Social, reverendos Washington Gladden, Walter Rauschenbusch y Josiah Strong. Con Strong and Commons, Ely organizó el Instituto de Sociología Cristiana.⁶³ Ely también fundó y se convirtió en secretario de la Unión Social Cristiana de la Iglesia Episcopaliana, junto con el socialista cristiano, W.D.P. Bliss. Todas estas actividades estaban influidas por el estatismo

⁶¹Sidney Fine, *Laissez Faire and the General-Welfare State: A Study of Conflict in American Thought 1865-1901* (Ann Arbor: University of Michigan Press, 1956), pp.239-240.

⁶²Fine, *Laissez Faire*, pp. 180-181.

⁶³John Rogers Commons era un yanqui de antigua estirpe, descendiente de John Rogers, mártir puritano en Inglaterra y nacido en el área yanqui de la Reserva Occidental de Ohio y criado en Indiana. Su madre, de Vermont, era una graduada del internadero del pietismo, el Oberlin College, y envió a John a Oberlin con la esperanza de que se convirtiera en ministro. En la universidad, Commons y su madre fundaron una publicación prohibicionista a solicitud de la Liga Anti-Saloon. Después de graduarse, Commons fue a Johns Hopkins a estudiar con Ely, pero suspendió. Ver John R. Commons, *Myself* (Madison, Wisc.: University of Wisconsin Press, 1964). Ver también Joseph Dorfman, *The Economic Mind in American Civilization* (Nueva York: Viking, 1949), vol. 3. 276-277; Mary O. Furner, *Advocacy and Objectivity: A Crisis in the Professionalization of American Social Science, 1865-1905* (Lexington: University Press of Kentucky, 1975), pp. 198-204.

postmilenarista. Así que el Instituto de Sociología Cristiana pretendía presentar el “reino [de Dios] como el ideal completo de sociedad humana a conseguir en la tierra”. Además,

Ely veía el estado como la mayor fuerza redentora de la sociedad. A los ojos de Ely, el gobierno era el instrumento dado por Dios a través de que teníamos que trabajar. Su preminencia como instrumento divino se basaba en la abolición tras la Reforma de la división entre lo sagrado y lo secular y en el poder del Estado para implantar soluciones éticas a problemas públicos. La misma identificación de lo sagrado y lo secular que tuvo lugar entre el clero liberal permitía a Ely al tiempo divinizar el estado y socializar el cristianismo: pensaba en el gobierno como principal instrumento de redención de Dios.⁶⁴

Cuando llegó la guerra, Richard Ely estuvo por alguna razón (tal vez porque estaba en sus sesenta) fuera del ajetreo del trabajo bélico y la planificación económica en Washington. Se lamentaba amargamente de que “no he tenido una parte más activa de la que pude tener en esta mayor guerra de la historia del mundo”.⁶⁵ Pero Ely, compensó esta falta lo mejor que pudo: prácticamente desde el inicio de la Guerra Europea, animó al militarismo, la guerra, la “disciplina” del reclutamiento y la supresión de la disidencia y la “deslealtad” en el interior. Militarista toda su vida, Ely intentó ser voluntario en la Guerra Hispano-Estadounidense, pidió la represión de la insurrección filipina y fue particularmente partidario del reclutamiento y el trabajo forzoso para “holgazanes” durante la Primera Guerra Mundial. En 1915 Ely estaba haciendo campaña para un servicio militar obligatorio inmediato y al año siguiente se unió a la fervientemente pro-belicista y muy influida por las gran-

⁶⁴Quandt, "Religion and Social Thought", pp. 402-403. Ely no esperaba que el Reino del milenio estuviera lejos. Creía que era tarea de las universidades y las ciencias sociales “enseñar las complejidades del deber cristiano de hermandad” para llegar a la Nueva Jerusalén “que estamos todos esperando ansiosamente”. La misión de la iglesia era atacar toda institución malévola, “hasta que la tierra se convierta en una nueva tierra y todas sus ciudades en ciudades de Dios”.

⁶⁵Gruber, *Mars and Minerva*, p. 114.

des empresas Liga de la Seguridad Nacional, donde pidió la liberación de la “autocracia” para el pueblo alemán.⁶⁶

Al defender el reclutamiento, Ely era cuidadosamente capaz de combinar argumentos morales, económicos y prohibicionistas para este: “El efecto moral de sacar a los jóvenes de las esquinas de las calles y fuera de las tabernas y ejercitarlos es excelente y los efectos económicos son igualmente beneficiosos”.⁶⁷ De hecho, para Ely, el reclutamiento servía casi como una panacea para todos los males. Era tan entusiasta acerca de la experiencia de la Primera Guerra Mundial que volvió a prescribir su curalotodo favorito para aliviar la depresión de 1929. Propuso un “ejército industrial” permanente en tiempo de paz dedicado a obras públicas y compuesto por reclutas jóvenes para realizar trabajos físicos vigorosos. Este reclutamiento insuflaría en la juventud estadounidense los esenciales “ideales militares de dureza y disciplina”, una disciplina en un tiempo proporcionada en el campo pero indisponible para la mayoría del populacho que ahora crecía en las amaneradas ciudades. Este ejército reclutado, pequeño y dispuesto podría así absorber rápidamente a los desempleados durante las depresiones. Bajo el mando de “unos generales económicos”, el ejército industrial “iría al trabajo con relativa calma con todo el

⁶⁶Ver Rader, *Academic Mind*, pp. 181-191. Sobre las filiaciones a grandes empresas de líderes de la Liga de la seguridad Nacional, especialmente J.P. Morgan y otros en el ámbito de Morgan, ver C. Hartley Grattan, *Why We Fought* (Nueva York: Vanguard Press, 1929) pp. 117-118 y Robert D. Ward, "The Origin and Activities of the National Security League, 1914-1919", *Mississippi Valley Historical Review*, 47 (Junio de 1960): 51-65.

⁶⁷La Cámara de Comercio de Estados Unidos explicaba los beneficios económicos a largo plazo del reclutamiento de que para la juventud estadounidense sustituiría “con un periodo de útil disciplina a un periodo de desmoralizante libertad sin límites”. John Patrick Finnegan, *Against the Specter of Dragon: The Campaign for American Military Preparedness, 1914-1917* (Westport, Conn.: Greenwood Press, 1974), p. 110. Sobre el amplio y entusiasta apoyo dado al reclutamiento por la Cámara de Comercio, ver Chase C. Mooney y Martha E. Layman, "Some Phases of the Compulsory Military Training Movement, 1914-1920", *Mississippi Historical Review* 38 (Marzo de 1952): 640.

vigor y recursos de mente y músculo que empleamos en la Guerra Mundial”.⁶⁸

Privado de un puesto en Washington, Ely hizo de la eliminación de la “deslealtad” en el interior su principal contribución al esfuerzo bélico. Pidió la suspensión total de la libertad económica mientras durara. Cualquier profesor, declaraba, que expresara “opiniones que nos perjudiquen en este terrible conflicto”, debería ser “despedido”, si no “fusilado”. El centro concreto de la formidable energía de Ely fue una feroz campaña para tratar de que su viejo aliado en la política de Wisconsin, Robert M. La Follette, fuera expulsado del Senado de EEUU por continuar oponiéndose a la participación de Estados Unidos en la guerra. Ely declaró que sus “sangre hervía” ante la “traición” y los ataques de La Follette a los beneficios económicos obtenidos por la guerra. Entrando él mismo en batalla, Ely fundó y se convirtió en presidente de la delegación de Madison de la Legión de la Lealtad de Wisconsin y montó una campaña para expulsar a La Follette.⁶⁹ La campaña pretendía movilizar a la facultad de Wisconsin y apoyar las actividades ultrapatrióticas y de ultrahalcones de Thodore Roosevelt. Ely escribió a TR que “debemos aplastar el lafollettismo. En su incansable campaña contra el senador de Wisconsin, Ely tronaba que La Follette “ha sido de más ayuda al Káiser que un cuarto de millón de tropas”.⁷⁰ “Empirismo” rampante.

La facultad de la Universidad de Wisconsin estaba plagada de acusaciones en todo el estado y el país de que su fracaso en la denuncia de La Follette era una prueba de que la universidad (desde hacía mucho afín a las políticas estatales de La Follette) apoyaba sus políticas desleales antibelicistas. Azuzada por Ely,

⁶⁸Richard T. Ely, *Hard Times: The Way in and the Way Out* (1931), citado en Joseph Dorfman, *The Economic Mind in American Civilization* (Nueva York: Viking, 1949). vol. 5, p. 671, y en Leuchtenburg, "The New Deal", p. 94.

⁶⁹Ely creó un juramento super-patriótico para la delegación de Madison de la Legión de la Lealtad, prometiendo sus miembros “eliminar la deslealtad”. El juramento también expresaba un apoyo incondicional a la Ley de Espionaje y a “trabajar contra el lafollettismo en todas sus formas antibelicistas”. Rader, *Academic Mind*, pp. 183 y ss.

⁷⁰Gruber, *Mars and Minerva*, p. 207.

Commons y otros, el Comité de Guerra de la universidad escribió y distribuyó una petición, firmada por el presidente de la universidad, todos los decanos y un 90% de la facultad que resulta ser uno de los ejemplos más sorprendentes de capitulación académica ante el aparato del Estado en la historia de Estados Unidos. Usando no demasiado sutilmente la expresión constitucional de la traición, la petición protestaba “contra esas declaraciones y acciones del senador La Follette que han dado ayuda y comodidad a Alemania y sus aliados en la guerra actual; deploramos su defectuosa lealtad en apoyar al gobierno en el seguimiento de la guerra”.⁷¹

Al fondo, Ely hacía todo lo posible para movilizar a los historiadores estadounidenses contra La Follette, para demostrar que había dado ayuda y comodidad al enemigo. Ely fue capaz de conseguir los servicios del Consejo nacional del Servicio Histórico, la agencia de propaganda establecida por historiadores profesionales durante la guerra, y de la propia arma de propaganda del gobierno, el Comité de Información Pública. Advirtiendo que el esfuerzo debía permanecer en secreto, Ely movilizó a los historiadores bajo la tutela de estas organizaciones para investigar periódicos y revistas alemanes y austriacos para tratar de construir una historia de la supuesta influencia de La Follette, “indicando el estímulo que ha dado a Alemania”. El historiador E. Merton Coulter reveló el espíritu del objetivo que animaba estas investigaciones: “Entiendo que va a ser un relato neutral e ingenuo de la acción del senador [La Follette] y su efecto, pero todos sabemos que no puede llegar sino a una conclusión: algo similar a la traición”.⁷²

El profesor Gruber indica bien que esta campaña contra La Follette fue “un notable ejemplo de los usos de la intelectualidad para el espionaje. Estaba muy lejos de la investigación desinteresada de la verdad por un grupo de profesores para movilizar una campaña secreta de investigación para encontrar munición para destruir la carrera política de un senador de Estados Unidos que

⁷¹Ibíd.

⁷²Ibíd., pp. 208, 208n.

no compartía su opinión de la guerra”.⁷³ En todo caso, no se encontró ninguna evidencia, el movimiento fracasó y el profesorado de Wisconsin empezó a alejarse desconfiando de la Legión de la Lealtad.⁷⁴

Después de que se extirpara la amenaza del Káiser, el armisticio encontró al profesor Ely, junto con sus compatriotas en la Liga de la Seguridad Nacional, listos para pasar a la siguiente ronda de represión patriótica. Durante la campaña de investigación anti-La Follette de Ely, este había pedido la investigación del “tipo de influencia que había ejercido [La Follette] contra nuestro país en Rusia”. Ely apuntaba que la “democracia” moderna requiere un “alto grado de conformidad” y que por tanto la “amenaza más seria” del bolchevismo, que Ely calificaba de “germen de enfermedades sociales”, debía ser combatido “con medidas represivas”.

Sin embargo en 1924 se acabó la carrera de represión de Richard T. Ely, y lo que es más, en un extraño ejemplo del funcionamiento de la justicia poética, cayó en su propia trampa. En 1922, el muy traducido Robert La Follette fue reelegido para el senado y también arrasó con los progresistas al volver al poder en el estado de Wisconsin. En 1924 los progresistas consiguieron el control del Consejo de Rectores y empezaron a segar el césped debajo de su antiguo aliado académico y creador de imperios. Ely creyó entonces prudente irse de Wisconsin junto con su Instituto y aunque prosperó algunos años en el noroeste, se había acabado los mejores días de fama y fortuna de Ely.

⁷³Ibid., pp. 209-210. En su autobiografía, escrita en 1938, Richard Ely reescribe la historia para ocultar su ignominioso papel en la campaña contra La Follette. Reconocía haber firmado la petición de la facultad, pero luego tenía el valor de afirmar que “no era uno de los cabecillas, como pensaba La Follette, a la hora de divulgar esta petición”. No se menciona su campaña secreta de investigación contra La Follette.

⁷⁴Para más sobre la campaña anti-La Follette, ver H.C. Peterson y Gilbert C. Fite, *Opponents of War: 1917-1918* (Madison: University of Wisconsin Press, 1957), pp. 68-72; Paul L. Murphy, *World War I and the Origin of Civil Liberties in the United States* (Nueva York: W.W. Norton, 1979), p. 120 y Belle Case La Follette y Fola La Follette, *Robert M. LaFollette* (Nueva York: Macmillan, 1953), volumen 2.

VII. La economía al servicio del estado: El Gobierno y las Estadísticas

La estadística es un requisito vital, aunque muy subvalorado, del gobierno moderno. El gobierno no puede siquiera presumir controlar, regular o planificar ninguna porción de la economía sin el servicio de sus oficinas y agencias de estadística. Privado el gobierno de sus estadísticas y será un gigante ciego e indefenso, sin idea de qué hacer o dónde hacerlo.

Podría replicarse que también las empresas necesitan estadísticas para funcionar. Pero las necesidades de estadísticas de las empresas son mucho menores en cantidad y también distintas en calidad. Las empresas pueden necesitar estadísticas en su propia área micro de la economía, pero solo sobre sus precios y costes: hay poca necesidad de amplias colecciones de datos o de agregados integrales y holísticos. Las empresas tal vez puedan confiar en sus propios datos recogidos privadamente y no compartidos. Además, mucho conocimiento empresarial es cualitativo, no enclaustrado en datos cuantitativos, y de un tiempo, área y ubicación concretos. Pero la burocracia pública no podría hacer nada si se le obliga a limitarse a datos cualitativos. Privado de las pruebas de pérdidas y ganancias para ser eficiente o de la necesidad de servir eficazmente a los consumidores, cargando tanto costes de capital como de operaciones sobre los contribuyentes y obligado a cumplir normas fijas y burocráticas, el gobierno moderno esquilado de masas de estadísticas no podría hacer prácticamente nada.⁷⁵

De ahí la enorme importancia de la Primera Guerra Mundial, no solo al proporcionar el poder y el precedente para una economía colectivizada, sino asimismo en acelerar la llegada de

⁷⁵Así, T.W. Hutchison, desde una perspectiva muy diferente, advierte el contraste entre la insistencia de Carl Menger en los fenómenos beneficiosos no planificados de la sociedad, como el mercado libre, y el crecimiento de la “autoconciencia social” y la planificación pública. Hutchison reconoce que un componente crucial de esa autoconciencia social son las estadísticas del gobierno. T.W. Hutchison, *A Review of Economic Doctrines, 1870-1929* (Oxford: Clarendon Press, 1953), pp. 150–151, 427.

los estadísticos y las agencias estadísticas del gobierno, muchos de los cuales permanecieron en el gobierno, listos para el próximo salto adelante del poder.

Por supuesto, Richard T. Ely defendió la nueva aproximación de “ver y mirar”, con el objetivo de recoger hechos para “moldear las fuerzas en funcionamiento en la sociedad y mejorar las condiciones existentes”.⁷⁶ Más importante es que una de las principales autoridades en el crecimiento del gasto público lo ha ligado a estadísticas y datos empíricos: “El avance en la ciencia económica y las estadísticas fortaleció la creencia en las posibilidades de ocuparse de problemas sociales mediante la acción colectiva. Ayudó a aumentar la actividad estadística y otras búsquedas de hechos del gobierno”.⁷⁷ Ya en 1863 Samuel B. Ruggles, delegado estadounidense del Congreso Nacional de Estadísticas en Berlín, proclamaba que “las estadísticas son los mismos ojos del estadista, permitiéndole conocer y medir con una visión clara y comprensiva toda la estructura y economía del cuerpo político”.⁷⁸

⁷⁶Fine, *Laissez-Faire*, p. 207.

⁷⁷Solomon Fabricant, *The Trend of Government Activity in the United States since 1900* (New York: National Bureau of Economic Research, 1952), p. 143. Igualmente, un trabajo prestigioso sobre el crecimiento del gobierno en Inglaterra lo decía así: “La acumulación de información factual acerca de las condiciones sociales y el desarrollo de la economía y las ciencias sociales aumentó la presión por la intervención pública (...) Al mejorar las estadísticas y multiplicarse los estudiosos de las ciencias sociales, la existencia continua de esas condiciones se mantuvo ante el público. El mayor conocimiento de las mismas llegó a círculos influyentes y creó movimiento obreros de clase con armas factuales”. Moses Abramovitz y Vera F. Eliasberg, *The Growth of Public Employment in Great Britain* (Princeton: National Bureau of Economic Research, 1957), pp. 22-23, 30. Ver también M.I. Cullen, *The Statistical Movement in Early Victorian Britain: The Foundations of Empirical Social Research* (Nueva York: Barnes & Noble, 1975).

⁷⁸Ver Joseph Dorfman, "The Role of the German Historical School in American Economic Thought". *American Economic Review, Papers and Proceedings* 45 (Mayo de 1955), p. 18. George Hildebrand destacaba el énfasis inductivo de la Escuela Histórica Alemana en que “quizá haya entonces alguna relación entre este tipo de enseñanza y la polaridad de ideas primitivas de planificación física en tiempos más recientes”. George H. Hildebrand, "International Flow of Economic Ideas-Discussion", *ibíd.*, p. 37.

En sentido contrario, esto significa que sin estos medios de visión el estadista ya no sería capaz de intervenir, controlar y planear.

Además, está claro que se necesitan las estadísticas del gobierno para tipos concretos de intervención. El gobierno no podría intervenir para aliviar el desempleo si no se recogen estadísticas de desempleo y de ahí el impulso para esa recogida. Carroll D. Wright, uno de los primeros Comisionados de Trabajo en Estados Unidos, estaba muy influido por el famoso estadístico y miembro de la Escuela Histórica Alemana, Ernst Engel, jefe de la Oficina Estadística real de Prusia. Wright buscaba recoger estadísticas de desempleo por esa razón y, en general, para “la mejora de las desafortunadas relaciones industriales y sociales”. Henry Carter Adams, un antiguo alumno de Engel y, como Ely, “nuevo economista” estatista y progresista creó la Oficina Estadística de la Comisión Interestatal de Comercio, creyendo que “una actividad estadística en constante crecimiento por parte del gobierno era esencial para controlar naturalmente las industrias monopolísticas”. Y el profesor Irving Fisher, de Yale, deseando que el gobierno estabilizara el nivel de precios, reconocía que escribió *The Making of Index Numbers* para resolver el problema de la falta de fiabilidad de las cifras de los índices. “Hasta que no pueda afrontarse esta dificultad, apenas puede esperarse que la estabilización se convierta en realidad”.

Carroll Wright era bostoniano y progresista. Henry Carter Adams, hijo de un predicador congregacionista pietista de Nueva Inglaterra misionero en Iowa, estudio para ser ministro en el alma máter de su padre, el Seminario teológico de Andover, pero pronto abandonó esta vía. Adams ideó el sistema contable de la Oficina de Estadística de la ICC. Este sistema “sirvió como modelo para la regulación de servicios públicos aquí y en todo el mundo”.⁷⁹

⁷⁹Dorfman, "Role", p. 23. Sobre Wright y Adams, ver Joseph Dorfman, *The Economic Mind in American Civilization* (Nueva York: Viking Press, 1949), vol. 3, 164-174, 123 y Boyer, *Urban Masses*, p. 163. Además, el primer profesor de estadística en Estados Unidos, Roland P. Falkner, era un alumno destacado de Engel y traductor de las obras del ayudante de Engel, August Meitzen.

Irving Fisher era hijo de un predicador congregacionista pietista de Rhode Island y sus padres eran ambos de la clase yanqui, siendo su madre una estricta sabatista. Como corresponde a lo que su hijo y biógrafo llamaba su “espíritu de cruzada”, Fisher era un declarado reformista inveterado, pidiendo la imposición de numerosas medidas progresistas incluyendo el esperanto, la ortografía simplificada y la reforma del calendario. Era particularmente entusiasta respecto de purgar al mundo de “iniquidades de la civilización como el alcohol, el té, el café, el tabaco, el azúcar refinado y la harina blanca”.⁸⁰

Durante la década de 1920 fue el profeta de la llamada nueva era en la economía y en la sociedad. Escribió tres libros durante la década de 1920 alabando el noble experimento de la ley seca y alabó al gobernador Benjamin Strong y el Sistema de la Reserva Federal por seguir su consejo y expandir dinero y crédito para mantener el nivel general de precios prácticamente constante. Debido al éxito de la Fed en imponer la estabilización de precios de Fisher, este estaba tan seguro de que no podría haber depresión ya en la década de 1930 que escribió un libro que afirmaba que no pudo ni pudo haber un crash bursátil y que los precios de las acciones rebotarían rápidamente. A lo largo de la década de 1920, Fisher insistió en que como los precios en general permanecían constantes no había nada incorrecto acerca del enorme auge en las acciones. Entretanto puso en práctica sus teorías invirtiendo fuertemente la considerable fortuna de su esposa heredera en bolsa. Después del crash, dilapidó el dinero de su cuñada cuando se agotó la fortuna de su mujer, reclamando frenéticamente al mismo tiempo que el gobierno inflara el dinero y el crédito y reinflara los precios de las acciones a sus niveles de 1929. A pesar de su dilapidación de dos fortunas familiares, Fisher consiguió culpar casi a todos menos a sí mismo de la debacle.⁸¹

⁸⁰Irving Norton Fisher, *My Father Irving Fisher* (Nueva York: Comet Press, 1956), pp. 146-147. También para Fisher, ver Irving Fisher, *Stabilised Money* (Londres: Allen & Unwin, 1935), p. 383.

⁸¹Fisher, *My Father*, pp. 264-267. Sobre el papel e influencia de Fisher durante esta periodo, ver Murray N. Rothbard, *America's Great Depression*, 4ª ed. (Nueva York: Richardson & Snyder, 1983). Ver también Joseph S. Davis,

Como veremos, a la vista de la importancia de Wesley Clair Mitchell en el florecimiento de la estadística públicas en la Primera Guerra Mundial, la opinión de Mitchell sobre las estadísticas es de particular importancia.⁸² Mitchell, un institucionalista y alumno de Thorstein Veblen, fue uno de los primeros fundadores de la investigación estadística moderna en economías y aspiraba claramente a poner las bases para una planificación “científica” del gobierno. Como decía el profesor Dorfman, amigo y alumno de Mitchell:

“está claro que el tipo de invención social más necesaria hoy es una que ofrezca técnicas concretas mediante las que pueda controlarse y operarse el sistema social con un beneficio óptimo para sus miembros”. (Cita de Mitchell). Para esto buscó constantemente extender, mejorar y refinar la recogida y tabulación de datos (...) Mitchell creía que el análisis del ciclo económico (...) podría indicar los medios para alcanzar un control social ordenado de la actividad empresarial.⁸³

O como decía la mujer y colaboradora de Mitchell en sus memorias:

[Mitchell] veía la gran contribución que podía hacer el gobierno a la comprensión de los problemas económicos y sociales si los datos estadísticos recogidos independientemente por diversas agencias federales se sistematizaran y planificaran de forma que pudieran estudiarse sus interrelaciones. La idea de desarrollar estadísticas sociales *no solo como registro sino como ba-*

The World Between the Wars, 1919-39, An Economist's View (Baltimore: Johns Hopkins University Press, 1975), p. 194 y Melchior Palyi, *The Twilight of Gold, 1914-1936: Myth and Realities* (Chicago: Henry Regnery, 1972), pp. 240, 249.

⁸²Wesley C. Mitchell era de una vieja estirpe yanqui. Sus abuelos fueron granjeros en Maine y luego al oeste de Nueva York. Su padre siguió el camino de muchos yanquis al emigrar a una granja al norte de Illinois. Mitchell estudió en la Universidad de Chiago donde estuvo fuertemente influido por Veblen y John Dewey. Dorfman, *Economic Mind*, vol. 3, 456.

⁸³Dorfman, *Economic Mind*, vol. 4, 376, 361.

se para la planificación aparece pronto en su propia obra.⁸⁴

Particularmente importante en la expansión de la estadística en la Primera Guerra Mundial fue la creciente insistencia, por parte tanto de intelectuales como de grandes empresarios progresistas, en que la toma de decisiones democráticas debía reemplazarse cada vez más por las administrativas y tecnócratas. Las decisiones democráticas o parlamentarias eran liosas, “ineficientes” y podían llevar a una limitación significativa del estatismo, como había ocurrido durante el máximo auge del Partido Demócrata durante el siglo XIX. Pero si las decisiones fueran en buena parte administrativas y tecnocráticas, el floreciente poder del estado podía continuar sin controles. El desplome del credo del *laissez faire* de los demócratas en 1896 dejaba un vacío de poder en el gobierno que la gente administrativa y corporativa estaba ansiosa por ocupar.

Así que, cada vez más, esos grupos de grandes empresas como la Federación Cívica Nacional divulgaron la idea de que las decisiones gubernamentales deberían estar en manos del eficiente técnico, el supuesto experto neutral. En resumen, el gobierno, en prácticamente todos sus aspectos, debería estar “separado de la política”. La investigación estadística con su aura de empirismo, precisión cuantitativa y neutralidad política, estaba al frente de ese énfasis. En los municipios, un movimiento de reforma progresista cada vez más poderoso trasladaba decisiones de elecciones en distritos de barrio a gestores profesionales de toda la ciudad y superintendentes escolares. Como corolario, el poder político se estaba trasladando cada vez más de los distritos de clases trabajadoras y de etnias luterana germana y católica a grupos de empresarios pietistas de clase alta.⁸⁵

⁸⁴Cursivas añadidas. Lucy Sprague Mitchell, *Two Lives* (Nueva York: Simon and Schuster, 1953), p. 363. Para más sobre este tema, ver Murray N. Rothbard, "The Politics of Political Economists: Comment", *Quarterly Journal of Economics* 74 (Noviembre de 1960): 659-665.

⁸⁵Ver en particular James Weinstein, *The Corporate Ideal in the Liberal State, 1900-1918* (Boston: Beacon Press, 1968) y Samuel P. Hays, "The Politics of Reform in Municipal Government in the Progressive Era", *Pacific Northwest Quarterly* 59 (Octubre de 1961), pp. 157-169.

En el momento en que llegaba en Europa la Primera Guerra Mundial, una coalición de intelectuales y empresarios de grandes compañías progresistas estaba dispuesto para patrocinar a nivel nacional institutos y think tanks de investigación estadística. Sus opiniones han sido bien resumidas por David Eakins:

Las conclusiones a las que llegó esta gente en 1915 era que el descubrimiento de hechos y la creación de políticas tenían que aislarse de la lucha de clases y librarse de los grupos de presión política. Las reformas que llevarían a la paz industrial y el orden social, habían llegado a creer estos expertos, solo podían derivarse de datos determinados por descubridores de hechos objetivos (como ellos mismos) y bajo los auspicios de organizaciones sobrias y respetables (como las que solo ellos podían crear). El sistema capitalista podía mejorarse solo por una confianza decidida en los expertos separados del alboroto de la política democrática. En énfasis estaba en la eficiencia... y la política democrática era ineficiente. Una aproximación a la creación de política nacional económica y social fuera de los tradicionales procesos democráticos estaba emergiendo así antes de que Estados Unidos entrara formalmente en la Primera Guerra Mundial.⁸⁶

Varios empresarios e intelectuales actuaron al mismo tiempo financiando esos institutos de investigación estadística. En 1906-07, Jerome D. Greene, secretario de la Corporación de la Universidad de Harvard, ayudó a fundar un elitista Club de las Tardes del Martes en Harvard para explorar asuntos importantes en economía y ciencias sociales. En 1910 Greene ascendió a un puesto aún más poderoso como director general del Instituto Rockefeller de Investigación Médica y tres años más tarde se convirtió en secretario y CEO de la poderosa organización filantrópica, la Fundación Rockefeller. Greene empezó inmediatamente a trabajar pa-

⁸⁶David Eakins, "The Origins of Corporate Liberal Policy Research, 1916-1922: The Political-Economic Expert and the Decline of Public Debate", en Israel, ed., *Building the Organizational Society*, p. 161.

ra crear un instituto de investigación económica financiado por Rockefeller y en marzo de 1914 creó un grupo exploratorio en Nueva York, presidido por su amigo y mentor en economía, el primer decano de la Escuela de Negocios de Grado de Harvard, Edwin F. Gay. La idea esencial era que Gay se convertiría en jefe de una organización nueva, “científica” e “imparcial”, el Instituto de Investigación Económica, que recogería datos estadísticos, y que Wesley Mitchell sería su director.⁸⁷

Los consejeros de John D. Rockefeller, Jr. que se oponían, se impusieron sin embargo a Greene y el plan del instituto se vino abajo.⁸⁸ Mitchell y Gay presionaron, entonces bajo el liderazgo del viejo amigo, jefe estadístico y vicepresidente de AT&T, Malcolm C. Rorty. Rorty se alineó en apoyo de la idea de varios estadísticos y hombres de negocios progresistas, incluyendo al editor de libros y revistas de negocios, Arch W. Shaw; E.H. Goodwin, de la Cámara de Comercio de EEUU; Magnus Alexander, estadístico y asesor del presidente de General Electric, igual que AT&T, de tendencia Morgan; John R. Commons, economista y

⁸⁷Herbert Heaton, *Edwin F. Gay, A Scholar in Action* (Cambridge: Harvard University Press, 1952). Edwin Gay había nacido en Detroit en una familia con raíces en Nueva Inglaterra. Su padre había nacido en Boston y se mudó al negocio maderero de su suegro en Michigan. La madre de Gay es hija de un rico predicador y maderero. Gay entró en la Universidad de Michigan, estuvo muy influido por las enseñanzas de Dewey y luego estuvo en una escuela de grado en Alemania durante más de doce años, obteniendo finalmente su doctorado en historia económica en la Universidad de Berlín. Las principales influencias alemanas de Gay fueron Gustav Schmoller, jefe de la Escuela Histórica, que destacaba que la economía debía ser una “ciencia inductiva”, y Adolf Wagner, también de la Universidad de Berlín, que estaba a favor de la intervención a gran escala del gobierno en la economía a favor de la ética cristiana. De vuelta en Harvard, Gay fue la fuerza principal, en colaboración con la Cámara de Comercio de Boston, en impulsar una ley de inspección de fábricas en Massachusetts y a principios de 1911 Gay se convirtió en presidente de la delegación de Massachusetts de la American Association for Labor Legislation, una organización fundada por Richard T. Ely dedicada a reclamar la intervención pública en las áreas de sindicatos, salarios mínimos, desempleo, obras públicas y bienestar.

⁸⁸Sobre el tira y afloja entre consejeros de Rockefeller sobre el Instituto de Investigación Económica, ver David M. Grossman, "American Foundations and the Support of Economic Research, 1913-29", *Minerva* 22 (Primavera-Verano 1982): 62-72.

ayuda de campo de Richard T. Ely en Wisconsin, y Nahum I. Stone, estadístico, antiguo marxista, líder del movimiento de “dirección científica” y director laboral de la empresa de ropa Hickey Freeman. Este grupo estaba en proceso de formación de un “Comité sobre Renta Nacional” cuando Estados Unidos entró en guerra y se vio forzado a archivar temporalmente sus planes.⁸⁹ Sin embargo, después de la guerra, el grupo creó la Oficina Nacional de Investigación Económica en 1920.⁹⁰

Mientras que la Oficina Nacional no tomó su forma final hasta después de la guerra, otra organización, creada bajo supuestos similares, consiguió obtener el apoyo de Greene y Rockefeller. En 1916 fueron convencidos por Raymond B. Fosdick para fundar el Institute for Government Research (IGR).⁹¹ El IGR tenía un objetivo ligeramente distinto del grupo de la Oficina Nacional, ya que derivaba directamente de la reforma progresista municipal y la profesión de las ciencias políticas. Uno de los dispositivos importantes utilizados por los reformistas municipales era la oficina privada de investigación municipal, que trataba de apropiarse de la toma de decisiones frente a cuerpos democráticos supuestamente “corruptos” en favor de organizaciones eficientes y no partidistas encabezadas por tecnócratas y científicos sociales progresistas.

En 1910 el presidente William Howard Taft, intrigado por la posibilidad de centralizar el poder en un jefe ejecutivo propio de la idea de presupuesto ejecutivo, nombró al “padre de la idea del presupuesto”, el científico político Frederick D. Cleveland, como jefe de la Comisión de Economía y Eficiencia. Cleveland era el director de la Oficina de Investigación Municipal de Nueva York.

⁸⁹Ver Eakins, "Origins", pp. 166-167; Grossman, "American Foundations", pp. 76-78; Heaton, *Edwin F. Gay*. Sobre Stone, ver Dorfman, *Economic Mind*, vol. 4, 42, 60-61 y Samuel Haber, *Efficiency and Uplift: Scientific Management in the Progressive Era 1890-1920* (Chicago: University of Chicago Press, 1964), pp. 152, 165. Durante su periodo marxista, Stone había traducido *La miseria de la filosofía*, de Marx.

⁹⁰Ver Guy Alchon, *The Invisible Hand of Planning: Capitalism, Social Science, and the State in the 1920's* (Princeton: Princeton University Press, 1985), pp. 54 y ss.

⁹¹Collier y Horowitz, *The Rockefellers*, p. 140.

La Comisión Cleveland incluía asimismo al científico político y reformador social Frank Goodnow, profesor de derecho público en la Universidad de Columbia, primer presidente de la American Political Science Association y de Johns Hopkins, y a William Franklin Willoughby, antiguo alumno de Ely, asistente del director de la Oficina del Censo y posteriormente presidente de la American Association for Labor Legislation.⁹² La Comisión Cleveland estuvo encantada de decir al presidente Taft precisamente lo que quería oír. La Comisión recomendaba cambios administrativos radicales que crearían una Oficina de Control Administrativo Central para constituir una “rama de información consolidada y estadística de todo el gobierno nacional”. Y en el centro de la nueva Oficina estaría la División del Presupuesto, que iba a desarrollar, a la orden del presidente, y luego presentar “un programa anual de empresas para el Gobierno federal a financiar por el Congreso”.⁹³

Cuando el Congreso se resistió a las recomendaciones de la Comisión Cleveland, los disgustados tecnócratas decidieron establecer un Institute for Government Research en Washington para batallar por estas y otras reformas similares. Con la financiación garantizada por la Fundación Rockefeller, el IGR estaba presidido por Goodnow, con Willoughby como su director.⁹⁴ Robert S. Brookings asumió la responsabilidad en la financiación.

⁹²Eakins, "Origins", p. 168. Ver también Furner, *Advocacy and Objectivity*, pp. 282-286.

⁹³Stephen Skowronek, *Building a New American State: The Expansion of the National Administrative Capacities, 1877-1920* (Cambridge: Cambridge University Press, 1982), pp. 187-188.

⁹⁴El vicepresidente del IGR era el comerciante y maderero jubilado de St. Louis y antiguo presidente de la Universidad Washington de St. Louis, Robert S. Brookings. El secretario del IGR era James F. Curtis, antiguo Secretario Ayudante del tesoro con Taft y ahora secretario y subgobernador del Banco de la Reserva Federal de Nueva York. Otra gente en el Consejo del IGR eran el ex presidente Taft; el ejecutivo de ferrocarriles, Frederick A. Delano, tío de Franklin D. Roosevelt y miembro del Consejo de la Reserva Federal; Arthur T. Hadley, economista y presidente de Yale; Charles C. Van Hise, presidente progresista de la Universidad de Wisconsin y aliado de Ely; el reformista e influyente joven profesor de derecho de Harvard, Felix Frankfurter; Theodore N. Vail, presidente de AT&T; el ingeniero y empresario progresista Herbert C. Hoover y el financiero

Cuando Estados Unidos entró en guerra, los líderes presentes y futuros de la NBER e IGR fueron todas figuras y estadísticas clave en Washington en la colectivizada economía de guerra.

Pero el más poderoso del creciente número de economistas y estadísticos implicados en la Primera Guerra Mundial fue Edwin F. Gay. Arch W. Shaw, un entusiasta de una rígida planificación de los recursos económicos en tiempo de guerra fue nombrado jefe del nuevo Consejo de Economía Comercial por el Consejo de Defensa nacional tan pronto como Estados Unidos entró en guerra.⁹⁵ Shaw, que había enseñado y servido en el consejo administrativo de la Escuela de Negocios de Harvard, llevó el consejo con gente de esta escuela: el secretario era el economista de Harvard, Melvin T. Copeland y los demás miembros incluían al decano Gay.

El consejo, que posteriormente se convertiría en la poderosa División de Conservación del Consejo de Industrias Bélicas, se concentró en restringir la competencia en la industria eliminando el número y variedad de productos e imponiendo una uniformidad obligatoria, todo en nombre de la “conservación” de recursos para ayudar en el esfuerzo de guerra. Por ejemplo, las empresas de ropa se habían quejado ruidosamente de la grave competencia debido al número y variedad de estilos, así que Gay pidió a las empresas de ropa que formaran una asociación comercial para trabajar con el gobierno para acabar con el exceso de competencia. Gay trató también de organizar a los panaderos, de forma que no seguirían la costumbre habitual de recuperar el pan duro y no vendido de las tiendas. A finales de 1917, Gay estaba cansado de utilizar la persuasión voluntaria y pedía al gobierno que utilizara medidas obligatorias.

El máximo poder de Gay llegó a principios de 1918 cuando el Consejo de Navegación, que había nacionalizado oficialmente

R. Fulton Cutting, directivo de la Oficina de Investigación Municipal de Nueva York. Eakins, "Origins", pp. 168-169.

⁹⁵Sobre el Consejo de Economía Comercial, ver Grosvenor B. Clarkson, *Industrial America in the World War: The Strategy Behind the Line, 1917-1918* (Boston: Houghton Mifflin, 1923), pp. 211 y ss.

toda la navegación oceánica, decidido a restringir drásticamente el uso de barcos de comercio civil y a usar la mayoría de la navegación para transportar tropas estadounidenses a Francia. Nombrado a principios de enero 1918 como simplemente un “experto especial” por el Consejo de Navegación, Gay en poco tiempo se convirtió en la figura clave en redirigir la navegación del uso civil al militar. Pronto Edwin Gay se había convertido en miembro de Consejo de Comercio Bélico y jefe de su departamento estadístico, que emitía licencias restrictivas para las importaciones permitidas; jefe del departamento estadístico del Consejo de Navegación; representante del Consejo de Navegación en el Consejo de Comercio Bélico; jefe del departamento estadístico del Departamento de Trabajo; jefe de la División de Planificación y Estadística del Consejo de Industrias de Guerra y, sobre todo, jefe de la nueva Oficina Central de Planificación y estadística. La Oficina Central se organizó en el otoño de 1918, cuando el presidente Wilson pidió al presidente del Consejo de Industrias de Guerra, Bernard Baruch, que elaborara un informe mensual de todas las actividades bélicas del gobierno. Este “resumen” evolucionó en la Oficina Central, responsable directamente ante el presidente. La importancia de la oficina se apunta por parte de un historiador reciente:

La nueva Oficina representó la máxima división estadística de la movilización, convirtiéndose en “adivino y profeta” mientras duró, coordinando a más de mil empleados dedicados a la investigación y, como agencia responsable para dar al presidente una imagen concisa de toda la economía, convirtiéndose en la máxima aproximación a una “comisión estadística centralizada”. Durante las etapas posteriores de la guerra creó un repositorio de trabajos estadísticos, organizó enlaces con el personal estadístico de todos los consejos bélicos y centralizó el proceso de producción de datos para toda la burocracia bélica. Al acabar la guerra, recordaba Wesley Mitchell, “estábamos muy avanzados en des-

arrollar por primera vez una organización sistemática de las estadísticas federales”.⁹⁶

En un año, Edwin Gay había ascendido de experto social a jefe incuestionable de una red gigantesca de agencias estadísticas federales, con más de mil investigadores y estadísticos trabajando bajo su control directo. No sorprende por tanto que Gay, en lugar de entusiasmarse con la victoria estadounidense, por la que había trabajado tan duramente, viera al armisticio “casi un golpe personal” que le llevó “al abismo del desaliento”. Todo su imperio de estadísticas y control acababa de aunarse y desarrollarse en una poderosa maquinaria cuando repentinamente “llegó ese desgraciado armisticio”.⁹⁷ Una paz verdaderamente trágica.

Gay trató valientemente de mantener en marcha la maquinaria de guerra, quejándose continuamente de que muchos de sus ayudantes se marcharan y denunciando amargamente a la “manada hambrienta” que, por alguna razón, estaba reclamando un fin inmediato de todos los controles de tiempos de guerra, incluyendo los más cercanos a su corazón, el comercio exterior y la navegación. Pero uno a uno, a pesar de todos los esfuerzos de Baruch y muchos de los planificadores de tiempo de guerra, desaparecieron el Consejo de Industrias de Guerra y otras agencias bélicas.⁹⁸ Durante un tiempo, Gay puso sus esperanzas en su Central Bureau of Planning and Statistics (CBPS), que, en un fiero episodio de lucha burocrática interna, trató de hacer que el grupo clave económico y estadístico aconsejara a los negociadores estadounidenses en la conferencia de paz de Versalles, desplazando así al equipo de historiadores y científicos sociales reunidos por el coronel House en la Investigación. A pesar de una victoria oficial y un octavo tomo de informes del CBPS enviado a Versalles por el presidente del equipo europeo del CBPS, John Foster Dulles, del Consejo de

⁹⁶Alchon, *Invisible Hand*, p. 29. Mitchell dirigía la sección de estadísticas de precios del Comité de Fijación de Precios del Consejo de Industrias Bélicas.

⁹⁷Heaton, *Edwin Gay*, p. 129.

⁹⁸Ver Rothbard, "War Collectivism", pp. 100-112.

Comercio Bélico, la oficina tuvo poca influencia en el tratado final.⁹⁹

Habiendo llegado final e irrevocablemente la paz, Edwin Gay, respaldado por Mitchell, hizo todo lo posible para mantener al CBPS como una organización permanente en tiempo de paz. Gay argumentaba que la agencia, con él mismo permaneciendo por supuesto a su cabeza, podía proporcionar datos continuos a la Liga de Naciones y sobre todo podía servir como los propios ojos del presidente y moldear el tipo de presupuesto ejecutivo que promovía la Comisión Taft. El miembro del personal del CBPS y economista de Harvard, Edmund E. Day, contribuyó con un memorando indicando tareas concretas para la oficina para ayudar a la desmovilización y la reconstrucción, así como justificación para que la oficina se convirtiera en parte permanente del gobierno. Una cosa que podía hacer era hacer un “lienzo permanente” de condiciones empresariales en Estados Unidos. Como dijo Gay al presidente Wilson, utilizando su analogía organicista favorita, una consejo permanente serviría “como un sistema nervioso para la enorme y compleja organización del gobierno, proporcionado al cerebro controlador [el presidente] la información necesaria para dirigir la operación eficiente de los distintos miembros”.¹⁰⁰ Aunque el presidente fue “muy cordial” con el plan de Gay, el Congreso rechazó aceptarlo y el 30 de junio de 1919 el Central Bureau of Planning and Statistics desapareció finalmente, junto con el Consejo de Comercio Bélico. Edwin Gay tendría que buscar ahora empleo, si no en el sector privado, sí al menos en el casi independiente.

Pero no podía negarse a Gay y Mitchell. Tampoco el grupo Brookings-Willoughby. Su objetivo sería alcanzado más gradualmente y con medios ligeramente distintos. Gay se convirtió en editor del *New York Evening Post* bajo el mando de su nuevo

⁹⁹Ver Heaton, *Edwin Gay*, pp. 129 y ss. y el excelente libro sobre la Investigación, Lawrence E. Gelfand, *The Inquiry: American Preparations for Peace, 1917-1919* (New Haven: Yale University Press, 1963), pp. 166-168, 177-178.

¹⁰⁰Heaton, *Edwin Gay*, p. 135. Ver también Alchon, *Invisible Hand*, pp. 35-36.

propietario y amigo de Gay, el socio de J.P. Morgan, Thomas W. Lamont. Gay también ayudó a formar y se convirtió en primer presidente de la Oficina Nacional de Investigación Económica en 1920, con Wesley C. Mitchell como director de investigación. El Instituto para la Investigación Pública alcanzó su objetivo principal, estableciendo una Oficina de Presupuesto en el Departamento del Tesoro en 1921, con el director del Instituto para la Investigación Pública, William F. Willoughby, ayudando en el borrador que creaba la oficina.¹⁰¹ La gente del Instituto para la Investigación Pública pronto extendió su papel para incluir la economía, creando un Instituto de Economía encabezado por Robert Brookings y Arthur T. Hadley, de Yale, con el economista Harold G. Moulton como director.¹⁰² El instituto, financiado por la Carnegie Corporation, se fusionaría luego, junto con el Instituto para la Investigación Pública, en la Brookings Institution. Edwin Gay también se trasladó al campo de la política exterior convirtiéndose en secretario-tesorero y jefe del Comité de Investigación de la nueva organización extremadamente influyente, el Consejo de Relaciones Exteriores.¹⁰³

Y finalmente, en el campo de las estadísticas públicas, Gay y Mitchell encontraron una ruta al poder más gradual pero de mayor alcance a través de la colaboración con Herbert Hoover, que pronto sería Secretario de Comercio. Tan pronto como Hoover asumió el puesto a principios de 1921, extendió el Comité Asesor

¹⁰¹En 1939, la Oficina del Presupuesto se transferiría la Oficina Ejecutiva, completando así el objetivo del Instituto para la Investigación Pública.

¹⁰²Moulton era profesor de economía en la Universidad de Chicago y vicepresidente de la Asociación del Comercio de Chicago. Ver Eakins, "Origins", pp. 172-177; Dorfman, *Economic Mind*, vol. 4, 11, 195-197.

¹⁰³Gay había sido recomendado al grupo por uno de sus fundadores, Thomas W. Lamont. Fue sugerencia de Gay que el Consejo de Relaciones Exteriores empezara su principal proyecto estableciendo una revista "con autoridad", *Foreign Affairs*. Y fue Gay quien seleccionó a su colega historiador de Harvard, Archibald Cary Coolidge, como primer editor y al reportero del *New York Post* Hamilton Fish Armstrong como editor ayudante del Consejo de Relaciones Exteriores. Ver Lawrence H. Shoup y William Minter, *Imperial Brain Trust: The Council on Foreign Relations and United States Foreign Policy* (Nueva York: Monthly Review Press, 1977), pp. 16-19, 105, 110.

del Censo para incluir a Gay, Mitchell y otros economistas y luego lanzó la Encuesta de Negocios Actuales de carácter mensual. La Encuesta estaba pensada para complementar las actividades informativas de las asociaciones de comercio cooperativo y, al proporcionar información de negocio, ayudar a estas asociaciones en el objetivo de cartelizar sus respectivos sectores.

El secreto en la operaciones de negocio es un arma crucial de la competencia y por el contrario, la publicidad y el compartir información es una herramienta importante de los cárteles para controlar a sus miembros. La Encuesta de Negocios Actuales mostraba la producción actual y los datos de inventarios proporcionados por las industrias colaboradoras y revistas técnicas. Hoover también esperaba que a partir de estos servicios, “el programa estadísticos podría [acabar proporcionado] el conocimiento y la previsión necesarios para combatir las condiciones de pánico o especulativas, impedir el desarrollo de sectores enfermos y guiar la toma de decisiones para allanar en lugar de acentuar el ciclo económico”.¹⁰⁴

Al promover esta doctrina de cartelización, Hoover encontró resistencia tanto de algunos empresarios que se resistían a los entrometidos cuestionarios y a compartir secretos competitivos como del Departamento de Justicia. Pero como formidable constructor de imperios, Herbert Hoover consiguió arrebatarse los servicios estadísticos del Departamento de tesoro y establecer una “división de eliminación de desperdicios” para organizar asociaciones empresariales y comerciales para continuar y expandir el programa de “conservación” del tiempo de guerra de uniformidad obligatoria y restricción del número y variedad de productos en competencia. Como secretario auxiliar para encabezar este programa, Hoover contrató al ingeniero y publicista Frederick Feiker, socio del imperio editorial de Arch Shaw. Hoover también contrató a un ayudante importante y discípulo veterano en el general de brigada Julius Klein, protegido de Edwin Gay, que había encabezado la

¹⁰⁴Ellis W. Hawley, "Herbert Hoover and Economic Stabilization, 1921-22", en E. Hawley, ed., *Herbert Hoover as Secretary of Commerce: Studies in New Era Thought and Practice* (Iowa City: University of Iowa Press, 1981), p. 52.

división latinoamericana de la Oficina de Comercio Exterior e Interior. Como jefe de la nueva oficina, Klein organizó diecisiete nuevas divisiones de exportación de materias primas (similares a las secciones de materias primas durante el colectivismo de tiempos de guerra) cada una de ellas con “expertos” sacados de los respectivos sectores y cada una organizando cooperaciones regulares con comités asesores industriales paralelos. Y a través de todo esto Herbert Hoover realizó una serie de discursos muy publicitados durante 1921, declarando cómo un programa de comercio bien diseñado por el gobierno, así como un programa en la economía interior, podían actuar ambos como estimulantes para la recuperación y como “estabilizadores” permanentes, evitando al tiempo medidas tan desafortunadas como abolir los aranceles y recortar los salarios. La mejor arma, tanto en el comercio exterior como en el interior, era “eliminar los desperdicios” mediante una “movilización cooperativa” de gobierno e industria.¹⁰⁵

Un mes después del armisticio se reunieron conjuntamente en Richmond, Virginia, la American Economic Association y la American Statistical Association. Los discursos presidenciales los realizaron hombres al frente del atractivo nuevo mundo que parecía avecinarse de la planificación pública, ayudada por la ciencia social. En su discurso a la American Statistical Association, Wesley Clair Mitchell proclamaba que la guerra había “llevado al uso de estadísticas, no solo como registro de lo que había pasado, sino asimismo como un factor vital en la planificación de debía hacerse”. Como había dicho en su última lección en la Universidad de Columbia la primavera anterior, la guerra había demostrado que cuando la comunidad desea alcanzar un gran objetivo, “en un plazo breve pueden alcanzarse cambios sociales de largo alcance”.

“La necesidad de planificación científica del cambio social”, añadía, “nunca ha sido mayor, la posibilidad de realizar estos cambios de una manera inteligente nunca ha sido tan buena”. La paz traerá nuevos problemas, opinaba, pero “parece imposible” que los diversos países “intenten resolverlos sin utilizar el mismo

¹⁰⁵Hawley, "Herbert Hoover", p. 53. Ver también *ibíd.*, pp. 42-54.

tipo de dirección centralizada ahora empleada para matar a sus enemigos en el exterior para el nuevo fin de reconstruir su propia vida en el interior”.

Pero el empirista y estadístico cuidadoso también daba una advertencia. Una amplia planificación social requiere “una comprensión precisa de los procesos sociales” y eso solo puede proporcionarlo la investigación paciente de la ciencia social. Como había escrito a su mujer ocho años antes, Mitchell destacaba que lo que se necesitaba para la intervención y planificación pública es la aplicación de los métodos de las ciencias físicas y la industria, particularmente investigación y mediciones cuantitativas. Frente a las ciencias físicas cuantitativas, decía Mitchell a los estadísticos reunidos, las ciencias sociales son “inmaduras, especulativas, llenas de polémicas” y lucha de clases. Pero el conocimiento cuantitativo podía reemplazar a dicha lucha y conflicto por un conocimiento preciso comúnmente aceptado, conocimiento “objetivo (...) tratable en formulaciones matemáticas” y capaz de predecir fenómenos de grupo”. Un estadístico, opinaba Mitchell, “tiene razón o no” y es fácil demostrar si es así. Como consecuencia del conocimiento preciso de los hechos, preveía Mitchell, podemos lograr “experimentos inteligentes y planificación detallada en lugar de agitación y lucha de clases”.

Para alcanzar estos objetivos vitales solo economistas y estadísticos proporcionarían el elemento crucial, pues tendríamos que “confiar más y más en gente formada para que planifique por nosotros los cambios, para que los monitorice, para que sugiera cambios”.¹⁰⁶

En una línea similar, los economistas reunidos en 1918 recibieron el discurso visionario presidencial del economista de Yale, Irving Fisher. Fisher buscaba una “reconstrucción mundial” económica que proporcionaría gloriosas oportunidades a los economistas para satisfacer sus impulsos constructivos. La lucha de clases, advertía Fisher, continuaría sin duda sobre la riqueza de la nación. Pero al idear un mecanismo de “reajuste”, los economistas

¹⁰⁶Alchon, *Invisible Hand*, pp. 39-42; Dorfman, *Economic Mind*, vol. 3, 490.

de la nación podían ocupar un papel envidiable como árbitros independientes e imparciales de la lucha de clases, tomando estos científicos sociales desinteresados las decisiones cruciales para el bien público.

En resumen, tanto Mitchell como Fisher, sutilmente y tal vez de forma poco consciente, defendían un mundo de posguerra en el que sus propias profesiones supuestamente imparciales y científicas podían levitar por encima de las estrechas luchas de clase por el producto social y por tanto aparecer como una nueva clase dirigente “objetiva” comúnmente aceptada, una versión del siglo XX de los reyes-filósofos.

Podría no ser incorrecto ver cómo les fue a estos científicos sociales, eminentes en sus propios campos y portavoces de formas distintas de la Nueva Era de la década de 1920, en sus disquisiciones y guía de la sociedad u la economía. Irving Fisher, como hemos visto, escribió varias obras celebrando el supuesto éxito de la ley seca e insistió, incluso después de 1929, en que como el nivel de precios se había mantenido estable, no podía haber depresión o crash en el mercado bursátil. Por su parte, Mitchell culminó una década de ajustada alianza con Herbert Hoover dirigiendo, junto con Gay y la Oficina Nacional, una enorme obra escrita apresuradamente sobre la economía estadounidense. Publicada en 1929 al acceder Hoover a la presidencia, con todos los recursos de la economía y la estadística científica y económica a la vista, no hay ni siquiera un atisbo en *Recent Economic Changes in the United States* de que pudiera haber un crash y una depresión a la vista.

El estudio de *Recent Economic Changes* se originó y fue organizado por Herbert Hoover y fue Hoover quien consiguió la financiación de la Carnegie Corporation. El objetivo era celebrar los años de prosperidad supuestamente producidos por el planificación empresarial de la Secretaría de Comercio de Hoover y descubrir cómo el posiblemente futuro presidente Hoover podía mantener la prosperidad asimilando sus lecciones y haciéndolas parte permanente de la estructura política estadounidense. El tomo declaraba así que para mantener la prosperidad actual, economistas,

estadísticos, ingenieros y gestores ilustrados tendrían que crear “una técnica de equilibrio” a implantar en la economía.

Recent Economic Changes, ese monumento a la tontería “científica” y política, tuvo tres ediciones rápidas y fue ampliamente publicitado y recogido con agrado en todas partes.¹⁰⁷ Edward Eyre Hunt, durante mucho tiempo ayudante de Hoover en la organización de sus actividades de planificación, estaba tan entusiasmado que continuó alabando el libro y su panegírico de la prosperidad estadounidense a lo largo de 1929 y 1930.¹⁰⁸

Resulta apropiado acabar nuestra sección sobre gobierno y estadísticas advirtiéndolo un grito poco sofisticado pero perspicaz. En 1945, la Oficina de Estadísticas Laborales se dirigió al Congreso para otra larga lista de aumentos en las asignaciones para estadísticas públicas. En el proceso de preguntas al Dr. A. Ford Hinrichs, jefe de la OEL, el representante Frank B. Keefe, congresista conservador republicano de Oshkosh, Wisconsin, planteó una pregunta eterna que no ha sido aún respondida completa y satisfactoriamente:

No hay duda de que sería bueno tener una gran cantidad de estadísticas. Me estoy preguntando si no nos estamos embarcando en un programa que sea peligroso mientras añadimos y añadimos y añadimos a esto.

Hemos estado planeando y consiguiendo estadísticas desde 1932 para tratar de responder a una situación que era de carácter local, pero no hemos sido nunca capaces

¹⁰⁷Una excepción fue la reseña crítica en la *Commercial and Financial Chronicle* (18 de mayo de 1929), que se burlaba de la impresión que se daba al lector de que la capacidad de Estados Unidos “de una prosperidad económica es casi ilimitada”. Citado en Davis, *World Between the Wars*, p. 144. También sobre *Recent Economic Changes* y las opiniones de los economistas del momento, ver *ibíd.*, pp. 136-151, 400-417; David W. Eakins, “The Development of Corporate Liberal Policy Research in the United States, 1885-1965”, tesis doctoral, University of Wisconsin, 1966, pp. 166-169, 205 y Edward Angly, comp., *Oh Yeah?* (Nueva York: Viking Press, 1931).

¹⁰⁸En 1930, Hunt publicó un resumen popularizador en forma de libro, *An Audit of America. On Recent Economic Changes*, ver también Alchon, *Invisible Hand*, pp. 129-133, 135-142, 145-151, 213.

siquiera de responder a esa cuestión. Ahora estamos implicados en una cuestión internacional. Me parece que hemos gastado una enorme cantidad de tiempo en gráficos y estadísticas y planificación. Lo que le interesa a mi gente es de qué va todo esto. ¿A dónde vamos y a dónde vais?¹⁰⁹

¹⁰⁹*Department of Labor - FSA Appropriation Bill for 1945*. Audiencia ante el Subcomité de Asignaciones, 78º Congreso, 2ª sesión, parte I (Washington, 1945), pp. 258 y s., 276 y s. Citado en Rothbard, "Politics of Political Economists", p. 665. Sobre el aumento de economista y estadísticos en el gobierno, especialmente en tiempo de guerra, ver también Herbert Stein, "The Washington Economics Industry", *American Economic Association Papers and Proceedings* 76 (Mayo de 1986), pp. 2-3.